

DGCL

A

+ 155282

CB. 1195192



Album Lokner.

ARTE Y LETRAS

TRESCIENTAS ILUSTRACIONES EN FOTOTIPIA



Fototipia de Hauser y Menet, Madrid.

MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1898

COLABORADORES

LITERATOS

- | | |
|----------------------------|-----------------------------|
| Azcárate—Gumersindo de. | Miranda—David. |
| Alcaide de Zafra—Joaquín. | Maroto—Rafael. |
| Alonso Cortés—Narciso. | Martínez Espada—Manuel. |
| Asensio Mas—Ramón. | Mera y Solano—M. |
| Adame—Serafín. | Navarro Ledesma—Francisco. |
| Álvarez Naya—Manuel. | Octavio Picón—Jacinto. |
| Blasco—Eusebio. | Palau—Melchor de. |
| Benavente—Jacinto. | Palacio—Manuel del. |
| Balsa de la Vega—R. | Pérez Zúñiga—Juan. |
| Barón de Stoff. | Palomero—Antonio. |
| Campoamor—Ramón de. | París—Luis. |
| Casanova—Vicente. | Pérez de la Manga—M. |
| Canalejas—Federico. | Pérez Capo—Felipe. |
| Castro Les—Vicente. | Rueda—Salvador. |
| Castro y Tiedra—Manuel de. | Reyes—Arturo. |
| Cadenas—José Juan. | Ruiz de Velasco—Luis. |
| Caamaño—Ángel. | Rodao—José. |
| Delgado—Sinesio. | Rosson—Eduardo. |
| Díaz de Escobar—Narciso. | Rodríguez L. del Arco—A. |
| Franco Rodríguez—José. | Rodríguez Mourelo—J. |
| Fernández Vaamonde—Emilio. | Rodríguez Chaves—A. |
| Franco Fernández—Fernando. | Rodríguez Vilallonga—Julio. |
| Gil—Ricardo. | Sánchez Pérez—Antonio. |
| Gallego—Juan Manuel. | Serrano de la Pedrosa—F. |
| Jurado de la Parra—José. | Sawa—Alejandro. |
| J. Catarineu—Ricardo. | Sawa—Miguel. |
| Jiménez Prieto—Diego. | Sabau—Pedro. |
| Lerroux—Alejandro. | Soler—Antonio. |
| López Silva—José. | Yruela—José. |
| López Marín—Enrique. | Zamacois—Eduardo. |
| Merino—Gabriel. | |

ARTISTAS

- | | |
|-----------------------|-------------------|
| Arija—José. | Poveda—Daniel. |
| Fernández Alvarado—J. | Portela—Antonio. |
| Manzano—Pablo. | Rojas—Pedro de. |
| Pla—Cecilio. | Vaamonde—Joaquín. |

ES PROPIEDAD





UNA POESÍA DE ZORRILLA

EN EL ABANICO

DE

ANACLETA JURADO DE LA PARRA

DE mis fiestas de Granada
y mis glorias de oropel
¿qué queda ya? Casi nada:
mi imagen pintarrajeada
y el aire de este papel.

No es, en verdad, don muy rico
de mí tan frágil memoria;
mas, yo te lo certifico,
de toda mundana gloria
es símbolo un abanico.

La gloria es ráfaga vaga
que orea un día y halaga
el amor propio del hombre;
da un poco de aire á su nombre,
le saca á luz ¡y se apaga!

Toma, hermosa criatura,
este abanico tan feo,
con mi fea catadura;
y ya... ¿qué mejor empleo
que dar aire á tu hermosura?

José Zorrilla.

EL PUNTO NEGRO

(NOVELA)

FRAGMENTO

.....

LA gloria!... Éste era el ideal más codiciado de Claudio, la querida impalpable que anhelaba poseer para deleitarse eternamente en su posesión; la gloria era una borrachera de la Historia, un himno inacabable que repercutía de siglo en siglo. Alcibiades, el famoso calavera ateniense, cortándole el rabo á su perro para hacerse popular, le parecía un mentecato presumido; pero Erostrato, aquel desequilibrado que quemó el templo de Diana en Efeso con la sola idea de inmortalizarse, era á sus ojos un loco poseído de una demencia sublime; Erostrato dió su vida por perpetuar su nombre, y él también lo hubiera hecho, porque una vida no vale lo que un rinconcito en la historia de la humanidad. El borracho aplaca, bebiendo, su sed de alcohol; el amante rinde su pasión en brazos de su querida; el avaro duerme tranquilo echándose sobre sus tesoros, después de bien contados; pero la gloria es una pasión frenética que no da treguas; que los

aplausos del público y de la crítica son para el artista lo que esos collares rodeados de sonoras campanillas que se sujetan al cuello de los caballos para incitarles á correr con su eterno repiqueteo.

Aquel trabajo febril trastornó el carácter de Antúnez; mientras estuvo en Córdoba encadenado á su notaría, observó una vida regular de empleado pundonoroso y metódico que cuenta los pasòs que hay desde la oficina á su casa; pero cuando se vió en Madrid, lejos del influjo enervante de sus añejas amistades, sus facultades se desenvolvieron rápidamente, perturbando el orden cronométrico de su vida. Claudio empezó á dar pruebas de ser genio desde el instante en que dejó de ser metódico; para él sólo existía el arte, y quien se fija en los prosaísmos de la vida es tan necio como el viajero que renuncia á gozar de las bellezas del paisaje por mirar los baches y piedrecillas del camino; para eso la naturaleza nos hizo bípedos, para caminar mirando al cielo; su mayor placer era fantasear, y si hubiese tenido la costumbre de escribir sus sueños como hacía Alfonso Daudet al levantarse, hubiera escrito su historia, porque su vida sólo fué un ensueño continuado.

.....

Eduardo Zamacois.

UNA BORACHERA



1



2



3



4



5



6



7



8

Juan, no me quieres.

I

UNA noche... ¿te acuerdas?... junto al sendero,
de tu huerto en lo umbrío nos encontramos...
Era yo, por mi dicha, tu amor primero;
tú mi pasión más loca, ¡mi amor postrero!...
¡Con cuánto afán, bien mío, nos contemplamos!...

Yo admiré tembloroso tu faz morena
y te besé exclamando:—¡Qué hermosa eres!—
y tú me rechazaste con mucha pena,
diciéndome enojada:—Juan... ¡no me quieres!

II

Otra noche, gozosos, tiernos, constantes,
de tu huerto nos vimos en la espesura,
y en el mismo sendero, breves instantes
detuvimos el paso, cautos y amantes,
ocultando en la sombra nuestra ventura.

De casto amor mi alma sintióse llena,
y sin besarte dije:—¡Qué buena eres!—
y tú me contemplaste con honda pena,
diciéndome muy triste:—Juan... ¿no me quieres?

III

Nuevamente otra noche me vi á tu lado
en aquel misterioso sendero obscuro.

Todo estaba tranquilo, todo callado.

¡Qué inocentes recuerdos en lo pasado!

¡Qué incitantes promesas en lo futuro!...

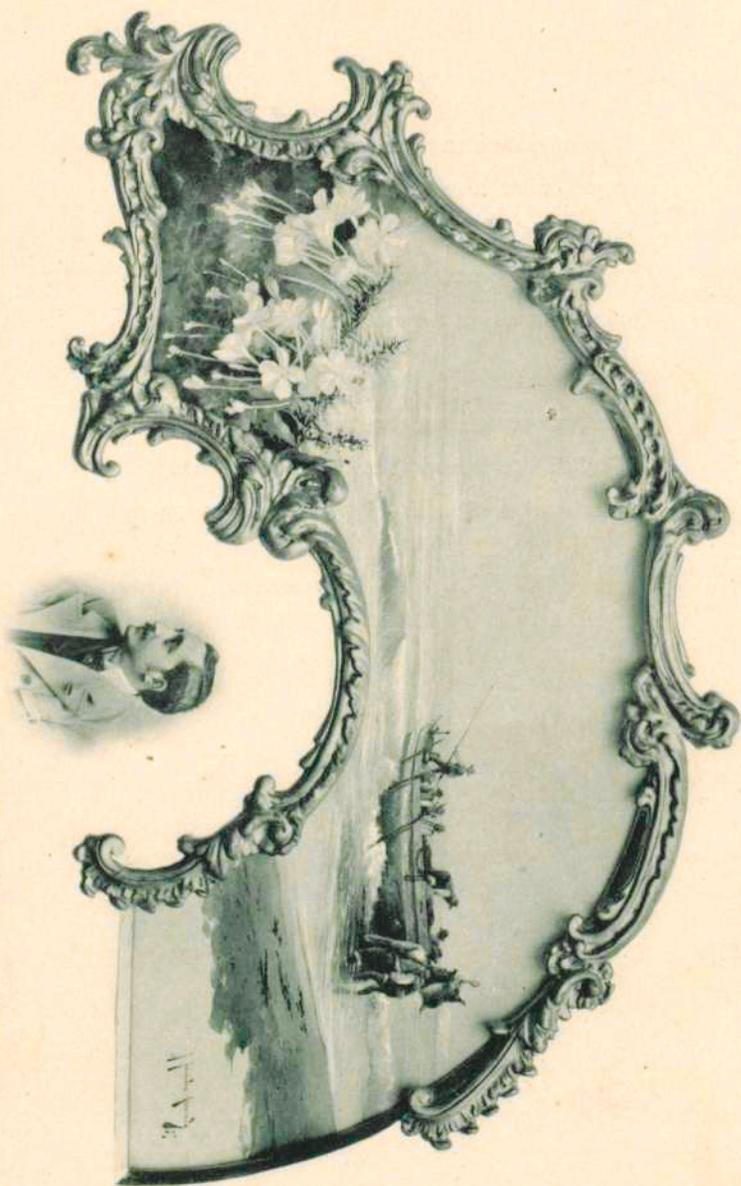
¡Ay! Vencidas las almas y á todo ajenas,
en un beso se unieron nuestros dos seres...

—¿Dudas?—te dije entonces, y tú, tú apenas
respondiste temblando:—¡Juan! ¡no!... ¡me quieres!

Emilio Fernández Vaamonde.

Madrid 9 Noviembre 97.

VITTELA



Por J. Fernandez Alcarado.

PROGRAMA DEL AÑO

CON las manos cogidas, mirándonos en silencio, oímos los doce golpes lentos del reloj.

Acababa de nacer el año.

Dominábanos á los dos, en aquellos momentos, la misma extraña tristeza.

—¿Qué tienes?—le interrogué.—Yo te he de amar ahora y siempre. No desconfíes del porvenir.

Ella se limitó, como contestación á mis palabras, á hacer un gracioso gesto de duda.

—¡Pero si no desconfío!...

Y sin poder contenerse se arrojó en mis brazos sollozando.

—¡Qué quieres!—añadió después.—Creo que el año que acaba de entrar ha de sernos funesto. Ya sabes que soy algo supersticiosa.

Intenté consolarla con mis caricias.

—Déjame beber tus lágrimas. ¡Pero qué tonta eres!... Afligirte por nada.

Separé dulcemente sus brazos de mi cuerpo, la senté á mi lado y le dije en voz baja:

—Mira, yo también desconfío del año nuevo... Ya

sabes que yo no creo en la felicidad, ¡ni aun cuando te estrecho entre mis brazos! La desgracia se ha enamorado de mí y yo también me siento algo enamorado de ella. Creo que la dicha, la dicha absoluta, se ha hecho sólo para los imbéciles. Siempre, aun en las horas delirantes de nuestro amor, he sentido turbada mi alegría por el ansia de nuevos goces. El deseo, implacable, me grita eternamente: «¡Más!» «¡Más!» ¡Ay, y no logro saciarme nunca! No hay agua en ninguna fuente que sea capaz de calmar mi sed.

Ella, entonces, rompió de nuevo á llorar.

—¡Oh, ya veo que no me amas!

Me arrodillé á sus pies demandándole perdón.

—¡Te digo que no llores! No merezco yo esas lágrimas.

Y después de unos momentos de silencio:

—Mira, yo quiero ser feliz. Año nuevo, vida nueva, como dice la frase popular. Ya verás cómo soy otro hombre distinto de ahora en adelante. ¡No más quimeras, no más deseos locos, no más proyectos irrealizables! Y si tú me quieres como dices, todavía podemos ser dichosos.

Ella me escuchaba anhelante sin atreverse á interrumpirme.

Verás mi programa. Seguiremos queriéndonos mucho, mucho... pero juiciosamente, sin arrebatos, como personas formales...

Ella, muy seria, asintió con la cabeza.

—Además—continué,—además...

—No, no prosigas... Estás atormentándote inútilmente buscando una solución que no has de hallar—gritó ella.— El amor no puede sujetarse á reglas ni á programas. Este año que nace es igual al año que ha muerto. Aprestémo-

nos á luchar juntos con la desgracia, y tengamos fe y esperemos. Mira, hemos desaprovechado, en esta inútil discusión, la primera hora del año. Ya ves qué de prisa marcha el tiempo. Gustemos de nuestro amor hasta agotarlo. ¿Y mañana?, me dirás. ¡Ah, insensato del que piense en el mañana teniendo asegurado el presente! Amémosnos hoy, y olvidémonos cuando Dios quiera.

Y arrojándose en mis brazos:

—¡Viva el año nuevo!

Y sellamos con un beso aquel programa extraño.

Miguel Sawa.



DOLORA

PORQUE dicen que un pájaro en cegando
canta más y mejor,
los ojos le vació, como jugando,
Casilda á un ruiseñor.
¿Y después cantó más y con más fuego
el ruiseñor? ¡Ah, sí!
Se canta más cuando se está más ciego.
¡Esto lo sé por mí!

P. de Campoamor.

Minucia.

VISTE en él mil perfecciones
y por su amor me dejaste.
Mujer al fin, te cansaste
de las mismas emociones,
y tras otras te lanzaste.
Hoy, en tu amor propio herida,
vienes á mí arrepentida.
Quizás sea fingimiento
lo que á mí te trae rendida,
mas todo te lo consiento;
pues tanto es lo que te adoro
que, por no dejar de amarte,
aun perdiendo mi decoro,
soy yo quien á ti te imploro
que me dejes perdonarte.
¿Que así cometo un pecado?
Tal vez, mas... escarnecido,
herido y vilipendiado,
perdonó el Crucificado
al ladrón arrepentido.

Antonio Soler.

EL RETRATO AL ÓLEO



USTEDES ya conocen á D.^a María.

Ahora figúrense la expresión de aquel semblante enérgico y severo, cuando le llevaron la noticia de que su esposo tenía un *Paraiso* en la calle de Tal, número tantos.

El primer impulso fué para poner en la calle á la amiga cariñosa que de tal modo se interesaba por la felicidad conyugal. Pero la amiga no venía indefensa, traía *detalles*, y D.^a María no pudo resistir al deseo de conocerlos.

Se contuvo y escuchó.

El conocimiento era reciente...

—Mi marido no tiene conocimiento—interrumpió violentamente la esposa.

La amiga continuó.

El cuarto era un piso segundo; los muebles eran pagados á plazos; *Adán* y *Eva* no tenían criada; el alquiler á nombre de *Eva*; ésta mandaba hacer la compra á la portera...

En este pintoresco desorden del sumario saltó el retrato al óleo de D. Blas.

—¿Qué dices? ¿El retrato que hace dos meses sacó de casa para que lo retocaran?...

—Allí está, en el testero principal de la sala. Desde la casa de enfrente, donde viven las de Atalaya, se ve muy bien. Vamos, no se ve si lo retocan, pero...

D.^a María se puso la mantilla y llamó á sus dos *hijos* mayores. Despidió á la amiga bienhechora y se encaminó con sus *hijos*, de veinte y diez y ocho años de edad respectivamente, al *Paraiso* á plazos, tan inocentemente decorado por D. Blas.

Allí estaba, en efecto, con su barba negra y su levita negra, tal como era diez años antes.

La señorita *en cuestión* se quedó como un palomino atontado al oír que D.^a María mandaba á sus hijos que descolgasen el retrato y al ver que los chicos ejecutaron en un santiamén la orden.

—Y ahora—dijo D.^a María á la tal,—usted se viene con nosotros. Nada, nada; ó con nosotros, ó á la *prevención* todos, para que explique usted cómo está aquí el retrato de mi marido.

Preguntado acerca de la existencia de su retrato en la casa habitación de D.^a Fulana de Tal... D. Blas hubiera podido estar hablando una hora; pero explicar el hecho satisfactoriamente, no. Aunque hubiera hecho la historia de la pintura.

La joven pensó en esto y en el escándalo y en don Blas... y D.^a María continuaba entretanto:

—Usted se viene conmigo, porque mi marido no tiene sueldo para sostener dos casas, y porque es justo que trabaje usted lo que ha de comer; ya verá usted, en casa nunca falta algo que hacer: hay que barrer, hay que fregar, gui-

sar, hacer camas, repasar y planchar la ropa; ya verá usted, ya verá usted.

Y sin cesar en su descripción de la vida doméstica y sin hacer caso de los gimoteos de la paloma torcaz, aquella heroica mujer salió de la casa del crimen, llevándose el saleroso cuerpo del delito y la efigie del que no sabemos si llamar *el criminal* ó *el interfecto*, porque D.^a María pensaba colgarlo en efigie provisionalmente, apenas se viera en su residencia señorial.

Y aquí acaba el *Cuadro II*, como diría un fabricante de zarzuelas en un acto y tres cuadros.

El tercero, que lo pinte el mismísimo Bartolomé Muriello. Yo no tengo fuerzas para reproducir el martirio de San Blas González y Echevarría, desde el infausto momento en que llegó á su casa y se le agolpó la sangre á la cabeza y sintió dos taponazos en los oídos y después como el zumbido de un abejorro, que no era abejorro, sino la propia D.^a María, que zumbaba con terrible tranquilidad las siguientes palabras:

—Nosotros ya somos viejos para tomar estas cosas por donde queman; aquí no se trata más que de economía; te advierto que esta joven friega muy bien: aquí barrerá y guisará, como tu mujer, y en fin, no estará ociosa.

D. Blas quiso alejar á sus hijos; pero éstos se quedaron en el pasillo. La insurrección de los chicos, que comenzaron por echar la llave á la puerta de la escalera, era peor afrontarla. Sólo de vez en cuando decía D. Blas por lo bajo:

—Mariquita... Mariquita...

¡Que si quieres! Mariquita estaba gozando lo indecible. Entre los santos goces (ese «santos» me parece muy

oportuno) del matrimonio, jamás había encontrado deleite parecido al que la venganza le hacía saborear en aquel momento.

D. Blas se había desplomado en una silla, y con la cabeza entre las manos y los codos sobre la mesa del comedor, inflaba los carrillos y soplaba con toda su alma, como si esperase que la individua saliera de un soplo por el balcón.

La joven continuaba gimoteando, y D.^a María tronaba y retronaba y tableteaba y retumbaba como una tempestad de los trópicos.

Así seis horas.

Por fin D.^a María hizo una seña á la señorita y mandó que los chicos abrieran la puerta de la escalera... ¡Pif! el álcali volátil.

Moraleja. (Como su nombre lo indica, no puede ser una moral muy grande.) No os retratéis al óleo.

Haceos fototipias.

F. Serrano de la Pedrosa.



CONSEJO

No debes de jugar tú con ninguna
maestra de *coin*;
sólo hacen diabluras con el taco,
y perderás al fin.

№. 6. 96.



EN LA PLAYA

CANTARES

—
CUANDO me vieron reir,
los amigos aumentaron:
¡hoy que me sienten llorar,
se van todos de mi lado!

—
El defensor de tu causa
no ha querido defenderte,
que Dios te da la defensa
en esos ojos que tienes.

—
Crece triste esa violeta
en medio del arenal,
como crece una esperanza
en mi eterna soledad.

V. D. de Escovar.



AL AGUA...



¿Pareja?...

I

CONJUNCIÓN ROTA

DISCULPAS los agravios que me infieres,
y tus protestas son nuevos agravios.
Menos torpes que tú, nunca tus labios
saben decir lo que decirme quieres.

¿Que por mi amor faltaste á tus deberes?...
Yo digo que te quedan los resabios;
que, en eso de faltar, sois unos sabios,
de saber muy ladino, las mujeres.

¿Y aún hablas de tu amor, cuando pregunto
por la vileza en que te hallé, y altiva
pretendes ser de la virtud trasunto?...

¿Qué amor pudo sentir una lasciva
que subastó su honor y... ¡Hagamos punto
en esta conjunción *copulativa!*

II

¡VUELVE!

VUELVE! ¡Vuelve, Mimí! Todo te espera
de nuestro amor en el risueño nido:
el pájaro, delicia de tu oído;
la paloma, que fué tu compañera.

El blando confidente, que lo era
de la pasión más tierna que he sentido,
y el pérsico almohadón, suave y mullido,
que perfumó tu fina cabellera.

¡También te espero yo! Yo, que perdono
resignado tu falta licenciosa...

¡Si no puedes querer, serás querida!

¡Ven! Todo llora aquí por tu abandono.

¡Vuelve, te necesito, niña hermosa;
sin ti no puedo soportar la vida!

J. Jurado de la Barra.



CUENTO

DEL MAESTRO DOMÍNGUEZ

LLEGÓ un desgraciado cesante á un pueblo, y se encaminó, provisto de una buena recomendación, á la escuela con objeto de ver al maestro.

Éste, deseoso de servirle, le aceptó desde luego en calidad de criado, y le dijo:

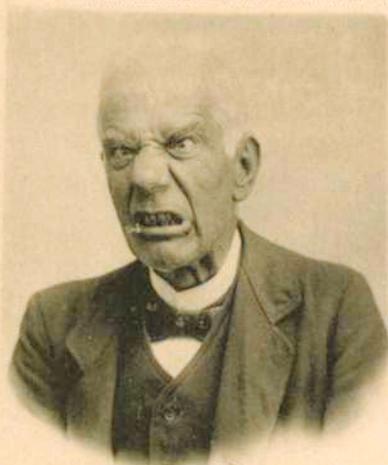
—Ya puede usted contar que se acabó la cesantía. Desde hoy se queda usted en la escuela y ya veremos para lo que sirve. Por lo pronto he de advertir que



5



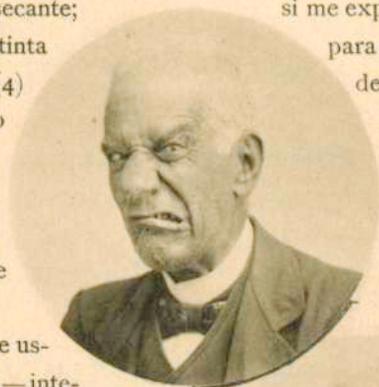
6



2

deseo papel secante;
que me falta tinta
ta otra forma (4)
me ha muerto
no tengo ga
en cambio,
la fisonomía
nera (5) es que
do y...

—Pues mire us-
té, comparito — inte-
rumpió el cesante, — si 3
yo le contesto de este modo (6)
es que... ¡se puede usted ir á
hacer guiños á otro, porque yo
no me quedo aquí!

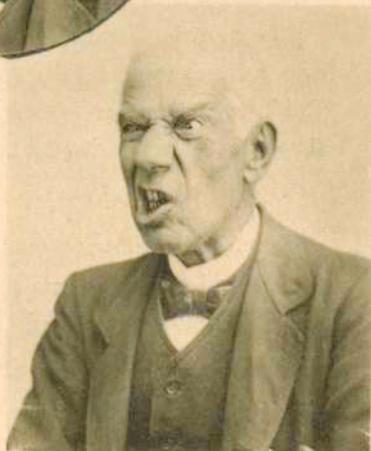


no me gusta dar voces y, por lo tanto, nos hemos de entender por señas.

—Esa es precisamente mi manía y mi especialidad — respondió el cesante. — ¡Porque si viera usted qué expresivo soy!...

—Bien, ya estamos de acuerdo. Atención: cuando yo ponga la cara así (1) es que quiero agua sin azúcar; cuando me vea usted de este modo (2)

si me expreso así (3) es para escribir; en es- demuestro que se un pariente, y nas de nada; al poner de esta ma- lo deseo to-



NOSTALGIA

Oh, cuántas noches, cuántas, con el insomnio en guerra
en la agitada vida del mundo de París,
soñaba yo despierto con la nativa tierra,
con los recuerdos gratos de mi natal país!

¡Ay! ¡Yo veía entonces, entre los mil extraños
ruidos de alegres jotas y estruendos del cañón,
cual mágicos ensueños de los primeros años,
mi monte de Torrero, mis campos de Aragón!

¡Alegres primaveras del verde Montañana,
bajo la fresca sombra del amplio cerezal!
¡Ruidosas romerías en la estival mañana,
al son de las bandurrias del puente del canal!

¡Asuetos infantiles por sendas mil de flores
en los floridos valles donde corrí feliz,
acequías rumorosas del vasto Miraflores,
los bosques de la Alfranca, los campos de Pastriz!

¡Del Castellar los montes bañados por la luna,
las huertas del riente, feraz Villamayor
y el Gállego sembrando la vida y la fortuna
por Jarandín y Mamblas, San Juan y Peñafior!

—

Allí, los blancos copos de la caliente lana
nos prestan los corderos que invaden en tropel
las anchas parideras, donde á la luz temprana
nos dan la fresca leche más dulce que la miel.

—

¡Oh aragoneses campos donde sus ricos dones
de Dios la larga mano nos brinda sin cesar!
¡Humildes casas toscas con cruces por blasones,
donde los viejos cantan en torno del hogar!

—

Derrama el roscadero las áureas duraznillas,
las uvas de Cosuenda, los higos de Mallén,
y aguardan en la lumbre rusientes las costillas
al son de los sarmientos chillando en la sartén.

—

Allí, dando cien vueltas á la morada faja,
me esperan los amigos en franca recepción,
y afilan en la piedra, cantando, la navaja
con que á partir se aprestan el pan de la afección.

—

Allí las patrias armas de aquella raza entera,
símbolos del trabajo, sobre la piedra están;
las relucientes hoces, la ajada y la sotera
y el refulgente arado, con que se gana el pan.

Allí, cantando á coro y en torno de la fuente,
lavando están las mozas al despertar de Abril,
y luego anochecido se juntará la gente
y agenciará las bodas el baile de candil.

Cruzando los senderos á orilla de los ríos
se encuentran los amigos al claro amanecer,
y cambian los saludos cantando en los abríos
y allí son *todos unos*, hoy juntos como ayer.

Santo país, bañado por la punzante brisa
y el aire del Moncayo que brama euróneo son,
y el Ebro que sonoro nos mece y nos avisa
que hay que velar constantes por la natal región.

¡Oh campos de mi tierra, dulcísimas memorias,
de vuestro puro ambiente dejadme respirar,
y dadme aliento y vida para cantar las glorias
de tan hermosa tierra, de tan feliz hogar!

¡Señor, tú que adivinas lo que ambiciona el alma:
por premio á los afanes con que al azar viví,
morir déjame un día labrando en paz y en calma,
humilde y olvidado, la tierra en que nací!

Eusebio Blasco.

NOTA. En esta poesía hay palabras puramente aragonesas, que no están en uso en Castilla.

LLEGAR



so: *llegar y besar el santo* (ó solamente *llegar y besar* como quiere la Academia que se diga; si bien el vulgo, con mejor acuerdo, lo dice de la otra manera); pues nada, decíamos que *llegar y besar el santo* es lo que algunos infelices de esos que *tiran...* para escritores, esperan hacer, con sólo quererlo, en cuanto se pongan á *literatear*; lo cual, para ellos, es lo más fácil y lo más sencillo del mundo.

Es creencia muy generalizada, en efecto, la de que para escribir cualquiera sirve; así como la de que también sirve cualquiera para hablar. Y es claro, hablar, hablamos todos, no siendo mudos; escribir, también casi todos escribimos, aunque hayamos ido á la *escuela* poco tiempo, luego todos podemos ejercer de literatos y de oradores; todos valemos para diputados y para periodistas.

El ser abogado, el ser médico, el ser arquitecto, y hasta el ser bailarín exige estudiar algo, aprender varias cosas, enterarse de tales ó cuales materias, practicar estos ó aquellos ejercicios; lo que se llama seguir una carrera ó dedicarse á un oficio. Para dirigirse al público, ya por medio de la palabra hablada, ya valiéndose de la imprenta,

no es menester aprendizaje; dice uno lo que quiere y como puede; escribe lo primero que le salta del magín, y cátao orador ó periodista ó dramaturgo, según los casos y las cosas.

¿Que hablará mal? Es verdad; pero habla. ¿Que escribirá peor? Verdad también; pero escribe. Y como la nota dominante en el periodismo de nuestro país (y no hablo de los de otros países porque no los conozco lo suficiente) es la indulgencia, nunca faltan noticieros bondadosos ó benévolos cronistas que den patente de orador al que brindó pidiendo un ramal de vía estrecha en banquete de accionistas ó que llamen poeta insigne al que escribió una aleluya en el abanico de su novia.

Mientras el orador *celebrado* se limita á pedir ramales y el poeta insigne se contenta escribiendo aleluyas, todo va bien. Banquetes nunca faltan; ya con un motivo, ya con otro, raro es el día en que no se celebra uno, y habiendo banquete hay brindis y el orador se despacha á su gusto. Abanicos donde escribir majaderías siempre sobran, y el poeta *aleluyero* tiene ancho campo por el cual corra desbocada su inspiración.

Las contrariedades y los sinsabores empiezan cuando, como suele ocurrir, el orador y el poeta, graduados de tales, por obra y gracia de un noticiero amigo suyo, se figuran que, en efecto, á ser orador y á ser poeta *se llega* con facilidad, y creen candorosamente que han llegado y hasta se proponen *sacar algún* partido de sus felicísimas disposiciones para la oratoria y para la poesía.

Entonces, entonces viene el enojarse con el público y con los empresarios de teatros y con los directores de periódicos y con todo *bicho viviente* porque no hacen justi-

cia al mérito y conceden, en cambio, pases de libre circulación por la notoriedad á zascandiles ignorantones que no sirven, en el terreno artístico, ni para descalzar al orador de los ramales y al poeta de los abanicos.

Y es que en muy pocas cosas se padece la ilusión óptica llamada espejismo, como en política y en literatura...

En la una como en la otra, se ve próximo el término del viaje, se cree estar cerca de la meta, casi se la toca con la mano, está uno para llegar, piensa que ha llegado y... no llega nunca.

Ob. Sánchez Pérez.



FRAGMENTO

DE

UNA HISTORIA DE AMOR

EN alas de mi amor vuela, suspiro;
vuela y recoge el perfumado aliento
de la hermosa mujer por quien deliro;
hasta su labio llega, mas procura
que no consiga percibir tu acento,
pues, al son de tu flébil amargura,
conociera la ingrata fementida
cúyo es el pecho que te ha dado vida.

Melchor de Palau.

LA FOTOGRAFÍA

ENCERRADO en la cámara sombría
está el cristal bañado y nebuloso,
esperando el momento esplendoroso
de ver la pura claridad del día.

Sonríe en la entoldada galería
un rostro de mujer bello y gracioso,
que sueña con el beso luminoso
que ha de grabar su angélica poesía.

Fija el brillante sol la imagen grata
en la sensible túnica de plata
del cristal, venturoso de su suerte.

Y eternizado el rostro peregrino,
la mente aplaude el arte que, divino,
con un rayo de luz vence á la muerte.

Salvador Bueda.

MICROBIOS

BUEN laboratorio es el del doctor Claridades! —¡Asómese usted—me dijo el tal doctor,—asómese y verá lo que es bueno. Aquí, dentro de este recinto—continuó,—no podrá usted estudiar los agentes terribles que producen fiebre amarilla, cólera, viruela y tantas otras infecciones. Pero si no esos microbios, que andan por el mundo sembrando desolaciones y muertes, podrá ver otros que producen fieros males. Microbios grandes, y perdone usted la paradoja, que tienen microscópica la buena intención, ya que no el cuerpo.

Y yo me colé de rondón en el gabinete de Claridades, lleno de curiosidad, deseando ver aquellas maravillas que á sus anchas estudiaba mi colega.

Nada de microbios ni de reactivos. Esparcidas por las mesas de trabajo vi onzas de oro y letras de cambio. El gran reactivo para los hombres, según me indicó el amable *cicerone*. Con una onza de oro se *prepara* á cualquier sujeto y se le pone en condiciones de verle hasta los entresijos del alma, suponiendo que el alma tenga entresijos.

En lugar de lentes amplificadoras, usa Claridades las

ofertas, las amenazas, las dádivas, y el gran socarrón va conociendo á los unos y á los otros, y ha podido estudiar esos microbios que todos los días nos proporcionan pesadumbres.

—¿Ve usted—me dijo el doctor—á este sujeto? Es un microbio de cuenta. Producto directo de la envidia, vive para martirizar á los dichosos. Muerde en los felices con una rabia inconcebible, y son sus enemigos el que se encumbra por méritos propios y el que descuella de la masa vulgar; á todos cuantos se encuentran en tales condiciones les tiene declarada la guerra y les proporciona torturas con su veneno. Le he estudiado perfectamente. Es un tipo miserable, pero temible. Con el desprecio se atenúan algo sus defectos; pero si á pesar del desprecio no se consigue contrarrestar su influjo, es útil en muchas ocasiones apelar á la punta de la bota.

Este otro—y me señalaba á un zarramplín escondido en un ángulo de la sala—es el producto de la maldad y la tontería por partes iguales. Hace daño por hacerlo, no por objeto especial ni por móvil determinado. No puede ver á nadie satisfecho; le irrita la alegría ajena, y gozaría con ver el cielo desplomado sobre la tierra y convertidos á todos los habitantes de este planeta en una gran tortilla. Yo he procurado obtener medios con que atenuar sus efectos, pero nada. No hay otra manera de evitar sus malos pensamientos que eliminarle del mundo, cosa ésta de todo punto imposible, pues los microbios de su especie abundan extraordinariamente.

Aquí hay otro ejemplar notable—me dijo Claridades.

Yo le contemplé con curiosidad.

Era un zagalón grande de cuerpo, abotargado, con

mucha carne sobre los ojos y que se movía de una parte para otra rehuyendo las miradas.

—Este obedece á sugerencias del despecho y del rencor. Vive junto á los dichosos y no puede serlo. Intenta brillar en el mundo y no lo logra. Siempre se encuentra postergado; cuanto codicia se le veda. Después de todo, este microbio es un infeliz que se muere en un rincón sin que nadie le haga caso; sus propios rencores le ahogan. ¡Pobrecillo!

¡Aquí está el microbio de la pedantería!—gritó Claridades enseñando á un caballerete de ceño fruncido y gesto desdeñoso.—Este es el peor engendro de cuantos produce la estupidez. Dé usted á este sujeto campo libre y una choza para vivir, y se queda en la condición tolerable, aunque siempre patológica, de sandio; pero entréguele usted unos cuantos libros, y apenas los haya leído se convierte en pedante, y Dios nos libre de su trato. Se hincha ante todos y ante todo; habla despaciosamente, menudea las citas de autores y bebe los vientos por ser de cualquier Academia; á veces lo consigue y produce más estragos en las ciencias y en las letras que el cólera morbo asiático en las personas.

Muchos más microbios me enseñó el doctor, y por cierto que yo conocía anteriormente á aquellos sujetos sin saber, sin sospechar siquiera su maligna condición. Después de la visita, reflexionando sobre lo que había visto, deduje lo siguiente:

—Los disgustos, los contratiempos, las adversidades que en el mundo se sufren son á modo de dolencias, y estas dolencias—decía muy bien el doctor cuando hablaba en su laboratorio—las producen los seres insignificantes,

los microbios sociales en los que nadie se fija, pero que ejercen un maligno influjo así á la chita callando, como el microorganismo que se entra sin sentir en la sangre y mata.

Mira uno el agua cristalina, el ambiente diáfano y nada. Todo parece puro; el agua transparente y el aire incoloro. Y, sin embargo, en el aire y en el agua están los gérmenes de enfermedades de muerte. Mira uno á su alrededor en la sociedad y sólo se fija en lo notable, en lo grande y adquiere confianza, y, sin embargo, los insignificantes, los que no hacen viso, Perengano ó Fulanito, son los que producen disturbios, los fautores de la mayoría, si no de todas las íntimas calamidades.

¡Ah, pícaros microbios! Se defienden con su pequeñez, y cualquiera es capaz de atraparlos; hay que ser un sabio para distinguirlos en la gran masa del mundo. Los que no lo somos tenemos que cargar con el papel de víctimas.

Para evitar este contagio no hay recurso posible. Los microbios lo van invadiendo todo, y hay que resistir su contacto y exponerse á las naturales consecuencias de él. Y es lo más triste del caso que á lo mejor estrecha uno la mano de cualquiera creyéndole un amigo, y resulta que hemos estado tocándole los dedos á un bicho malo.

J. Francos Rodriguez.

CAMBIO DE FRENTE

(Gabinete elegantemente decorado: en el centro un velador sobre el cual hay una petaca y fosforera de plata, varios papeles y un revólver Smith con incrustaciones de oro. Cerca de la mesa, sentado en una butaca, un joven vestido de frac y con señales de cansancio en el rostro. Son las cuatro de la madrugada.)



oy á morir. No hay más remedio. La lucha es ya imposible.

La vida es una carga insoportable cuando no se tienen ilusiones, y á mí no me queda ninguna.

En religión soy un descreído; en política, un indiferente; en las ciencias, un ignorante; en amor, un escéptico. Este último senti-

miento, que era el

único que podría alentarme, se ha extinguido en mí.

Tengo el alma gastada, el corazón insensible y



el cuerpo cansado en fuerza de abusos y de excesos.

Persiguiendo amores ideales, solamente he conseguido perder en escaramuzas todos mis pertrechos, y hoy me encuentro tan rendido que no puedo dar un solo paso.

Si creyese en algo, la fe me alentaría; pero cuando me distingue una mujer, si pienso que es honrada, creo que busca marido, y si la considero fácil, sospecho que quiere amante rico que sostenga su lujo.

Las diversiones, los placeres de todas clases, no me producen ya sino hastío, convirtiendo mi existencia en un bostezo prolongado cuya única terminación es la muerte.

Por esto he tomado mi resolución. El suicidio es el final necesario é imprescindible.

Soy un viejo de treinta años; tengo gran fortuna, y sin embargo, me mato.

Mi nombre, mi posición, este palacio, mis carruajes, mis caballos, los amigos *leales* que me explotan y desuelan, las mujeres que creí amar comprando su hermosura por unos cuantos billetes en los que iba envuelta mi vanidad, todo lo que constituyó para mí momentos de dicha, es en éste un vago recuerdo que dentro de algunos instantes desaparecerá gracias á un pedacito de plomo de los que hay encerrados en el tambor de este juguete. (Coge el revólver y lo examina.)

Hasta para morir tiene el hombre sus coqueterías. He elegido el revólver más bonito de los que tengo. Es una verdadera obra de arte.

Quizá mañana, cuando los periódicos den cuenta de mi muerte en una gacetilla, se fije más la gente en la calidad del arma que en la del difunto. (Vuelve á ponerlo sobre la mesa.)

Estoy decidido, y sin embargo, al mirar el cañón del *Smith* siento frío y algo que se parece al miedo, haciéndome pensar en la vida con cierto deleite. Me rebelo á la idea de no volver á ver este elegante gabinete lleno de preciosas chucherías, cada una de las cuales encierra un segundo de mi pasado.

Morir por viejo á los treinta años es muy triste.

Si yo encontrase algún medio para poder aún ser feliz, viviría; cambiaría de conducta, y quién sabe... (Un criado entrando en el gabinete con una escoba en la mano y un plumero bajo el brazo.)

—Dispense el señorito, pero no creí que estuviese levantado tan de mañana.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—Es que aún no me he acostado. Abre el balcón, apaga las luces y contéstame á lo que voy á preguntarte.

(El criado ejecuta las órdenes recibidas y espera el interrogatorio.)

—Díme, Fermín, tú no tienes familia ni rentas, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Y vives contento?

—Mucho: el señorito paga bien, tengo mi novia que me quiere con toda su alma y con la que me casaré en cuanto tenga ahorradas dos mil pesetas para poner una tienda. Hasta que eso llegue sigo trabajando, gasto la mitad de lo que gano, y el día que tengo libre me divierto cuanto puedo.

—¿Y es ésa toda tu felicidad?

—Toda, señorito.

—Pues cuenta hoy con cinco mil pesetas que te regalo á cambio de lo que me has dicho. Y ahora vete. (El doméstico desaparece muy contento y mirando con recelo á su amo, por si uno de los dos ha perdido el juicio.)

Tiene razón este ganso; se puede ser dichoso á poca costa.



En vez de matarme, que es una majadería, voy á trazar un nuevo plan de vida que me ha sugerido la conversación con Fermín.

Á las diez vendrá D. Segundo, el administrador. Haré que entregue á cada uno de mis criados un *cheque* por valor de cinco mil pesetas y que los despida á to-

dos; que reparta entre los asilos la mitad de mi fortuna; de la otra mitad que se quede él con lo que quiera, y el resto, más lo que produzca la renta del palacio con lo que tiene dentro, lo imponga en el Banco á mi nombre, por si alguna vez lo necesitara.

De este modo dentro de unos días seré pobre, puesto que me propongo no tocar ese dinero y necesitaré ganarme el pan como Fermín.

Yo he oído hablar de circunvoluciones cerebrales; puede que yo tenga muchas sin saberlo, y que dentro de mí haya el germen de un gran hombre.

Lo he explotado todo: los afectos del alma, las emociones del corazón y los placeres del cuerpo traducidos en palpitations de la carne. Ahora descubro que en mí ser existe una parte de la que he prescindido hasta la fecha. Puede que revuelta con mi masa encefálica esté la felicidad, y no hay más remedio que buscarla: tomando

como punto de partida mi suicidio, como camino el trabajo, como fin la dicha, llegar á ser algo por mí mismo, no por mi dinero, tener un nombre ilustre, no por mis pergaminos, sino por mi valer, y si es factible, llegar hasta la inmortalidad y la gloria llevando como lema: Gastarás en tus necesidades y diversiones lo que te produzca tu trabajo. (Se levanta, abre un cajón del armario, saca un tabaco, lo enciende y vuelve á sentarse. Pausa larga.)

La verdad es que debe haber diferencia entre fumar un habano ó fumar cigarrillos del estanco, que será á lo que me vea obligado si persisto en mi idea de trabajo y regeneración.

Además, debe ser muy duro levantarse temprano, depender de otro, dedicar todo el día y toda la noche á una gran actividad para verla traducida á fin de mes en un puñado de pesetas.

Renunciar á la comodidad, al lujo, á la adulación; ser mandado en lugar de ser obedecido; pasar estrecheces y amarguras; formar parte del montón anónimo de los que sufren y trabajan para vivir, y á la postre morir ignorado sin que haya reportado á nadie provecho un sacrificio estéril.



Luchar por estar mejor quien está bien, es una imbecilidad. Pasó la nube; Fermín despejó la niebla que me envolvía y ahogaba. Le daré lo ofrecido, y ahora tú (cogiendo el revólver) á tu panoplia y yo á la cama á descansar, para dentro de unas horas seguir mi vida de siempre, que si en ella no encuentro emociones nuevas, por lo menos hallaré los placeres conocidos, que por malos que sean han de ser preferibles á la estrechez de un ataúd y á las filosofías de unas horas de fiebre.

Manuel de Castro y Ciedra.



MENUDENCIAS

EN cuestiones de amor, gentil María,
soy algo interesado, lo confieso,
porque te doy un beso cualquier día...
y te exijo después, paloma mía,
el pago de los réditos del beso.

—
Para fiel y decente, doña Olvido:
¡y sino que lo diga su marido!

—
Alarma más que un toque de rebato
el lazo coquetón de tu zapato.

Pamón Obsensio Más.

SU RETRATO

COMO guarda el avaro su tesoro,
guardo un retrato de la amada mía;
al mirarlo mi mente se extasía,
y mis labios le dan beso sonoro.

Que la efigie del ser á quien adoro
á mi espíritu lleva la alegría,
y mitiga el dolor de mi agonía
cuando la ausencia de mi amada lloro.

De mí no lo separo ni un segundo,
pues al reinar la noche sobre el mundo
y ver que por el sueño soy rendido,

Me envuelvo entre las sábanas del lecho,
contra el amante corazón lo estrecho,
¡y pensando en mi amor quedo dormido!

Joaquín Olcaide de Lafra.



LA MODELO



Dibujo de Portela.

CANTARES

EN el siglo del vapor
y de la electricidad,
nadie sabe del amor
de la misa la mitad.

Las mujeres españolas
llevan en los ojos fuego,
una sonrisa en los labios
y mucho amor en el pecho.

Tiene España, entre otras cosas
que le admira el extranjero,
las mujeres más hermosas
y el ejército más fiero.

Si fueran libros de texto
los ojillos de tu cara,
me daban sobresaliente
siempre que me examinara.

José Yruela.

AMOR Y CIENCIA

(POEMA MICROSCÓPICO)

...¿Y si luego resulta que no hay cielo?

BARTRINA.

I

QUE NO puedes amar? Y ¿qué me importa?
Yo no te pido amor, placer te pido:
placer, y mucho, que la vida es corta.
De nuestro antiguo amor los fuertes lazos
rotos están; pero aún besarme puedes
y aún puedo hacer que quedes
traspuesta de placer entre mis brazos.
¿Qué importa lo demás? Amar es eso
y de ello estoy, mujer, tan convencido
que hoy, á cambio de un beso,
te devolviera el tiempo que has perdido
en ese amor tranquilo y sin exceso
que nuestro encanto ha sido.
Pasaron ya los sueños de la infancia,
y no volverán más aquellos días
en que á ti te bastaba mi constancia
y á mí sólo el saber que me querías.

Tú has crecido, mujer, y yo he cambiado;
cesó nuestra ignorancia,
y hemos los dos á un tiempo progresado:
tú ya sabes fingir vanos rubores;
yo, en cambio, sé vivir y, entre otras cosas,
sé la clase de amores
que inspira siempre una mujer hermosa.

II

¿Lloras? No llores por el bien perdido,
que es insulso llorar por la inocencia
cuando hemos aprendido
que no hay virtud, ni amores, ni conciencia.
La materia, la carne nos domina;
ella informa tu amor, tus languideces,
es materia tu carne alabastrina,
son materia no más tus morbideces,
y este fuego voraz que me asesina
y que acaso en tus venas se propaga
y hasta tu ser trasciende
es el ansia de goces que germina
dentro del corazón, y que se apaga
mucho más fácilmente que se enciende.

III

¿Que hay algo más? ¿Que hay santas alegrías,
una vida inmortal y un puro anhelo?
¡Quién piensa en semejantes niñerías!
«¿Y si luego resulta que no hay cielo?»

M. Pérez de la Mangua.



Á UNA PECADORA

Es tu cuerpo escultura primorosa
por artista divino modelada,
y está tu piel marmórea perfumada
con fina esencia de violeta y rosa.

De tu pelo la trenza esplendorosa
con los rayos del sol está formada,
y el destello vivaz de tu mirada
es fulgor de los ojos de una diosa.

Manojos de jazmines son tus manos,
tu voz dulce armonía de los cielos
escuchada en los éxtasis cristianos;

mas de tu castidad los tenues velos
desgarraste en los ámbitos mundanos
al colmar de tu carne los anhelos.

Diego Jiménez-Brieto.



¡QUE SE VEN!

Estudio de P. Manzano.

¡OH, EL AMOR!...

SE miraron á un tiempo, con extrañeza;
los dos se contemplaron breves instantes;
él quedó enamorado de su belleza,
y ella quedó prendada de sus brillantes.

En varias ocasiones, después, se vieron;
ella siempre incitante, y él decidido;
una tarde de otoño se comprendieron,
y acordaron gozosos formar un nido.

Bero la dicha pasa con ligereza,
y al fin cesó el capricho de los amantes.
.....
Él quedó enamorado de otra belleza,
y ella quedó prendada de otros brillantes...

Pedro Sabau.

CARTAS DE TODOS COLORES ⁽¹⁾

A Z U L

Á LA SEÑORITA SOFÍA X...



U última carta ha provocado un tumulto en mi cerebro: mire usted qué tumulto será que todavía estoy mareado.

Y es lógico. Usted ha golpeado en mi frente dirigiendo invocaciones á ideas íntimas que yo llevo escondidas por falta de esperanza y por sobra de desprecio á la realidad descarada que se pavonea por las calles vestida de algodón y con agujetas en el pelo; usted quiere que yo le exprese mi concepto del amor, de la mujer y de la familia, que es tanto como querer reducir lo insondable y lo infinito á un artículo de bisutería; y sobre todo, usted quiere que yo le describa la mujer con que sueño, ó mi tipo, como por ahí dicen muchos. Fácilmente saldría del apuro en que usted me pone diciéndole: «Mírese usted al espejo y á la conciencia y conocerá usted mi ideal». Pero por miedo á que usted piense que eso es un medio galante de eludir el compromiso, allá va esta carta que yo desearía

(1) De un libro en preparación con el mismo título.

convertir en cuadro aunque no fuera más que en honor de la memoria de la modelo, que es usted misma.

Á más de eso, esta carta se propone realizar lo que un bando de buen gobierno. Sofocar la revolución con promesas y hasta mostrarle el puño cerrado si es preciso. Las ideas, cuando están bien formadas, se parecen á las multitudes en que tienen voluntad, y se revuelven, en que tienen voces, y braman. Las mías, ya lo sabe usted, mi querida niña, parecen por su independencia furias injertas en Espartacos.

¡A ver si las domino!

Yo sueño frecuentemente con una mujer que no es ni rubia ni morena, sino la combinación artística de estos dos colores, las notas pálidas del Norte invadiendo y confundándose graciosamente con las entonaciones calientes del Mediodía. De ojos azules como las túnicas de las vírgenes ó negros como las hopas de los condenados, pero elocuentes con delicadeza,



melancólicos con palpitaciones de alegría y así como humedecidos por el deseo de horizontes más amplios y más celestes que los que la tierra ofrece: que hagan sospechar al ángel en la mujer. De nariz ni aguileña, ni griega, ni romana, nariz que yo llamaría de buen grado parisiense, fina, espiritual, de fosas nasales transparentes, poseyendo el instinto de no ver ninguna flor sin experi-

TIPOS POPULARES



Isidoro (El Billetero).

mentar tentaciones de agotar sus perfumes en aspiraciones voluptuosas. La frente me gusta casta, en el sentido del amor, y la boca sonrosada, fresca, de dientes menudos y blanquísimos y con palpitaciones de oración ó delirio; de vez en cuando me gustaría ver plegarse sus labios con los estremecimientos de la más fina melancolía. El color, pálido los días comunes de la vida, los días de reglamento, y rosado, ligeramente rosado, los días en que lo sublime, que siempre se manifiesta distintamente, hiciera una aparición entre nosotros. Ni alta ni baja, de la estatura que daba

Praxiteles á sus Venus de TIPOS POPULARES
piedra, ligera, espiritual, casi

flotante, lo menos humana posible, pero con líneas y contornos de estatuaria griega y manifestando hasta en su gracia de adolescente la soberbia potencialidad de su sexo. Ni hermosa, ni perfecta. Bonita. Lo que es la primavera en relación al verano y al invierno. Toda la juventud, toda la gracia y toda la delicadeza posibles. El tipo es Mignon reto-



¡Una... periodista!

cado primorosamente por Dios para complacer á un poeta.

En una mujer tan compleja como la que estoy describiendo, el alma tiene que estar también formada como el cuerpo para que exista armonía. Sólo que no la quiero erudita, sino ilustrada, ni apasionada, sino sensible. Como una sensitiva é igualmente amorosa para todos los rayos de sol que la acarician, yo quiero que esta mujer sea igualmente afectuosa para todos los aproximamientos de sublimidad que perciba. Ni atea ni devota, ni siquiera filósofa. Creyente. Enamorada del porvenir, pero respetuosa con el pasado. Que merezca respeto. Prefiriendo la música á la teología y la historia al catecismo. Llena de fe por todo su cuerpo. Fe en el amor, en la vida universal, en la justicia absoluta, como idea difícil, y en la regeneración humana, como hecho fácil. Sencilla, pero con dignidad. Mirando con igual éxtasis al niño que á la nube, pero preocupándose más del niño, no porque ríe, sino porque puede llorar, y el llanto de un niño habría de antojársele ilógico y pavoroso como un jardín en duelo. Monstruosa, en una palabra. «Con el cerebro desprendido hasta el pecho» y confundiendo con el corazón sus latidos.

Hé ahí *une chère dophil*, el tipo con que yo sueño.—Si usted no se parece á él...—Mírese usted por dentro, y respóndame. Yo no puedo amar sino á una mujer que se parezca lo más posible á la que acabo de bosquejar. Por fuera ya sé que es usted encantadora.

No le digo á usted, como en mi carta anterior, que la beso á usted indistintamente, con el pensamiento, para que no vuelva á incomodarse conmigo. Pero, en fin... yo le beso mentalmente pies y manos, al propio tiempo que le hago mi más respetuosa reverencia.

Alejandro Sawa.

SONETO

CIELO de mis amores! ¡Vida mía!
Si todos ruinas son, que por ti arraso,
si en los amores que encontré á mi paso
á quererte después sólo aprendía,
es que mi corazón ya presentía
el insaciable amor en que me abraso.
No me culpes á mí, culpa al acaso
si antes de conocerte te ofendía.

Mas, conocida, asegurarte quiero
que en tu amor cifro mi esperanza entera.
Y si quiso la suerte que no fuera
tu amor mi único amor, como el primero,
con tu amor moriré, cuando en ti muera.
¡Juro, bien mío, que será el postrero!

Jacinto Benavente.



EL AMOR



LA FOTOGRAFÍA

Techo de P. Manzano.

EL RETRATO



IMAGEN de una persona hecha por medio de alguna de las artes del dibujo. » Tal es la definición usual del retrato. Yo añadiría: «Imagen de una persona hecha por medio de alguna de las artes del dibujo ó por el medio físico-químico de la fotografía».

Los primeros retratos de que tenemos conocimiento son escultóricos, y alcanzan una fecha aproximadamente de cinco mil años. Para no hablar más que de algunos de los que han logrado mayor celebridad, recordaré el retrato-estatua, tallado en madera, encontrado en una *mastaba* de la IV dinastía faraónica. Dicho retrato es el de un superintendente de los reyes egipcios, llamado *Ra-en-ké*. Al descubrirlo los obreros que hacían las excavaciones, le llamaron *Sheikh-el-beled* (*el alcalde del lugar*), tanta verdad y vida hay en dicha estatua, y tan parecido debía ser al funcionario con quien lo compararon. Esta estatua, con varias del faraón Schafra, Shafri ó Kéfren, enterrado en la gran pirámide que lleva su nombre, y de otras estatuas-retratos de las épocas faraónicas, existen en el Museo Buloq. No menos célebres que estos retratos son los de la hermosa reina Taia, madre de Amenofis IV, y los de varios *escribas*.

De Egipto debemos pasar á Grecia para encontrar ver-

daderas obras maestras en el género, pues ni en Asiria y Caldea ni en Persia hallamos retratos, porque como tales no pueden considerarse las representaciones de los reyes y magnates, esculpidas en los grandes bajo-relieves de Korsabad, ni en los *specimen* que de la escultura caldeo-asiria se conservan en el Museo Británico.

El retrato en Grecia comenzó cuando en los últimos años del siglo VI, antes de Cristo, los escultores trataron de dar el carácter individual á los atletas vencedores en los Juegos Olímpicos. Es de suponer que los matadores del Pusitrata Hiparco fuesen retratados en el grupo primero que el escultor Nerote esculpió en honor de Harmodio y Aristogitón. Asimismo son ó deben de ser retratos los de las *estelas* funerarias de Aristión, Alxenor de Taxos y otras, donde se ve la imagen del muerto.

No fueron, sin embargo, los griegos quienes cultivaron el retrato como género digno de dedicarse á él exclusivamente. En Roma, en cambio, puede considerarse la escultura icónica como la manifestación artística genuina del imperio en particular. Á tan grande número llegó en cierta época el de estatuas que había en el Foro, que se dió orden de quitarlas. Sin embargo, algunos retratos escultóricos (bustos) de los buenos tiempos griegos conocemos, aun cuando se supone que sean reproducciones. Entre otros, los bustos de Aspasia, de Pericles y de los dioses de la dominación macedónica y varios de Alejandro. La numismática, aun cuando en escasísimo número, nos ofrece tambien algunos retratos de tiranos.

Entre la multitud de retratos, bustos y estatuas sedentes, en pie y ecuestres, trabajados en Roma, aparecen en primera fila, el retrato-estatua de Augusto (existente en el

Vaticano), el sedente de Agripina, el pseudo germánico, la estatua ecuestre de Marco Aurelio y bastantes otros (bustos) de patricios y matronas.

Para terminar con los retratos escultóricos, mencionaré algunos célebres: el de *Gattamelata*, existente en Padua; el de *Colleom*, en Venecia (ecuestres ambos); el de Felipe IV,



ESTUDIO

ecuestre, en la plaza de Oriente; el de Enrique IV de Francia, ecuestre, en París; el de Filiberto de Saboya, en Turín, y cien más. Bustos y estatuas en pie y sedentes son muchos (sin ser por eso innumerables, como decía un colega) los retratos dignos de encomio. Últimamente se ha descubierto un busto maravilloso, retrato en mármol de María Antoineta.

Respecto de los retratos pintados, famosos, no basta-



ESTUDIO

ría para enumerarlos un abultado tomo. Nos contentaremos, pues, con recordar algunos existentes en el Museo del Prado, además de apuntar que los primeros son de mano de Durero; el de Wolhgennith, entre otros; el del famoso pintor, hecho por él mismo, existente en Munich; el de Enrique VIII de Inglaterra, por Holbein, y el de Erasmo, íntimo amigo del artista. El de Mona Lisa de Vinci, el de Julio II y el suyo propio, de Rafael, etc.

En nuestro rico Museo descuellan el de María de Inglaterra, mujer de Felipe II, de Moro; el de Carlos V y del citado Felipe, de Tiziano; el busto de Felipe IV, Felipe IV á caballo, el conocido por retrato del escultor, el del almirante Pareja y otros, todos de Velázquez; varios de Van-Dyck, como, por ejemplo, el de la Condesa de Oxford; varios de Moro, de Carreño, Coello, el del *Cardenal*, de Rafael; el de Goya, por D. Vicente López, y el de Maella, por Goya...

No menciono los retratos hechos por Rembrandt al óleo y al agua fuerte, ni el famoso de Inocencio X, de nuestro inmortal autor de las *Meninas*; sería tarea larga recordar aquí, para terminar, el existente en el Hof Museum de Viena, de mano de Rubens, que retrató completamente desnuda á su hermosísima segunda mujer.

P. Balsa de la Vega.

NIDOS Y TRONOS

JUAN de Luna era amigo del Rey. Un día, cuando una noche triste como ninguna sobre los campos verdes negra caía, con la regia mirada severa y fría habló el Rey de esta suerte con Juan de Luna:

—Juan, no te da la vida ningún encanto. No tienes otro amigo que yo. Tu choza, con su eterno silencio, llama al espanto. ¡Cómo sufrir se puede y aislarse tanto, en un mundo que ríe, se agita y goza?

¿Que una mujer tu vida siembra de flores en el retiro obscuro que has elegido? Un nido es vuestra humilde choza de amores... ¡Venid, yo os daré gloria, poder, honores! ¿Y quién por un palacio no deja un nido?

Juan respondió:—Te engañas. Mi vida es bella. Una mujer me adora, yo vivo en ella, mis nieblas se disipan con sus reflejos, y es ¡oh Rey! nuestra choza como una estrella, que tan sólo es mezquina vista de lejos.

Pues en las soledades de mi abandono, encuentro á todas horas amor profundo. ¡Con la mujer querida, nada ambiciono!

¡Si unas leguas de tierra forman un trono,
de una mujer y un hombre se formó el mundo!

Un mundo es nuestra choza, y en ella unidos
van nuestros corazones por los espacios
de los sueños azules desconocidos.

¡Si se desprecian nidos en los palacios,
se desprecian palacios desde los nidos!

Nuestra choza es un mundo; se alza severa
en la cumbre del monte, del bosque en medio,
la alegra con sus cantos mi compañera,
y á las blancas paredes poniendo asedio
trepa hasta la ventana la enredadera.

Cuando del sol los rayos matutinales
á la ventana llegan, truécase en oro
el mundo á que dan vida mis ideales,
y si pasa la luna por los cristales,
sus reflejos de plata son mi tesoro.

—
Entretanto, en la calle la turba crece
y un *¡viva el Rey!* sonoro levanta el vuelo.
Viendo la turba armada, que resplandece,
á Juan el Rey pregunta:—¿Qué te parece?
y Juan responde:—¡Estaba mirando al cielo!

—
¡Bosque, casita blanca y enredadera!
el que ha aprendido á amarnos, todo lo esquivá.
¡Quién en vuestro misterio vivir pudiera!...
¡Desde un trono se baja por la escalera;
desde un nido se sale siempre hacia arriba!

Ricardo J. Catarineu.

ANIVERSARIO

Jesús, las cuatro de la madrugada y sin poder dormir! ¡Qué día tan aburrido y qué noche tan desesperante!

¡Qué hermosa estaba allí, en el lecho, las ropas revueltas, llegando al suelo! Su cabellera abundante y negra, desplomándose, pasaba por los hombros y caía sobre el seno como para impedir que pudieran verse aquellos contornos de la estatuaria griega, dejando adivinar tan sólo la opulencia y corrección de la forma.

La lámpara pendiente del techo de su cuarto de dormir exparcía débiles rayos de luz que, al pasar á través de la azulada bomba de cristal, daba á la habitación un tinte de misterioso encanto. Luz opaca, tibia, que contrastaba con la fosforescencia de los ojos negros de la hermosa.

Descubierto el busto, apoyando en las almohadas el brazo derecho, en cuya mano descansaba la cabeza con indolencia, como si sintiera la pesantez de pasadas venturas que la asaltarán en sus soledades.

—Hoy hace un año, hoy,— pensó con tristeza la mujer.— ¡Qué prólogo de luchas, de resistencia en el ataque y la defensa! ¡Cuántas veces aquí mismo, en la cama, he pedido á la Virgen que me arrancara del pensamiento á aquel hombre, y la Virgen no me oyó... ó el amor

que le tenía era más grande... ¡Jesús, qué blasfemia!

Y hubo un instante en que no pensó, pero volvió a pensar:

—Con qué miedo escuchaba sus teorías, con qué encanto escuchaba sus sueños de amor y de gloria, con qué monstruosa tenacidad me sorprendían la idea del deber, la fe jurada, el honor del hombre... ¡Ah, tontería! El amor es como el héroe, viviendo vence, y todo fué derrotado por el amor que por él sentía... Hoy es el aniversario. Aquí, aquí mismo desaparecieron mis energías, mi voluntad, todo, y caí en sus brazos apasionada, loca; después de sus primeras amantes caricias mi arrepentimiento, mi dolor, mis lágrimas copiosas que él bebía besándome los ojos con pasión. ¡Cómo me besaba, y qué modo de llorar el mío! ¡Cuánto sufrió el pobre esta noche hace un año!... ¡Señor, Señor, por qué me apartas del sueño!

Y cerró los ojos, pero se abrieron otra vez.

—Ocasiones hubo en que, impulsada por no sé qué extraña fuerza, le aparté de mi lado violentamente y él me suplicaba con dejos de honda amargura que no fuese mala, que le amase, que bastante era su penar con el amor que me tenía. Y yo le miraba con lástima, como se mira á un niño que agoniza. ¡Oh, estábamos ya muy cerca para separarle de mí! Hoy hace el año: ayer juntos, hoy lejos. ¿Me habrá olvidado? No. Tuvo que separarse de mí, su amor no es de los que mueren. Aquellas sutilezas de su espíritu, aquellos justificados celos, aquel modo de acariciarme, aquel extraño sabor de sus besos eran amor, y el amor no muere como deseo que se satisface, como capricho que se realiza.

Y la mujer, inquieta, cambiaba de postura, arreglaba

las ropas que medio la cubrían y volvía á quedar inmóvil y á pensar, á pensar.

—Después de aquella noche, el convencimiento de que yo era suya, y entonces la fiebre de amor. ¡Qué apretados sus brazos, qué expresivos sus besos, qué llenas de fuego sus miradas! ¡Por qué estará tan lejos, por qué no le tendré á mi lado, por qué yo he de vivir así!

Agitóse y, arrojando á los pies de la cama las ropas, saltó al suelo. Salió á un pasillo corto y oscuro, abrió una puerta, entró y, como hiciera ruido al tropezar con un mueble:

— ¿Quién anda ahí? — gritó una voz de hombre.

—Soy yo, soy yo. La mujercita que viene á velar el sueño del esposo amado.

Vicente Casanova.

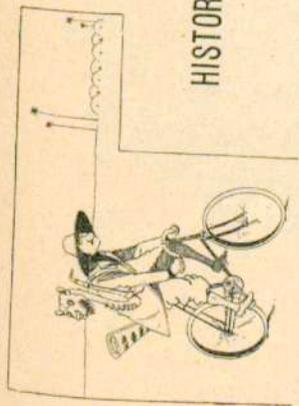


CANTARES

NUESTRAS dos almas se vieron
y las dos se interrogaron,
y tan de acuerdo estuvieron
que ya no se separaron.

Es tu cara tan bonita,
que me ha dicho un serafín
que Dios no te lleva al cielo
porque no pequen allí.

José Yzuela.



HISTORIA MUDA, POR ROJAS

1



2



3



4

¡Pobrecitos!

POR el tronco del árbol, desnudo de hoja,
va subiendo la savia, llena de vida,
y recorre su cárcel, que la acongoja,
buscando por los tallos franca salida.

Así forma botones embrionarios,
que son hojas más tarde que la luz besa,
ó flores, convertidas en incensarios
de süaves aromas que el viento apresa.

Y ya el árbol, vestido con tal ropaje,
yergue feliz sus ramos entretejidos,
juegan los cefirillos en su follaje
y de él cuelgán las aves graciosos nidos.

¡Los nidos! En su fondo de plumas blando
siente la alada prole miedos profundos
cuando vuelan los padres, pía piando,
á buscarle sustento por esos mundos.

Porque sucede á veces que la pareja
no vuelve más al nido que le es tan caro,
y ¡ay, los pobres hijuelos que el lazo deja
huerfanitos con hambre, piando amparo!

Manuel Mera y Solano.



ACTORES EMINENTES



D. EMILIO MARIO

TEATRO DE LA PRINCESA



EL TEATRO

FUERA Y DENTRO

MUCHO y muy bueno se ha escrito respecto á este asunto y mi buen amigo el fotógrafo Lokner me ha puesto en un verdadero compromiso al encargarme de esta sección de su Álbum, á mí, que hasta ahora no había cogido la pluma más que para escribir á la familia; por la íntima amistad que desde la niñez profeso á mi *tocayo*, me he comprometido en este para mí escabroso asunto, suplicando á mis lectores (si tengo alguno) que perdonen mi atrevimiento y acusen al otro, no á mí, del mal rato que con este soporífero artículo pueda ocasionarles.

No sé cómo empezar, querido lector.

El teatro es... no, no me gusta; en fin, empiezo y salga lo que saliere.

El teatro debería ser reflejo de la vida real, pero por desgracia en los tiempos que corremos no sucede así: los autores estrechan más este reflejo, y á semejanza del pintor que se provee de una máquina instantánea para traspasar al lienzo un asunto y luego reproducir las aberraciones de la fotografía, el autor, sea cómico ó dramático, estudia la



Julián Romea.

El teatro debería ser reflejo de la vida real, para que la sociedad, viendo reproducidos en él sus defectos y sus inmo-
 pero no sucede así, debían ostentar en frase *castigat riden*
 guen ningún vicio, ni corrigen ninguna teatro se le pide úni
 de nueve á doce á
 espectadores, y esto
 conseguido, y con



C. Cubas.

clase de espectáculos no es la que más fielmente retrata á la sociedad; convengamos también en que de esto tiene mucha culpa el público, que ríe y aplaude los retruécanos y chistes de subido color, que sale satisfecho del teatro con haber visto en el escenario, en vez de un actor, á un clown y que se inclina á las desnudeces de expresión y de actitud; en cambio se aburre en los teatros en que se profesa culto al verdadero arte de Talía; el género

sociedad, y lleva al escenario sus costumbres, sus usos, pero notablemente exagerados, dejando de ser ya reflejo de la vida real, desde el momento en que no reproduce con verdadera fidelidad.

*
* *

El teatro debería ser reflejo de la vida real, para que la sociedad, viendo reproducidos en él sus defectos y sus inmo-
 ralidades, se corrigiera; y en realidad los teatros sus fachadas la famosa
do mores, pues no extin-
 no curan ninguna llaga, inmoralidad; hoy día al
 camente que distraiga algunos cientos de es-
 el género chico lo ha
 vengamos en que esta



José Sigler.



Colegio de señoritas.



Rotolondrón.



Emilio Orejón.



El padrino de El Nene.



La viejecita

chico es el que priva, y no es porque en los coliseos antes mencionados no se ofrezcan al público delicados manjares, pero éste no está por el faisán, prefiere el guisado madrileño y recargado de mucha mostaza y pimienta.

* * *



Balbina Valverde.

En verdad, el gusto del público se encuentra, á mi juicio, extraviado, y no está por nada que sea arte; esto lo vemos en todas sus manifestaciones; en el Teatro Real es donde puede notarse con más claridad. ¿Qué hace el público en dicho coliseo? Pues no va al teatro por deleitarse con las partituras de Rossini, Wagner, Meyerbeer y otros talentos musicales; el público, exceptuando un corto número de *dilettanti*, va al teatro por ver á la Marquesa A. ó la Duquesa B., por pasar la noche de tertulia como podría pasarla en el casino, en el café; no le importa nada de lo que en el escenario pasa, ni si la tiple ó el tenor rozan una nota, desafinan, ó

por el contrario, han dicho una frase con la debida expresión; van al Real, en una palabra, porque esto es el *clou* de la moda, que impone á la alta sociedad tener una platea ó butaca, porque esto es de buen tono, y nada más, y por asegurar estoy que habrá abonado que aún no sepa el argumento de muchas óperas que á diario oye, mejor dicho, que á diario ve, cuando la conversación que sostenga



Rosario Pino.

en un palco quede interrumpida por ligeros intervalos.



José Mesaño.

Lo mismo que en el Real ocurre, sucede en el Español, único teatro en que se cultiva el género serio, el verdadero arte dramático.

No dejo por esto de reconocer que el género llamado chico, y por el que el público se inclina, deje de tener algunas veces atractivos; esto

sucede una vez ó dos al año, á lo sumo, cuando sale de una esclarecida zuela ó un juguete escrito con verda todas las reglas to sucede tan po es porque nos fal conocido mérito, car su talento á ñol neto y produ yas, suprimiendo y soez que impe



Clotilde Perales.

pluma una zar- te culto, moral y dero amor y con del arte; pero escas veces!... Y no ten autores de re- que podrían apli- este género espa- cir verdaderas jo- el chiste grosero ra, y que es una

vergüenza para nuestro teatro, en otros tiempos considerado como el primero del mundo. Claro es que las costumbres, los usos, la sociedad, en fin, es la que dirige al teatro; pero precisamente por esto, porque va por mal camino, es por lo que hacen falta cabezas privilegiadas que la dirijan y la conduzcan por el buen sendero, por el recto camino.

Y ya que del público he hablado, pa-



Emilio Mesaño.



Matilde Pretel.

semos al escenario y ocupémonos, aunque sea ligeramente, de lo que ocurre de telón adentro. Procuraré retratar algunos tipos de bastidores, y dispensa, lector, si no los distingues con verdadera claridad. Será que se han velado las placas

*
*
*

Si el teatro de telón afuera se encuentra en el estado que te he querido demostrar (creo que sin conseguirlo),

de telón adentro se encuentra por el estilo, y cada escenario es una república, mejor dicho, una anarquía. Acompáñame á cualquier teatro y contempla conmigo lo que ocurre. ¿Qué ves? ¿Están en ensayo? Mejor, así podremos más fácilmente estudiar algunos caracteres.

Hay un director de escena y cuatro ó cinco primeros actores, porque hoy todos los actores son primeros, hasta el punto de que verás en algunos carteles sus nombres en cruz para que comprendas que todos tienen igual categoría; el director no dirige y los primeros actores son los que cada uno escoge el papel que



Luis Martín.

más le conviene en la obra próxima á estrenarse, y pobre del autor que intente distribuir papeles y pobre de la empresa que quiera imponerse, pues se queda el primero sin intérpretes de su obra y el segundo sin actores en su compañía; pronto se abren las puertas de otro teatro á los actores que se sublevan, se les sube el sueldo y hasta se le hace director de escena en veinticuatro horas, aunque en su vida se las haya visto más gordas.

De las tiples, características, todas también primeras, nada quiero decirte; las tiples cantan cuando quieren, que es muy pocas veces, las segundas nos aburren con sus desplantes... y respecto á vestir las obras, unas y otras están á reñir con la indumentaria: las primeras, ¡*qué toilettes!*; las segundas, ¡qué batas á cuadros! ¡qué peinadores! ¡qué cofias! ¡Ah! y para complemento se necesita pintarse bigote, una verruga en la nariz y cuatro pelos en la barba; con esto y unos cuantos saltitos, ¡característica! y tan característica.

Y no te molesto más, lector querido; perdona la *lata* que por compromiso de Lokner te he proporcionado y dispensa, que repitiendo la frase de mi amigo Romea al estrenar su primera obra, me retiro por el foro exclamando:
¡Perdón, que no lo volveré á hacer!

Julio Rodríguez Vilallonga.

ARTISTAS DEL REAL



EMILIO DE-MARCHI

ACTORES EMINENTES



PEDRO RUIZ DE ARANA

EN EL TEATRO

Y penetré en el teatro
llevando, cual siempre llevo,
sedienta de amor el alma
y de luz el pensamiento,
y te vi. Miré tu frente
pálida, vi tus cabellos
desbordar bajo las alas
amplísimas del sombrero
parisiense en áureos bucles;
vi el cristal limpio y sereno
de tus pupilas azules,
tan azules como el cielo;
tu tez, en donde se funden
con el bláncor más intenso
los tonos más purpurinos;
tus labios, en donde el beso
debe ser martirio y gloria
y fiebre y locura y vértigo;
vi por la crujiente seda
contorneado tu seno,
que un desnudo parecía
de Fidias en mármol negro;
tus altos hombros de diosa,
tu talle gentil y suelto;

vi tu pie entre remolinos
de blondas, pie tan pequeño
que huellas dejar no puede
ni turbar puede el silencio;
la elegante pelerina
echada sobre el asiento,
la tersa cinta celeste
que aprisionaba tu cuello,
el broche de oro y de perlas
que fulguraba en tu pecho;
como un encaje de espumas
en tus manos vi un pañuelo
en mi esencia favorita
impregnado, y vi tal sello
de supremas distinciones
en tu escultórico cuerpo,
que despertaron, mirándote,
mis insaciables deseos
de apagar cuanto ilumina,
de hollar todos los senderos,
de escalar todas las cumbres,
de ver todos los misterios,
de hundirme en todas las olas,
de entrar en todos los templos
y de arrojar de sus aras
todos los dioses... y lleno
de mortal melancolía
y profundo desaliento
me fuí, divino imposible
de mi vida, de ti lejos,
mas llevándome tu imagen
clavada en el pensamiento.

Arturo Reyes.



Isabel Brú.



Pilar Vidal.

EL AMOR Y LA FOTOGRAFÍA

EN los tiempos de Calderón y de Lope se tenían por dichosos los gallograban potón, de cobre ó de sus adoradores por Felipe de otro artista de ces en España



Emilio Carreras.

lanes y las damas que seer un pedacito de carne de hueso con la imagen de los tormentos pintados Liaño ó por cualquier los que crearon entonces un arte que no es precisamente el de la miniatura, tal

como se ha entendido en épocas posteriores y principalmente en el siglo XVIII. Basta ver algunos de esos retratitos *de escarcela* que pintaron dichos artistas para advertir en éstos una superioridad evidente sobre los *miniaturistas* que han trabajado después. Felipe de Liaño ponía el color en un retratito ancho de tres ó cuatro pulgadas con libertad y soltura propiamente velazquinas, sin usar de la manera relamida y afeminada que ha



F. Torres de Carreras.



Josefina Landy.

güente, los galanes y las damas antes del descubrimiento del daguerrotipo debieron de pasar muy feroces amarguras durante sus cías, y si peca ellos ó de livia sabe á qué extra la falta de un viera de consue sador si llega

Por esto, por más allá, creo yo que la fotografía es la más acabada y perfecta expresión, la flor más fina del romanticismo, y afirmo que de este gran movimiento del espíritu humano quedará como el vestigio y la muestra más brillante de todas el arte fotográfico, cuando ya quizás nadie se acuerde ni de los castillos en el aire de Víctor Hugo, ni de los castillos en la tierra de Violet-le-Duc, ni del Trovador ni de los Amantes de Teruel.

Uno de los *leitmotiven* (creo que se dice así) más usuales entre los autores

sido la muerte de las miniaturas. Y de todos modos, lo mismo éstas que aquéllas constituían un objeto de lujo, inasequible á los galanes pobres y á las señoritas partidarias del *Contigo pan y cebolla*. Una miniatura ó un retrato al óleo, por pequeño que sea, no están al alcance de quien por todo capital tiene una pasión volcánica debajo del bolsillo izquierdo. Por consi-



Eduardo Berges.

respectivas ausenban de olvidadizas ellas, ¡quién víos les conduciría retrato que les sirlo y tal vez de acuban á descarriarse! lo otro y por lo de



José Gamero.

románticos fué el del amor, que todo lo redime y todo lo iguala. El romanticismo desenterró esta añeja y adorable cantinela y la puso todos los adornos, flecos, borlas y hojarascas de la fantasía.

—Ante el amor—proclamaron en verso y en prosa, en novelas y en dramas los románticos—ni hay ricos ni pobres, aristócratas ni plebeyos. Y un romántico era, indudablemente, el que discurrió la delicadísima idea de hacer que pobres y ricos, plebeyos y aristócratas pudieran gozar el codiciado privilegio de poseer á todas horas la imagen de sus adoradas. Fué un milagro que los rayos del sol hicieron respondiendo tal vez á la evocación de un poeta romántico de la clase de coloristas. ¿Sería Gautier, el del chaleco rojo? ¿Sería Espronceda, el que saludaba al sol pidiéndole que se parase y le oyese? No sé. Lo cierto es que la fotografía ha servido y sirve á la política, á la psicología, á la moral, á las ciencias naturales, á las bellas artes, pero mucho más ha servido y sirve al amor.

F. Navarro y Ledesma.

DOLORA

ENTRE los dos mi corazón un día
enterramos... ¿Te acuerdas?

Tu delicada mano abrió la fosa,
tu pie menudo apisonó la tierra.

—Bien muerto está, dijiste, y sin mirarme
te alejaste riendo...

—Descansa, murmuré, corazón mío,
descansa en tu sepulcro, ya era tiempo.

He pasado, al volver la primavera,
por el rincón aquel tan silencioso...

¡Oh, corazón tenaz!... De él ha brotado
una violeta azul como tus ojos.

Picardo Gil.

REMEMBRANZAS



AHORA que la sociedad aristocrática, sintiendo el influjo de los desastres que afligen á España, está en un período de marasmo del cual no sabemos cuándo saldrá; ahora que están cerrados todos los salones de Madrid y que sólo hay alguna que otra tertulia donde se reúnan damas y caballeros distinguidos, es tarea poco menos que imposible hacer un artículo de fiestas del gran mundo, como no sea volviendo la vista atrás é inspirándose en recuerdos de épocas florecientes y casi olvidadas.

Un período de espléndidos bailes y diversiones fué el inaugurado en Palacio por los años de 1844 ó 1845, con una serie de conciertos admirables para los que se había construído en una de las habitaciones del regio alcázar un gran escenario, colocándose en el resto del salón banquetas para los invitados.

En uno de estos conciertos cantaron la Condesa de Merlin y D.^a Encarnación Camarasa, á cuya belleza dedican multitud de ditirambos los cronistas de la época.

Era D.^a Encarnación hija de D. Joaquín María Gayoso de los Cobos y Luna, undécimo Marqués de Camarasa, de la Puebla de Parga y de San Miguel de Penas; Conde de Rida, de Amarantes y de Castrogeriz, y de D.^a María Jose-

ta Téllez Girón y Pimentel, hija de los Duques de Osuna.

Alternando con los conciertos se daban en el palacio de la plaza de Oriente frecuentes bailes, entre los que se recuerda con verdadero regocijo uno celebrado después de las bodas de S. M. la Reina D.^a Isabel II y en los días de Carnaval. A aquella fiesta asistió toda la aristocracia española con históricos y ricós disfraces.

Veíase allí castellanas de la Edad Media, caballeros luciendo preciosas armaduras, soldados de los tercios de Flandes, pajes y mosqueteros de Luis XIV, damas de la corte de Luis XV, casacas y chupas del tiempo de Carlos IV bordadas y enriquecidas con piedras, trajes característicos de las distintas regiones de España y profusión de encajes y brillantes adornando un sin fin de vestidos caprichosos.

Entre todas aquellas lujosas damas estaban los Medinaceli, Fernán-Núñez, Oñates, Osunas, Riveras, Medina Sidonias, Sotomayor, Pinohermosos, etc., etc., porque nombrarlos todos sería citar toda la nobleza de nuestro siglo.

Añádanse á estas fiestas palaciegas los bailes de los Marqueses de Miraflores, por cuyos salones desfilaban más de cuatrocientas personas; los célebres domingos de la Condesa del Montijo; los *chocolates* de los Duques de Fernán-Núñez, magníficos saraos que duraban toda la noche; los bailes de niños en casa de Osuna; las tertulias literarias del Marqués de Molins y los bailes que de cuando en cuando se celebraban en los palacios de Malpica, Sotomayor, Villavieja, Velle, Superunda, Viamanuel, Casa Bayona y los del cuerpo diplomático, y se comprenderá la animación y el entusiasmo de aquella sociedad, que en

medio de los disturbios políticos se divertía y gozaba infinitamente más que la nuestra.

En época más reciente, hace cuatro ó cinco años, aún se recuerdan espléndidas fiestas, como los bailes de trajes en el palacio de Cervellón, la célebre verbena de la Duquesa de Nájera; magníficas reuniones en casa de la Marquesa de Squilache y en el hoy derribado palacio de Medinaceli, que por unas ú otras causas han ido dejando de celebrarse hasta venir al período de quietud y marásmo de que he hablado al comienzo de este artículo.

El Barón de Sttoff.



CANTARES

No te asomes á ese pozo
que, aunque está profundo y negro,
no es tanto como tu alma,
ni más que tus pensamientos.

Lo que á mi me está pasando
eso no le pasa á nadie:
¡Esclavizarme á unos ojos
para que su luz me mate!

Narciso Díaz de Escovar.

IRAMITO DE ROSAS! ⁽¹⁾



SEÑORITO, lléveme usted este ramito de rosas.
¡Mire usted qué bonito es!

Todos los días me salía al paso con semejante pretensión en la esquina del Caballero de Gracia, cuando regresaba á la caída de la tarde de mi cotidiano paseo por el Retiro ó la Castellana.

Y era muy linda, con sus diez y siete años, su tez blanca y sonrosada, sus grandes ojos azules en los que parecía retratarse el límpido cielo de Madrid, sus cabellos de rubio tostado, muy abundantes y graciosamente ondeados, su naricita correcta y afilada y su boca de labios frescos y rojos como la cereza en sazón, mostrando al sonreirse, cosa que hacía constantemente, dos hileras de menuditos é iguales dientes de la blancura y transparencia del nácar.

Siempre llevaba muy limpio y cuidado el trajecillo de percal muy modesto y la toquilla de lanilla color de rosa que cubría sus hombros y su seno, prominente, alto y bien formado; no mostraba ni suciedad ni desgarrones, como

(1) Del libro *Totum revolutum*.

tampoco sus botitas, del género barato, nunca las vi rotas ni con los altos tacones torcidos.

Indudablemente Amalia, que así se llamaba, era la más bella y linda de todas las muchachas que se dedicaban á vender flores por la calle y acaso la más honrada.

La cestita en que ella llevaba su mercancía era de mimbres, adornada por su ama con mucha coquetería, y los ramitos que formaba para venderlos demostraban el buen gusto y habilidad de la joven.

Como muchos otros, no había yo dejado de decir piropos á la linda florista y de hacerle proposiciones, no un tanto, sino un mucho atrevidas, porque los hombres tenemos la presunción de creer que todo puede lograrse con un puñado de oro, proposiciones que rechazó, no con indignación ni cólera, sino siguiendo bromeando, pero no por eso menos rotundamente.

En una ocasión, me dijo que vivía con su padre, un antiguo obrero de una fábrica, que había quedado inútil á consecuencia de haberle destrozado el brazo derecho una de las máquinas, y ella era la que subvenía casi por completo á las necesidades de su casa; pues el padre, inútil, podía llevar muy escasos recursos vendiendo hierro viejo en un puestecillo del Rastro.

Pasó algún tiempo: llegó el invierno y la carencia de flores desterró de los sitios habituales á las floristas, pero en la primavera tampoco se vió á Amalia en el sitio de siempre ni en otro alguno.

Preguntamos varios por ella á sus compañeras y ninguna supo ó quiso dar razón.

Ya á fines de verano, salía yo de madrugada del Casino, cuando al penetrar en la calle de la Cruz tropecé con

una mujer, alcé la vista y reconocí en ella á Amalia la florista.

—¡Tú, Amalia! ¡Al fin caíste!

Ella no contestó, sonrojóse bajo la capa de polvos que cubría su ya un tanto marchitas mejillas y dos gruesas lágrimas se escaparon de aquellos siempre hermosos ojos.

—¡Si usted supiera!—dijo lanzando un suspiro.

Aquella exclamación excitó mi interés, y aunque no sin tenerla que rogar, consintió en acompañarme á una chocolatería.

Ya en ella y teniendo delante el servicio, le pregunté:

—Pero ¿cómo es que tú, que has rechazado proposiciones de hombres que te hubieran sostenido en una posición bastante desahogada, has caído tan abajo? ¿Acaso uno de esos amantes del corazón, como suele llamarse al hombre á quien se entrega sólo por cariño una mujer, te ha abandonado?...

—No, señor; yo era más pura que la luz del sol cuando me eché á esta vida, por... por muchas cosas.

—Cuéntame...

—¿Para qué, señorito? ¿Qué le importa á nadie la historia de mi desgracia?

—Dices bien, pero...

—Pues bueno, oiga usted. Llegó el invierno pasado y, como faltaron las flores, tuve que dedicarme sólo á costura, y esto da muy poco; pero al comienzo del mes de Navidad mi padre cayó enfermo con una pulmonía; yo no podía consentir que lo único que tenía en el mundo fuera al Hospital; hubo que empezar á vender lo poco que había en casa, pues llegó la parada de Nochebuena y nada podía ganar... Mi padre cada vez peor, y al cabo de seis

semanas murió, el mismo día que el casero le mandaba la papeleta de citación; yo no había probado un bocado hacía dos días, estaba loca, ni tenía un céntimo para enterrar á mi padre. Una vecina se enteró y me habló de quién me podría prestar cuarenta duros; yo no estaba para pensar cómo tendría que pagarlos... Fuimos juntas á una casa próxima, y de allí salimos con los cuarenta duros, sin saber á lo que me habían comprometido; lo único que sabía es que mi padre tendría entierro decente y sepultura con lápida... y no iría al hoyo...

—¿Y después?

—Después—dijo enjugándose el llanto con la punta del delantal—tuve que pagar el coste de la sepultura y entierro, que eran los cuarenta duros, con la única herencia que me dejó mi padre: ¡la honradez que poseía!

.....

Ob. Fb. López del Arco.

ARTISTAS DEL REAL



HARICLÉE DARCLÉE

HERO apareció en nuestra escena y venció á un *sacerdote* más difícil de convencer que el propio ARIOFARNE con su *fanfara* y todo, á ese *terrible juez* por el cual sienten *paura* la mayor parte de los artistas.

HERO, VALENTINA, MARGARITA... en suma, la Darclée triunfa siempre con su talento y con su espléndida hermosura. ¡Es una *etoile!*

LA VOZ DE DIOS EN LA CONCIENCIA

Todo el que atienda á sí propio, hallará que, en el fondo de su espíritu, hay perpetuamente un diálogo interior de dos voces que son esencialmente distintas. La una nos aconseja la mentira, el odio, el interés, la conveniencia; la otra, la verdad, el amor, el desinterés, el trabajo; la una es tan propia de cada cual, que, mientras yo no revelo por palabras ó por actos lo que ella me dice, todos lo ignoran; la otra, por el contrario, tan es verdad que dice lo mismo á todos los hombres, que en las relaciones de cada uno con los demás lo damos siempre por supuesto; la una, á mi conjuro se irrita ó calla, se levanta, ó se apaga y muere; la otra, siempre igual y la misma, parece la voz del varón justo y fuerte que conserva la serenidad de espíritu en medio de las más graves circunstancias de la vida; la una nos aconseja que nos erijamos en centro del mundo y de la realidad, poniéndolos á nuestro servicio; la otra, por el contrario, que reconozcamos el lugar subordinado que en aquélla ocupamos, y por lo mismo sacrifiquemos nuestro bien particular al cumplimiento del bien uno y todo, del destino universal de los seres. Voz aquélla, que nos hace caer y pecar; voz ésta, que nos redime y nos levanta, que todo hombre lleva dentro de sí mismo, junto al Adam pecador, el Cristo re-

dentor; voz, aquélla, en fin, de un Mefistófeles que yo creo y que yo mato; voz, ésta, que es tan sólo eco de una que se hace sentir al mismo tiempo en todos las conciencias, como la acción de la luna se hace sentir á la vez en todos los puertos del Océano.

G. de Azcárate.



CANTARES

SEÑOR cura, mande usted
que paren ya de tocar,
que está durmiendo mi madre
y la pueden despertar.

—
Te conté mis penas,
te echaste á reir;
aún eres muy joven, no sabes apenas
lo que es el sufrir.

—
El carácter español
se refleja en los soldados:
donde más peligros hay,
luchan con más entusiasmo.

José Yzuela.



1



2



3



4



5



6



7

1. Angel R. Chaves.—2. Jacinto Benavente.—3. F. Serrano de la Pedrosa.—4. Luis Gabaldón.—5. F. Navarro Ledesma.—6. José López Silva.—7. Sinesio Delgado.



EL AMULETO

CUANDO estalló la guerra,
cuyos bélicos ecos resonaron
desde el valle profundo á la alta sierra,
los buenos españoles se aprestaron
á pelear con ímpetu salvaje,
siguiendo las briosas tradiciones
donde su gloria inmarcesible brilla,
por vengar el ultraje
inferido por bárbaras legiones
á la gloriosa enseña de Castilla.

Cuando llegó el momento,
que era á la vez temido y deseado,
de incorporarse Andrés al regimiento
á que fué por la suerte destinado,
el cura del lugar, un religioso
digno por su virtud de estar sentado
á la diestra del Todopoderoso,
llamó á Andrés á su lado,
y después de exhortarle á que cumpliera

como la patria manda,
defendiendo con brío su bandera
que tremola en los aires victoriosa
hasta perder la vida en la demanda,
anegados los ojos por el llanto,
le entregó una medalla milagrosa
de yo no sé qué virgen ó que santo.
«Consérvala—le dijo;—esta medalla,
de cuya santa protección no dudo,
te servirá de escudo
en el recio fragor de la batalla.
Corre, pues, á vencer al enemigo,
que á ello el deber te obliga,
¡y que el Dios de los cielos te bendiga,
igual que yo, en su nombre, te bendigo!»

Al terminar la desastrosa guerra,
tras horrores sin cuento,
el valeroso Andrés tornó á su tierra
y, loco de contento,
abrazó al venerable sacerdote,
ostentando en las mangas del capote
la soñada insignia de sargento.
—¡Bien, Andresico, bien!—le dijo el cura.—
¡Al verte, de placer mi pecho estalla!
¡Ya sé que causó asombro tu bravura
peleando en el campo de batalla!

Sé todo cuanto has hecho
por mantener incólume el derecho
de la causa española,
y sé que ni una bala ¡ni una sola!
logró tocar tu valeroso pecho.
Pues bien, tanta fortuna, tanto brío,
solamente lo debes, hijo mío,
á la virtud de la medalla aquella.
¿La guardas aún?

—Yo no.

—¿Qué hiciste de ella?

—Se la di á un camarada
con el cual me ligaba estrecho lazo.
¡El pobre cayó muerto de un balazo
apenas dió principio la jornada!...

Manuel Soriano.

El sport de moda.



1



2



3



4



5



6

1. Llamada y atención.—2. Examinando el neumático.—3. En marcha.—4. Paso ligero.—5. Paso redoblado.—6. En su lugar... descansan.

LA JAULA DE LOS GORRIONES

EN una jaula vivían
lo menos veinte gorriones,
y á todas horas tenían
entre ellos mil discusiones.

Para que pronto cesasen
en sus riñas y altercados,
acordaron se nombrasen
dos gorriones diputados,
los que, de diversos modos,
debían con seriedad
establecer entre todos
la justicia y la equidad.

Convocaron á elecciones,
y de distintos partidos
¡más de catorce gorriones
quisieron ser elegidos!

Los más listos pronunciaban
discursos todos los días,
para ver si así ganaban
generales simpatías.

Otros, algo más ladinos,
para lograr ser votados,
prometían dar destinos
si salían dipütados.

Y dos de aquellos gorriones
—que no sabían hablar,—
regalando cañamones
á los que iban á votar,
se ganaron la elección
sin el menor alboroto,
¡pues no hubo un solo gorrion
que les negara su voto!

Hoy los demás les halagan
y no hay riñas ni altercados...
¡porque todo se lo tragan
los gorriones dipütados!

José Rodao.

LOS DOS BESOS

EL DE IDA



MADRID-AGOSTO-1896.—Los reclutas que han de salir para Cuba pasean libres en pequeños grupos las soleadas calles. Sus rostros, sus actitudes no delatan tristeza, preocupación ni sobresalto; rien alegremente, charlan casi á gritos, bromean conforme á su educación y alcances. Los mercaderes que salen á las puertas de las tiendas, los transeuntes que moderan un momento su andar, los ven pasar con mezcla de tristeza y complacencia: tristeza, por el incierto porvenir de aquella juventud arrogante; complacencia, por el valor tranquilo que demuestran.

Tres de estos soldados, jovencillos de diez y ocho á veinte años, desmedrados, casi imberbes, morenos, enjutos, caricaturizados por el traje de rayadillo mal cortado y peor cosido, por el redondo y chato gorro de cuartel, recorren la calle del Príncipe, deteniéndose en todos los escaparates, chacoteando con los tenderos, diciendo chicleos á las mujeres, llenando la calle de alegría, cual si quisieran despedirse dignamente de este Madrid, hermoso, rico, elegante, que quizá ninguno vuelva á ver.

En dirección contraria á los soldados viene una modistilla, bonita, airosa, menuda, madrileña de los pies á la cabeza, que por su traje y porte demuestra ser *oficiala distinguida*; seguramente con ciertas pretensiones aristocráticas dentro de su clase y oficio, que la inclinan á despreciar las obsequiosidades burdas de militares de la *clase de tropa*.

Pero los tres pistoles, ni cortos ni perezosos, la cierran el paso haciendo cadena cogidos de las manos, la rodean, la piropean, la aturden, casi la acarician, y uno de ellos, el más atrevido, tomando con su mano negra y callosa la carita blanca y sonrosada de la muchacha:

—¿Quiere usted venir conmigo á Cuba para matar mambises con esos ojos de gloria?—le dice.

Y sin que ella lo pueda evitar, le da en la mejilla un sonoro beso.

¡Cosa rara! La encantadora modistilla no frunce el ceño ni manifiesta impaciencia ó enojo; rompe el círculo de sus galanteadores, se abre paso, se aleja sonriente y un poquillo ruborosa, meciendo el airoso busto al compás del rápido taconeó, y murmura:

—¡Pobrecillos! ¡pobrecillos! ¡Hay que dejarlos! ¡Quién sabe si volverán!

EL DE VUELTA

BARCELONA-NOVIEMBRE-1897.—Los ómnibus de la Cruz Roja que estacionan al pie de la estatua de Colón van llenándose de enfermos. Muchedumbre triste y silenciosa, curiosa y compasiva, se agolpa en la ancha escalinata

del muelle. Unos trabajosamente por su propio pie, otros conducidos en hombros, los soldados que vuelven de Cuba, suben lentamente, todos con el mismo aspecto agónico, amarillos como la cera, escuálidos, la apergamizada piel dibujando horriblemente el esqueleto, los ojos brillantes de fiebre, tiritando bajo el astroso traje de rayadillo.

Sus rostros, surcados por las arrugas del sufrimiento, no expresan la alegría natural del viajero que vuelve tras larga ausencia á su patria; máscaras trágicas del dolor indiferentes á las variaciones de lugar y tiempo. Sólo en su mirada atónita y fija puede adivinarse el ansia de vivir, la protesta imperiosa del cuerpo joven contra la enfermedad que lo aniquila.

Delegados del Gobierno, representantes de la prensa, gentes caritativas reparten entre aquellos infelices prendas de abrigo, cigarros, botellas de vinos generosos. Y ellos reciben los obsequios, distraídos, indiferentes, como si sólo ansiasen el reposo y el olvido.

Una mujer del pueblo, alta, robusta, tez muy blanca y pelo muy negro, hermosa representación de la matrona castellana, rompe la fila de agentes de orden público que contiene la oleada curiosa de la gente, y acercándose á los pobres soldados, uno por uno los estrecha contra su abultado seno, levantándolos casi en vilo, y mientras con sublime impulso de amor une sus labios rojos á los secos y amarrotados de los enfermos, cual si quisiera infundirles su aliento sano:

—¡Tomad, hijos, tomad—les dice:—es lo único que yo puedo daros!

Luis Fuiz de Velasco.

LA LOCA DE SOLARES

I

BLANCA y rosada tez, suelto el cabello,
la vista fija en la llanura inmensa
del mar que extiende en la callada noche
el ancho espejo de sus ondas negras;
muda, inmóvil, clavada allí en la orilla,
colocada en el pico de una peña
que el mar salpica con hirviente espuma
al quebrar de sus olas gigantescas,
está la hermosa Luz, la pobre niña
que espera con afán, y en vano espera,
intentando rasgar con vista ansiosa
del horizonte la pesada niebla.
Negras sus vestiduras, la faz triste,
al viento la abundosa cabellera,
parece la infeliz, al contemplarse
dibujada en las nubes su silueta,
la estatua del dolor que al mar profundo
sus penas dice y sus desdichas cuenta.
Á veces, en las sombras de la noche,
cuando bullen las aguas turbulentas,
cuando suele rugir airado el trueno
y las olas se agitan y se encrespan,

óyese una estridente carcajada
que el eco abulta y que el terror aumenta,
llenando de pavor á los medrosos
vecinos que reposan en la aldea.
—¡Ahí va la loca!—dice todo el mundo,
y con terror esquivan su presencia.
—¡Ahí va la loca!—y huyen asustados
los chicos al pasar por cerca de ella...
¡Y en tanto la infeliz, sobre las rocas
el horizonte sin cesar contempla,
esperando que surja allá á lo lejos
de ignorado bajel la ansiada vela!
Allí está cuando el sol se hunde en ocaso
trasponiendo las cumbres de la sierra,
allí cuando ilumina el firmamento
el pálido fulgor de la estrellas.
No la apartéis de allí, que la retiene
fija en la orilla una pasión intensa,
el sagrado valor de un juramento
y el recuerdo feliz de una promesa.
Su único amor, el hombre en quien ponía
la más dulce ilusión de su existencia,
hace años que partió, y hoy los separa
del mar profundo la extensión inmensa.

II

Cierto día las gentes de la playa
vieron flotar la masa informe y negra
de un cadáver, que allá en la superficie
dibujaba su rígida silueta.

Era la pobre Luz; quizá en la orilla
le sorprendió dormida la marea,
¡quizá, harta de esperar, quiso hallar pronto
el término fatal de sus tristezas!
Y á tiempo que el cadáver recogían
y doblaba la esquila de la iglesia
y en fúnebre cortejo la llevaban
al tosco cementerio de la aldea,
surgió en el horizonte allá á lo lejos
del ansiado bajel la hinchada vela
y á poco rato con anhelo inmenso
el amante feliz saltaba en tierra.

.....
¡Tan solo llegó á tiempo el desgraciado
de ver su losa y de rezar sobre ella!

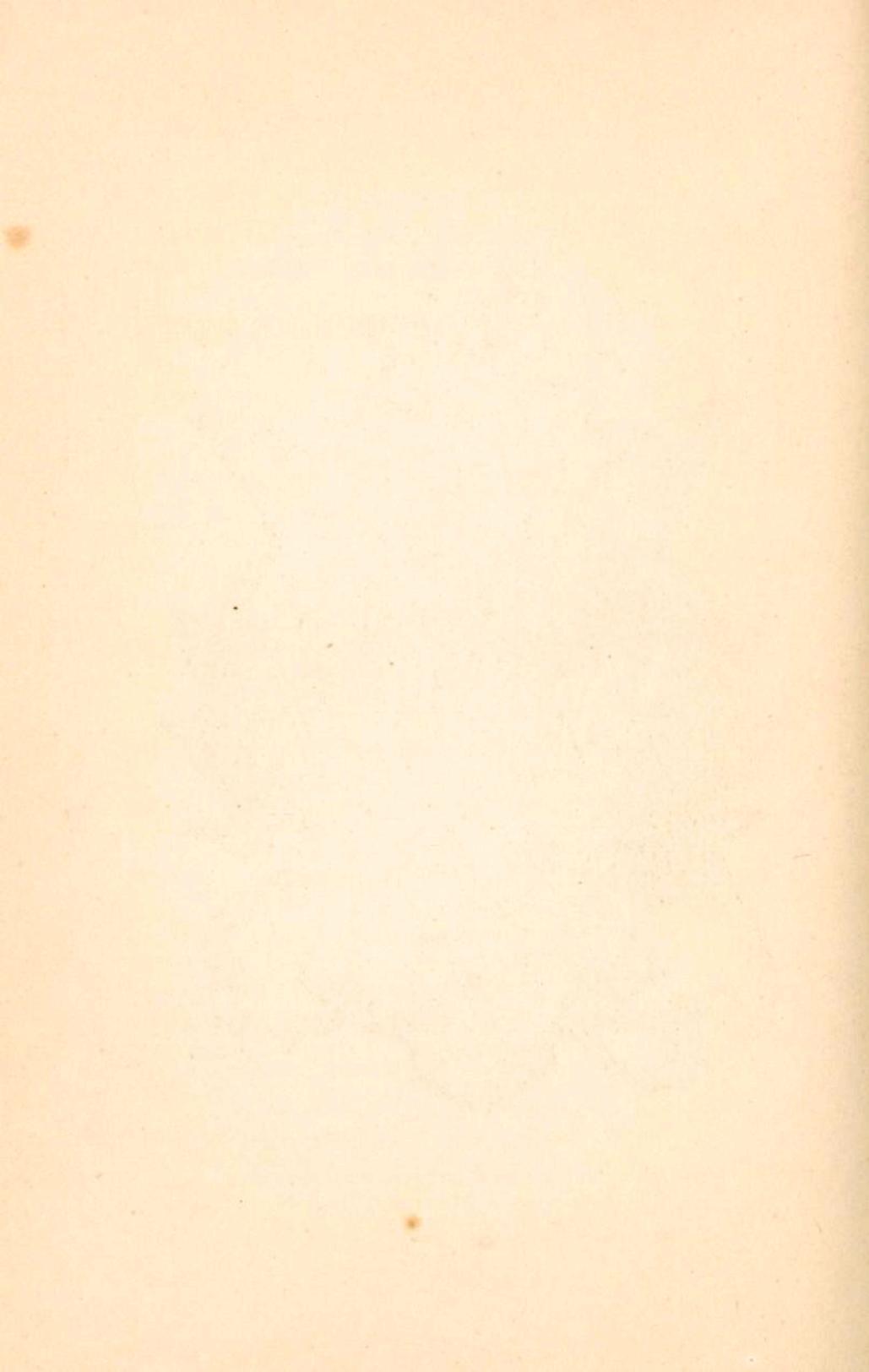
III

Allí descansa en paz, en el oscuro
rincón del cementerio de la aldea;
allí está cuando el sol se hunde en ocaso
trasponiendo las cumbres de la sierra,
allí cuando ilumina el firmamento
el pálido fulgor de las estrellas,
allí dormida está al cerrar la noche,
y los rayos del sol... ¡allí la encuentran!

Gabriel Merino.



A. Rija
1897





Instantáneas musicales.

(«SUITE»... EN MUCHOS TIEMPOS)

I

PRELUDIO

SI PUÒ? Con estas palabras interroga al público *il pagliaccio* TONIO antes de adelantarse al proscenio y pedir permiso para relatar la trágica leyenda musical de Leoncavallo.

Sean, pues, esas mismas palabras que encabecen este desaliñado artículo, y sólo así podré justificar que al pie de él vaya mi nombre

oscuro y modesto, porque no es mi propósito sentar plaza de *crítico*, por incipiente que se me pudiera considerar, ni menos aún lo es caer en una de esas cualidades que adornan á gran número de los que se lanzan á escribir: la pedantería.

Expuestas estas excusas como *proemio* de lo que queda por decir, exclamo con la misma humildad que lo hace TONIO en I PAGLIACCI: ¿SI PUÒ?

Estoy preparado. El público aguarda y no hay más remedio que levantar la cortina y presentarse á él para no aburrirle de impaciencia. Caballero, Bretón, Chapí, Serrano, Pedrell, Jiménez y Chueca, verdaderos y únicos DIOSSES del arte lírico español, han quedado convertidos en *clichés*, que quizás resultarán débiles, borrosos, desfiguradas un tanto las líneas fisionómicas de sus originales, á consecuencia de mi desdichada colaboración, que descompone el trabajo artístico de mi querido amigo Lokner... Pero ya no hay remedio; es imposible la retirada.

Toso cuatro ó cinco veces, como hacen los oradores antes de empezar su discurso; atormento con un violento estirón los puños de la camisa; cojo al azar el primer *cliché* que hallo al alcance de mi mano en la caja donde reposan, y después de destapar el objetivo del aparato de proyección, VADO IN SCENA repitiendo por tercera y última vez: ¿SI PUÒ?

D R A M A

BRETÓN

Fijaos bien en la fisonomía del maestro para no formar concepto equivocado de los elementos artísticos que se adivinan estudiando sus líneas.

Lo primero que se observa es la seriedad y alguna dureza de sus rasgos; cabeza descuidada, que implica despreocupación en el que la posee; mirada escrutadora, como si dijéramos malhumorada; y tal cual pliegue en su espaciosa frente, que expresa un alma bien templada y una tenacidad de mejor temple todavía.

Tenacidad. Esta es precisamente la característica de Bretón. Nada le arredra en arte, con tal de ir desarrollando su idea aunque sea lentamente y á despecho de los que no le siguen.

Esa tenacidad, ese mismo combate sostenido largo tiempo con la ingratitud y la envidia (él no la tiene), y la dureza que oscurece un tanto la expresión inteligentísima de su rostro, son elementos que se traducen musicalmente en materia *prima* para producir.

El temperamento musical de Bretón se adapta admirablemente á las necesidades del DRAMA LÍRICO, á la interpretación de los grandes afectos, á la lucha de pasiones genuinamente humanas; díganlo si no *Los Amantes de Teruel*, *Garin* y *La Dolores*, verdaderos modelos de música española dramatizada.

Si su prodigiosa inspiración y perfecto conocimiento de la armonía y composición no fueran suficientes méritos para ser admirado, podría apuntarse otro que el mismo Wagner consideraba importantísimo: el respeto que siente por la palabra.

Considera, y con razón, que aquélla tiene su ritmo y que no hay para qué desposeerla de él cuando se la traslada al pentagrama, y por eso supedita, esclaviza la idea melódica á la palabra cantada con tanta fidelidad, que ésta llega á tener en sus producciones el mismo aire y casi la misma tonalidad que declamada.

Estas son las condiciones del artista.

En cuanto á la persona... todo cuanto se diga en su elogio es poco.

Basta con dos palabras.

Es modesto.

Cantabile La Dolores

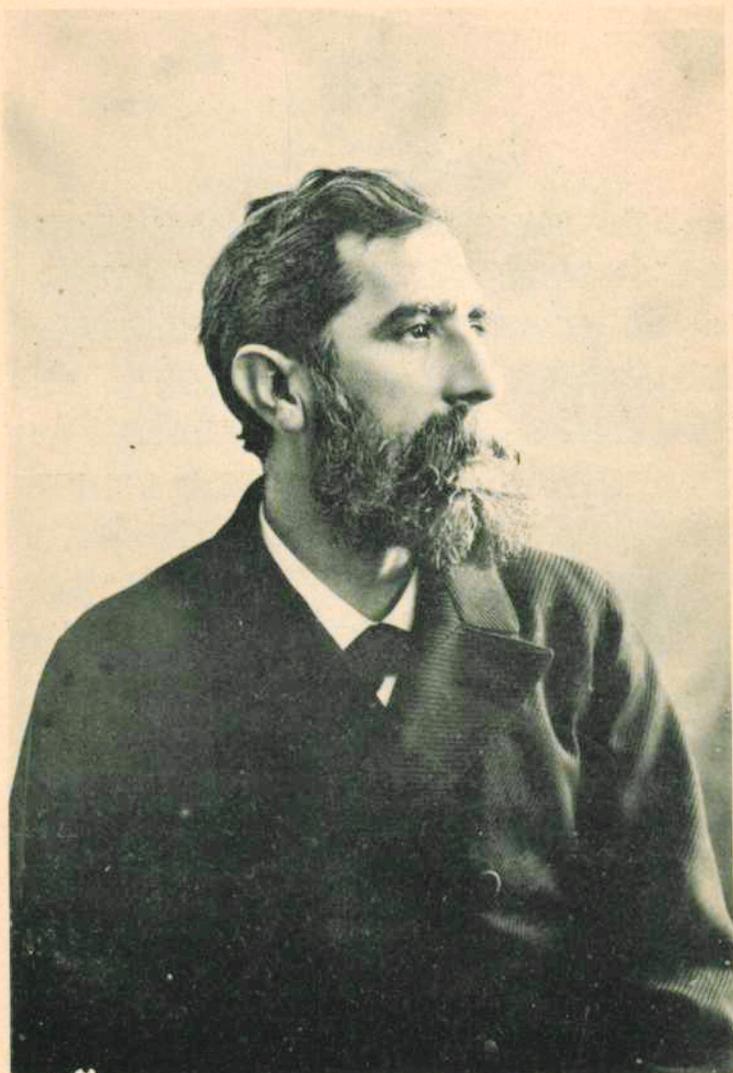
Handwritten musical score for 'La Dolores'. The score is written on five systems of staves. The first system includes a vocal line with the lyrics 'Un año de vida del alma lloro tu amor en di-' and a piano accompaniment. The second system continues the vocal line with the lyrics 'viva que la vida me da la calma me da la calma'. The score concludes with a signature 'M. B.' and the number '97'.

Voz
Un año de vida del alma lloro tu amor en di-

Piano

viva que la vida me da la calma me da la calma

M. B. 97



TOMÁS BRETÓN



M. FERNÁNDEZ CABALLERO

III

MINUETO

CABALLERO

Este *cliché* no parece á primera vista afortunada representación de un temperamento musical de primer orden. Antes bien, en su presencia nos domina la idea de que aquel conjunto *algo* voluminoso, y por lo tanto poco estético, no puede producir arte con tanta frescura y fluidez en la época presente, como lo hacía cuando escribió aquella inspirada partitura de EL SALTO DEL PASIEGO.

Caballero no será quizás un erudito, ó por mejor decir, un cerebro lleno de datos, nombres y fechas recogidos al azar en cualquier biblioteca ó archivo; pero en cambio puede considerársele como un *iluminado*, repleto de ideas originales de ambiente castizo, que llegan siempre á impresionar las fibras más recónditas del sentimiento.

Esta misma carencia de expresión erudita da carácter de retozona juventud á sus composiciones, que se presentan puras, desprovistas de *eso* que se llama MODERNISMO.

Recuerdo que estando hace poco tiempo en su teatro oyendo con singular placer el *zapateado* de *El padrino del Nene*, un extranjero que se hallaba á mi lado se atrevió á decirme con cierta franca cortesía:

—J'ai quelque chose à vous dire, monsieur; mais je crois que celui qui a écrit cette pièce il est peut être très jeune.

Y sin darme tiempo para la respuesta continuó:

—Parce qu'il y a dans cette musique trop de jeunesse...

Le dejé en su error, porque quizás no hubiera llegado á vencerle, pero apunté sus palabras, que tan bien retratan la personalidad del maestro...

Andte gracioso. "La Viejecita"

¡Viejel! ¡canta con alegría que yo te he traído un poco de azúcar para
medirte la que te da más gusto. ¡Dijerán que me puse a cantar y a bailar!

¡que me traigan un poco de azúcar para medirte la que te da más gusto!

Manuel P. Caballero

9

Detailed description: This is a handwritten musical score on aged paper. It features three staves of music. The first staff has a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The second staff has a bass clef. The third staff has a bass clef and contains the signature 'Manuel P. Caballero' and the number '9'. The lyrics are written in Spanish and are interspersed with the musical notes. The handwriting is in cursive and somewhat faded.

IV

LARGO RELIGIOSO

PEDRELL

Bibliófilo antes de ser músico; compositor eminente después de vivir en archivos ignorados revolviendo apolillados libros de los tres siglos últimos, para dar al fin con las que hoy debieran considerarse como copiosas fuentes de la música española, cuyo desarrollo camina con tanta lentitud á la reforma.

No comprende la morosidad cuando de la música se trata, y así no extraña á nadie su actividad prodigiosa y la abrumadora cantidad de trabajos que le ocupan constantemente.

Pedrell se propuso hacer una historia del arte lírico español y lo ha conseguido con el Diccionario que está publicando, á fuerza de estudio incansable y fructífero.

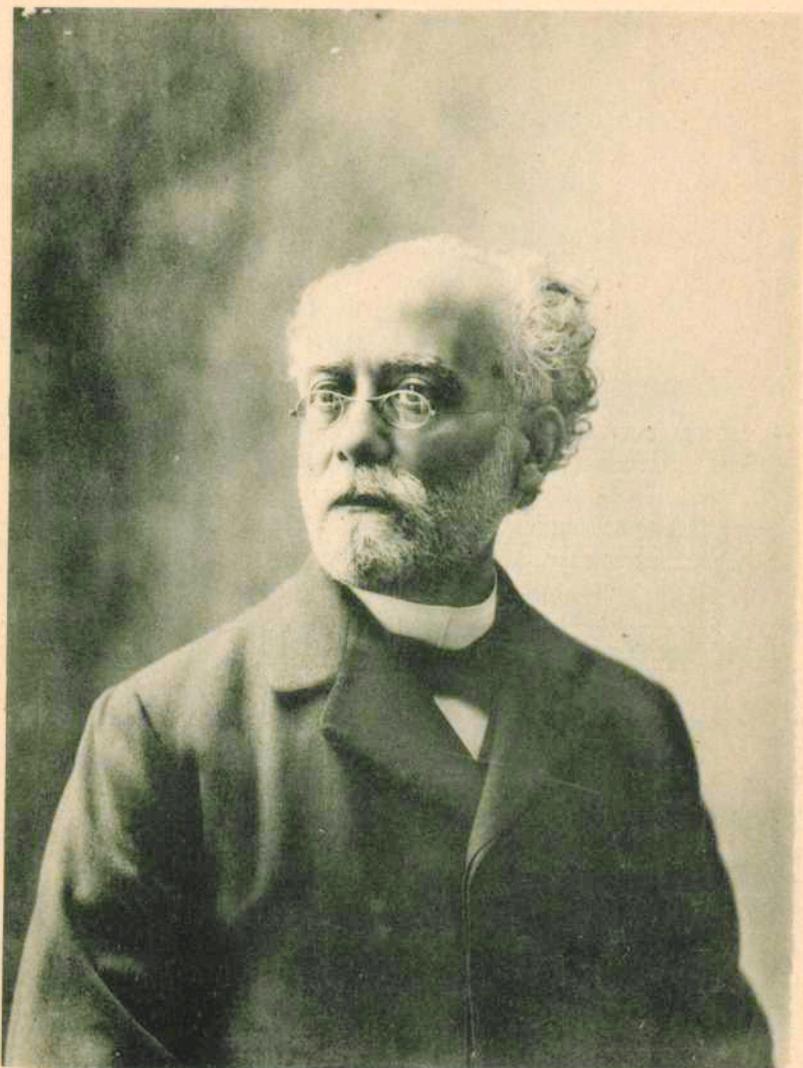
Se prometió también completar una investigación de la música religiosa española del siglo XVI, y los maestros de aquella centuria, como Diego Ortiz, Ambrosio Cotes, Cabezón y otros, han sido objeto de profundo conocimiento y meditada observación por su parte.

Estó en cuanto al hombre erudito. Como compositor, y de altos vuelos, verdaderamente modernista, se revela en la trilogía *LOS PIRINEOS*, hermosa y admirable creación de una inteligencia suprema.

Cito esta obra porque no es conocida en España y si fuera de ella, como sucede siempre que se trata de algo nuestro que vale por sus méritos propios.

¿Cuándo la oiremos?

¡Chi lo sà!



FELIPE PEDRELL

Bardo

Toc - - - ra - - - mi s'o... si

Fragmento de la Brigada
Los Pirineos

Felipe Pedrell

V

INTERMEDIO

SERRANO

Serio, sin ser desdeñoso, amable y servicial como pocos, literato de cultivado estudio, poeta en la concepción de la idea melódica, *obrero* de pericia y habilidad consciente al desarrollarla en el instrumental y las voces y decidido enemigo de convertir el arte en comercio.

Así es Serrano y así piensa y pensará mientras viva, porque siente gran amor por la constancia.

Lo único que le perjudica en cuanto al arte es su posición desahogada, esa libertad en que vive, que le permite no consagrarse al trabajo con la impaciencia y asiduidad del que necesita de él para subsistir. ¡Y es lástima grande que el arte lírico español vea dormir una inteligencia tan poderosa que tantas enseñanzas podía reportar!

¿Por qué no escribe Serrano?

Esta es la pregunta que se hacen todos los que admiraron las hermosas é inspiradas partituras de DOÑA JUANA LA LOCA é IRENE DE OTRANTO, extrañando que un compositor de tan altos vuelos no corresponda con la voluntad á la imaginación con que ha sido dotado.

¡Quién fuera él...



EMILIO SERRANO

1873

Doña Juana la loca

Mod^{to} Final 2^o acto

Orgta pp

3 de Marzo 1870

Emilio Serrano

Handwritten musical score for 'Doña Juana la loca'. The score is written on four staves. The top staff is for the vocal line, marked 'Mod^{to}' and 'Final 2^o acto'. The second staff is for the organ, marked 'Orgta' and 'pp'. The third and fourth staves are for the piano accompaniment. The music is in 3/4 time and features a key signature of one sharp (F#). The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings. The date '3 de Marzo 1870' and the composer's name 'Emilio Serrano' are written at the bottom right of the page.

VI

COMEDIA

CHAPI

Artista por dentro, hombre de finísima intuición social en el trato de gentes, consecuente en ideas musicales, modernista cuando construye y analizador extraordinario de los elementos melódicos que pueden llegar reunidos á formar una frase.

Domina el arte de manera absoluta, estudia los afectos medios con envidiable tino, recogè el tema sujetándole á la palabra ó diálogo con tanta gracia como originalidad—sobre todo cuando observa con detenimiento,—y construye, en fin, con esa seguridad del que está convencido—y bien puede estarlo—que ha de vencer siempre que se lo proponga.

Una de las condiciones que más admiro en el inspirado autor de *LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA* es la carencia absoluta de cansancio. No transige con la fatiga porque la cree propia de los huérfanos de voluntad y hasta de... inteligencia. Y por eso trabaja con un afán y produce con tal rapidez que su fecundidad ha puesto *raya* entre los compositores.

Quizá esta precipitación le haya perjudicado en algunas ocasiones, en las que no ha detenido su exuberante imaginación á estudiar con tiempo preciso el asunto que había de adornar con las galas de sus preciosas melodías.

Tal fluidez cómica, intencionada, verdaderamente satírica, flota como ambiente alegre y sonriente en sus composiciones, que de él se pudiera decir, si se le observara sin ser visto en su gabinete de trabajo:

—Ese es Chapí, que está obligando al piano á que se ría.

Maria - Papa & $\frac{3}{4}$
 Felipa & $\frac{3}{4}$
 Ann. Viol. $\frac{3}{4}$

i Tor, qui me desprecias? por que no me mites, por que?
 i Tor, qui me desprecias? por que no me mites, por que?
 i Tor, qui me desprecias? por que no me mites, por que?

Fragmento de "La Revolucion"
 Representado por
 27 Nov. 87



RUPERTO CHAPÍ



GERÓNIMO GIMÉNEZ

VII

RAPSODIA

GIMÉNEZ

No ha necesitado padrino para hacer carrera; sus méritos— hoy indiscutibles—le han elevado al *atril* de Director de la Sociedad de Conciertos, puesto por el cual sólo han pasado las eminencias; sus méritos también le han atraído la colaboración de los más distinguidos literatos y el cariño y admiración del público.

Como compositor no es conocido más que por una fase: la *música... chica*. En ésta se revela como un *rapsodista* de tanto talento y originalidad como el célebre Listz, reuniendo y exponiendo con brillantez los motivos y temas de nuestros aires en esos sainetes que hemos saboreado con tanto deleite, porque el maestro se había inspirado en ambiente genuinamente español.

Una composición suya se conoce enseguida. La elegancia que distingue á la frase, la fluidez de ideas, el ritmo popular en el que van envueltas y los abrigados tonos orquestales de que van exornadas, le descubren y le hacen adivinar.

Estas condiciones parece que debían obligarle á emplear todo su ahínco sólo por el arte.

Pues no sucede así, casi no se ocupa de él, y hay siempre que excitarle cuando se quiere que termine algo.

Dijérase de Giménez que ha contraído con el arte SEGUNDAS NUPCIAS y se ha dejado toda su voluntad en las primeras.

¿Se corregirá?

La guadaña Amarilla

Handwritten musical score for 'La guadaña Amarilla'. The score is written on four staves. The first staff is the vocal line, starting with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a 3/4 time signature. It begins with a 'cresc.' marking and a 'p' (piano) dynamic. The second staff is the piano accompaniment, starting with a bass clef and a key signature of one flat. The third and fourth staves continue the piano accompaniment. The score includes various musical notations such as notes, rests, slurs, and dynamic markings like 'p' and 'cresc. poco'.

Madrid Noviembre 25/97
Gerónimo Giménez



FEDERICO CHUECA

VIII

SCHOTIS

CHUECA

Un músico español pura raza. No ha seguido á nadie; no ha imitado á nadie, porque copia del natural.

La frase suelta, el chiste oportuno, el diálogo siempre alegre y bullicioso que se escucha en medio de la calle de tipos conocidos de todos; el GOLFO, la POBRE CHICA, LOS RATAS, los del ORDEN, la del PUESTO DE AGUA, inspiradas instantáneas de música chispeante y popular, de esa que encuentra su asilo propio en cualquier parte y se repite por miles de gargantas para arrullar y hacer menos penoso el trabajo. Esto es Chueca.

Sus composiciones, aparte de la inspiración que en ellas se descubre, tienen otra originalidad que no todos conocen: la de haber nacido antes que el sainete á que van unidas. Y es que Chueca recoge la acción, personajes, idea, todo, donde lo halla, y cuando llega á su casa se sienta al piano, del cual brotan al poco tiempo notas alegres, eminentemente españolas, reunidas en un paso doble ó un zapateado.

Chueca ha resuelto el problema de escribir música para un libro sin preocuparse siquiera de su existencia.

¿Habr  alguien que consiga otro tanto

Cigarras, azucarillos y aguardiente.

Mod^{to} Vivo

Pena

Lorenzo

Bien sa-bes que la Mamme-la ¿dus?

Pena

Lorenzo Pena

An-da bus-can-do cues-ti-on ¿de? ¿des hoy tran-

Lorenzo

qui-la en mi pres-to jo no la bus-co tie-ne-ra

am

Musico Chirico

IX

GALOP

He terminado, por fortuna, la obligación que me había impuesto y mucho me holgaría haberla cumplido á gusto de todos.

Mi propósito no consistía en otra cosa que en la de dar pretexto á Lokner para que luciera su habilidad de artista exhibiendo los retratos de nuestros primeros compositores, y ahí van primorosamente elaborados.

¿Quieren ustedes más?

Pues no hay más, porque me encuentro fatigadísimo, á consecuencia del trabajo extraordinario á que he sido sometido, sin tener en cuenta mis escasas condiciones para investigación semejante y el *orgasmo* que domina á todo el que, como yo, no siente el deseo de la exhibición.

Algo pudiera añadir en mi defensa. Pero vienen á mi memoria aquellas célebres frases del idioma del Dante. Se me aparecen como terribles sentencias, y huyo para atrincherarme tras la cortina.

PENSA MOLTO, PARLA POCO, SCRIBI MENO...

¡Ninguna he cumplido!...

David Meranda.

ACTORES EMINENTES



D. ANTONIO VICO

El genial actor que compartió los triunfos en la escena con el inolvidable Rafael Calvo, ha vuelto á *su casa*. Hoy pisa su propio terreno, y desde él causa el asombro con su maravilloso talento dramático.

Allí nació para el Arte, allí, pues, debe de estar esa gran figura, que en sí resume parte de nuestra gloriosa historia escénica.

Antonio Vico representa... la *tradición*.

¡VIVA TU MARE!

Es la frase sacramental entre las gentes que cultivan el *cante flamenco*, *sport* que tiene tipos tan dignos de estudio como el *cantaor*, por ejemplo.

Por lo general es un hombre feo, con la boca torcida en fuerza de contraerla al mismo lado siempre que canta ó escupe, y no vive de otra cosa más que del cante.

Su indumentaria se acerca bastante á la del torero, en traje de calle, y como el torero, va siempre perfectamente afeitado.

No sabe nada de nada que no sea «su oficio», y posee un completo archivo de la *musa flamenca*, archivo que, en su género, es de lo más acabadito que se conoce.

Ahí tienen ustedes al *Golosito*; dicen que es una autoridad, una eminencia del tablado, de ese tablado que, así como á otros se les antoja plataforma artística, á mí me parece patibulo del buen gusto.

El *Golosito* sube al tablado. Gran expectación. Se *digna* saludar á la concurrencia, que le aplaude tan pronto como le ve; empieza á *marcarse*; se toma tres ó cuatro cañas, siempre *¡por la salud!* del que se las da, y cuando más descuidado está uno, va y ¿qué hace? se *arranca* por varios *ayes lastimeros* que conmueven á la reunión, la cual

le *desea* constantemente que *¡viva su mare!* para darle algún consuelo.

Y larga una copla *por alegría, jaleo, trianeras, juncales, seguirillas*, etc., etc., que es *¡el disloque!*

Porque las coplas tienen su clasificación correspondiente:

Ejemplo de *lacrimosas*:

Al campo me *fi á llorá*,
 donde no me vea la gente,
 porque me haces *de* pasar
 las fatigas *é* la muerte.

¿Eh?... ¡Qué de mano maestra está pintado el hombre *corto de genio!*...

Ya lo ven ustedes, oculta sus lágrimas en la vía pública y huye al despoblado.

Otra *llorona* (quintilla fin de siglo):

Pajarito, si la ves
 díla que siempre la amo,
 pero nunca le dirás
 las lágrimas que derramo
 cuando me pongo á llorar.

La inocencia personificada. No derrama lágrimas hasta que *se pone* á llorar. ¡Más candor!...

Pasemos al género *terrible*. Algunos modelos:

Mala *puñalá* te den...
 pero no, detente, lengua,
 que á quien he querido bien
 no quiero que mal le venga.

Donde se ve retratada la criminalidad de algunas personas... que tienen buenos sentimientos. Menos mal.

Más *puñaladas*:

Malas *puñalás* te den,
una buena y otra mala;
por causa de tu querer
naide me mira á la cara
ni *naide* me quiere ver.

Claro; por eso no le miran. Pero aparte esa lógica, yo creo que con una *buena puñalá* que le den *al pobre*, la otra no la necesita, ¿no es esto?...

Lo que hay es que todas esas gentes que cuentan sus penas con música tienen muy malas entrañas; de veras.

Género *indiscreto*:

Esa mujer está loca,
quiere que la quiera yo;
que la quiera su marido
que tiene la obligación.

Lo cual que no se debe decir á nadie, porque si el marido se entera, ¡figúrense ustedes!... ¡Hombre, demasiado hace la pobre mujer con estar loca por un ingrato *bocasa!*

Misteriosa:

Pensamiento tú me matas,
tú me tiras á perder,
tú me traes á la memoria
cosas que no pueden ser.

¡Cualquiera da con el drama que hay detrás de esa copla!

También las hay *irreverentes*:

Primero faltara el vino
para la consagración,
que faltar á la palabra
que de mi boca salió.

Lo que no impide que á los dos meses *falte el vino* y
tire cada uno por su lado.

Y así sucesivamente.

El *Golosito* termina *el número*, desciende del tablado cargado de palmas... y de vino, y se dirige á la mesa del rincón, donde está *su gachi* con unos *socios*, porque él *se trae su faena*, y como es un *vivo* y *madruga un rato*, no hay quien le *pise una combina* ni quien le tire un *rentoy*.

Ni yo le tiraría tampoco un *rentoy* al *Golosito*, porque no sé lo que es. Pero...

En fin, ¡*que viva su mare!*

Enrique López Marín.



MENUDENCIA

AUDAZ, provocativa, hablando á voces
exclamaba Isabel:—¡No me conoces!—

Y era cierto, en la noche de aquel día
ni á sí misma Isabel se conocía.

Fernán Obensio Más.

FRAGMENTO

(DEL LIBRO «NOVELERÍAS» QUE ACABA DE PUBLICARSE)

QUÉ mal nos quiso la suerte, amigo mío! ¿Por qué cuando nosotros, pendientes únicamente de nuestro amor, no nos ocupábamos de nadie, todo el mundo se ocupaba de nosotros?

¡Cuánto lamento ahora no haber tenido energía suficiente para proponerte lo que tu delicadeza no podía aconsejarme, pero que tu amor hacia mí te hubiera hecho aceptar! Guiados por un ridículo temor *al qué dirán*, dimos pábulo á él, siendo víctimas de los maldicientes.»

.....
«Ante la sociedad he de fingir un dolor que no siento; pero ante ti, mi único amor, puedo abrir el corazón y mostrar lo que en él guardo.

Mi marido era un ser brutal, lleno de mezquinas pasiones é incapaz de ningún afecto tierno; por eso mi alma, sedienta de cariño, se reveló al encontrar en ti la realización de todos mis sueños de colegiala y todas mis aspiraciones de mujer.»



Manuel de Castro.

¡Qué bruta!

TERESA Navalmoral,
prima del mozo Miguel,
estaba alejada de él
sirviendo en la capital,
y sabía, aunque tenía
sus padres en Paracuellos,
que no contaba con ellos
si con Miguel no se unía.

Por fin, Miguel á Teresa
en Madrid la hizo su esposa,
y ella, que era poca cosa,
comenzó á ponerse gruesa.

Con el deseo de dar
á su madre un alegrón,
y obtener la absolucíon,
se fué un día á retratar.

Buscó, por mí aconsejada,
á *Lokner*, á quien yo estimo,
y por él con mucho mimo
fué tratada y retratada.

Una vez llegado el día
y anhelando recoger
el retrato, la mujer
fué por su fotografía.

El artista se la dió,
y ella, mirándola un rato,
dijo: «Amigo, este retrato
no me sirve.» «¿Por qué no?»
(preguntó *Lokner*.) «Por nada
(le respondió la Teresa).
Porque se ve que estoy gruesa,
pero no que estoy casada.»

Juan Pérez Gúñiga.

LOS OBREROS DEL MAR

CIELO puro y mar serena; un poco de viento y un horizonte dilatado que crece y se ensancha delante de la proa: es cuanto necesita el pescador.

Las redes preparadas, los anzuelos cebados, y en el banquillo de proa el grumete, un angelón de rubios mechones, embadurnado de brea; en el de popa el patrón, apoyada la mano rugosa en la caña del timón bruñida por el roce.

Nació en un agujero de la costa aquel Neptuno broncado, de barba hirsuta que le crece á modo de barbuquejo.

Se bautizó en el mar, con agua salada; se crió entre las algas y las olas, nutriéndose de mariscos.

Á los ocho años hacía redes, remaba como un galeote y juraba como un carretero.

Su padre y su hermano tuvieron un mismo asesino: la tempestad. Y un mismo sepulcro: el mar.

Y en el mar y del mar vivía, luchando siempre, jamás vencedor y jamás vencido.

Sus miserables harapos no se secaban nunca.

Tenía dos cosas suyas: su mujer, un ser andrógino, curtido, deformado, y su hijo, hermoso arrapiezo de diez años.

Y tenía también una cosa prestada: su barco de pesca,



Tipo andaluz.

el tirano, el usurero que consumía el mejor producto de su trabajo y no era nunca suyo del todo.

Su mundo no está tierra adentro, sino mar afuera.

Para vivir le basta lo que á las gaviotas: un hueco en una peña.

Para trabajar, lo que á otros para reposar eternamente: cuatro tablas sobre las olas y el sudario tendido al viento.

No hay ternura en sus miradas, ni en sus labios frases de cariño, ni en su corazón esperanzas ni ambiciones.

La soledad eterna del mar le ha hecho taciturno; la lucha perpetua con la muerte le ha endurecido el corazón. Vegeta: esto es todo. Sufre y trabaja: hé aquí la conciencia de su deber. Se resigna: hé aquí su religión. Comprende á Dios en la vorágine de la tempestad, amenazador, terrible: el Dios de la ira, no el Dios de la bondad.

No protesta, ¿para qué? Es fatalista como la ignorancia suprema.

Él, su mujer y su hijo forman, sin embargo, una familia...

¿Sin embargo de qué?

¡Ah, sí! También las bestias se reúnen en parejas, se agrupan en bandadas, forman tribus, familias, ¡rebaños!



El primer cigarro.

Los une el instinto, se multiplican y los dispersa la tempestad en el mar y en la tierra el hambre.

*
* *

Ya vuelven.

El patrón ha vislumbrado en el horizonte, allá en lo alto, un grupo de casitas blancas que reverberan al sol.

Más abajo, empotrada entre las peñas, está su choza.

Bajo el cenit bailan los cirrus una contradanza amenazadora.

Avanza el bote como una flecha.

Ya se destaca la cruz, empinada con orgullosa altanería sobre el campanario de la iglesia.

Se oscurece el sol: es que se han amontonado los cirrus formando densos nubarrones.

Las olas crecen y se coronan de espuma.

El viento brama hinchando la lona.

Hay que orzar y tomar rizos á la vela.

Arriba el grumete: ya está.

De repente suena formidable el estampido del trueno y ruge en alarido monstruoso el huracán.

Mar de fondo. La lancha ya no se desliza: cabalga sobre las olas.

Á los cinco minutos la tempestad llega á su apogeo, la navecilla salta de abismo en abismo, arrojada por las olas.

El brazo del patrón tiembla, no de miedo, sacudido sobre la barra del timón.

—¡Toma rizos, toda la barra á estribor, vira en redondo!... Ya está. Ahora viento en popa y á volar, á defenderse, á luchar cuerpo á cuerpo con la naturaleza enfurecida, que es como luchar con la ira de Dios.

Allí, á la vista del puerto salvador, se realizaba una lucha gigantesca y tenía lugar más de un drama espantoso.

El grumete siempre á proa, fija la aterrada vista en el rostro sombrío del patrón, su padre; esperaba órdenes.

Hubo un momento álgido: las últimas convulsiones de la tempestad: pero fueron tremendas.

Empinado aquel mísero ataúd sobre una ola gigantesca, se precipitó en un abismo, crujió hasta la quilla; se echó encima otra ola, y cuando se hizo la luz, faltaba de abordo el grumete.

Entonces se reveló por un instante el hombre. Se elevó sobre el banquillo de popa, lanzó al abismo una mirada ansiosa, arrojó al cielo entre los destellos fulgurantes de sus ojos una blasfemia muda, se sentó, viró en redondo como para desafiar al huracán que se acostaba, largó la escota é hizo rumbo al puerto navegando de vuelta y vuelta.

No se cansó en buscar. ¿Para qué?

El mar no devuelve sus presas, bien lo sabía él.

Allá quedaba el hijo; como el abuelo y el hermano.

Calmó la tempestad. El viento, aplacado, bramaba sobre la lona un triste *De profundis*.

Era natural: acababa de rugir á toda orquesta el terrible *Dies iræ*.

* * *

Al caer la tarde rechinaba la cadena en el escoben y mordía en el fondo el ancla.

Una mujer, llorando, cargaba sobre sus espaldas serones de pescado que llenaba á bordo el patrón, frío y sereno.

Aquella noche los dos esposos cenaban al lado de una miserable hoguera cuatro sardinas y un trozo de pan negro.



El producto del trabajo no daba para más.

En la aldea, el cura, el médico y el alcalde de monterilla comentaban la huelga de obreros de la ciudad vecina.

— ¡Hordas salvajes! ¡Fieras sin religión! ¡Enemigos de la propiedad!

Y como supremo anatema, ¡anarquistas!

¿Anarquistas ellos, los obreros industriales, que quieren la igualdad económica, un régimen de go-

bierno, justicia, derechos, leyes? ¡Ah! Tienen escuelas, talleres, sociedades, liceos, representación en las corporaciones populares.

Pero ¿y esos esclavos de las olas, esos héroes y mártires del mar?

¿Cuándo sonará para ellos la hora de la redención?

Olejandro Lerroux.



EL QUE VA Y EL QUE VIENE

LA escena representa un camino fantástico de luces, sombras y nubes

situado en los espacios misteriosos que separan el cielo de la tierra. Hacia ésta y procedente de aquél viene un muchacho inocentón, crédulo, sin experiencia. En dirección opuesta va un viejo astuto, escéptico y desengañado.

El mozo trae al hombro dos talegos, al parecer de igual peso. El viejo también lleva dos, uno muy ligero y otro muy pesado. Al toparse ambos personajes hablan de este modo:

EL VIEJO.—¡Hola, mocito! ¿Quién eres y dónde vas?

EL CHICO.—Soy el año nuevo: voy á la tierra, ¿y tú?

EL VIEJO.—Soy el año que está acabando: vengo de la tierra y vuelvo al seno del Tiempo, nuestro amo.

EL CHICO.—¿Qué llevas en esos sacos?

EL VIEJO.—Las dichas y las penas que me han sobrado.

EL CHICO.—¿Y cómo son los bultos tan desiguales?

EL VIEJO.—Pues ¡ahí verás! Me han sobrado dichas porque he encontrado poca gente que me pareciese merecedora de ellas; y también me han sobrado penas, porque

como los hombres poseen la triste habilidad de multiplicar las que les tocan, y hasta de creárselas nuevas, ningún año ha podido agotar las que le han dado para el reparto.

EL CHICO.—¿De modo que la misión que me han confiado es difícilísima?

EL VIEJO.—Te digo que ningún año ha sabido desempeñarla medianamente. Además, Dios nos ayuda poco.

EL CHICO.—¿Quieres darme algún consejo?

EL VIEJO.—Haré más. Te arreglaré los talegos de modo que luego, sin devanarte los sesos, saques á capricho y repartas á granel.

EL CHICO.—Haz lo que gustes. Sin duda la Providencia te ha puesto en mi camino.

.....

El jovencillo tiende la mirada por los espacios infinitos y se entretiene contemplando boquiabierto la grandiosa danza de los astros. El que más le atrae es Venus. Entretanto el viejo, que iba abrumado por el peso de su carga, quita al mozo del talego en que traía la mayor parte de las dichas, cosas de suyo ligeras, y las sustituye con penas, que pesan mucho. Terminada la operación, en los sacos del muchacho quedan unas cuantas alegrías, muy pocas, y muchísimas amarguras.

Luego ambos personajes se despiden afectuosamente partiendo en dirección contraria, el viejo con menos peso que llevar y el mozo con menos dichas que traer.

Jacinto Octavio Licón.

EXHORTACIÓN

SONETO

IMITACIÓN DE GABRIELE D'ANNUNZIO

ALMA que te consumes lentamente
minada por el tedio y la amargura,
si una vida mejor sueñas futura,
¿por qué no te halla el mal indiferente?
¿Será que tu razón niega potente
del más allá la calma y la ventura?
¿Camino peligroso en noche oscura
el hombre ha de seguir eternamente?
¡No! La paz, compañera del olvido,
nos la ofrece la muerte al hacer presa
del miserable cuerpo corrompido;
y, asomados al borde de la huesa,
decir á los cadáveres he oído
cómo cumple la muerte su promesa.

Manuel del Palacio.



TIPOS POPULARES

Todo Madrid le conoce y participa de una afec-
ción sincera hacia este nuevo *judío errante*.

Hasta la propia *diosa* Cibeles ha sido herida en

su corazón de granito por la flecha de la simpatía, cuando en una noche de verano vió rodeado su talle *escultural* por los brazos del enamorado *trovador* de una *Circe* de piedra, que en alas de un atrevimiento excesivo llegó ¡nada menos! que á depositar un amoroso ósculo en la turgente mejilla.

Desde entonces *ella* está triste, desconsolada

y sus tiernos compañeros (*los serafines, no los leones*) han dejado de cumplir su obligación y ya no arrojan el agua bienhechora sobre la piscina de piedra. El *trovador* sigue impertérrito el destino que tiene marcado, y después de abandonar á su ídolo, le olvida y pasa á su lado con la indiferencia del que no conoce.

¡Día llegará en que la *diosa* descienda de su carro y corra tras del infiel para pedirle cuenta de su abandono!...

Entonces... habrá que trasladar á Neptuno á la plaza de Madrid.

Á ver quién se atreve con él.



LA IDOLATRÍA

INCLINADA de hinojos, y contrita
ante el ídolo tosco de madera,
se agrupa con fervor la tribu entera
y humilde sus ofrendas deposita.

Si en las tinieblas su razón se agita
y su Dios á aquel leño considera,
¿es su culpa que crea verdadera
la religión que á un monstruo se limita?

¿Es posible, si ignora su pecado,
que el Dios de la piedad consienta airado
que la idólatra turba se condene?

¡La salvación la ofrecerá su puertol
¡La fe, puesta en un Dios, sea ó no cierto,
ha de salvar por fuerza al que la tiene!

Narciso Blonso Cortés.

SECRETO SORPRENDIDO

(CUENTECILLO INVEROSÍMIL)

IGNORO qué género de vida es el suyo; pero me consta que viven porque aquella tarde hablaron.

Pasé cerca del saquito verde en que estaban encerradas; sentí un ruido extraño, como el murmullo de una conversación que de allí partía; me detuve á escuchar, y hé aquí lo que oí en un rato brevísimo:

—¡Es horrible, hermanas, horrible!—dijo una con voz ahogada por inmensa pena.

—¿Conque es cierto?—añadió otra.— ¿No nos queda más remedio que sucumbir por los golpes furiosos que esos hombres, en el paroxismo de sus alardes hercúleos, nos dan contra la berroqueña de la pared, que por no sé qué misterio está pintada de luto?

¡Y ese público presencia nuestra muerte con la sonrisa en los labios y estalla en aplausos y exclamaciones cuanto mayor es el golpe que recibimos, y en su corazón no hay una fibra que se conmueva, porque es más duro que la piedra con que chocamos!

—Después de todo—dijo una tercera que parecía más resignada—no hacemos otra cosa que cumplir la ley fatal de la existencia.

La naturaleza, exigente porque es pródiga, nada crea

que no lo destruya, que no se destruya á sí misma. Desde que aquel mocetón, oficial de la fábrica de donde procedemos, empezó con sus manazas á darme forma y vida, comprendí qué género de muerte me esperaba; pero, lo confieso, en medio de mi pena me sentí orgullosa, fuerte, bien redondeada, de piel lustrosa y fina y calificada por este sello, que cual vosotras ostento á modo de insignia ó cruz laureada, como *de primera*.

—Moriré—pensaba yo—á fuerza de golpes; quedaré desechada, herida por los repetidos choques contra la dura piedra; pero mi muerte la presenciarán centenares de espectadores entre aplausos frenéticos y admiración grandiosa por los hombres que con destreza me recogen y lanzan á la pared, que me rechaza con ímpetu haciéndome ondular graciosamente en el aire...

Nuestro cerebro está demasiado oculto entre envolturas de goma y estambres para que llegue á comprender bien esto que acabo de decir.

¿Qué pensaríais vosotras, hermanas, si fueseis de esas pelotas que sólo valen cinco céntimos en el mercado y cuya tumba es siempre el alero de cualquier tejado donde el agua las pudre, ó la alcantarilla llena de inmundicias y de animales asquerosos?...

—¡La pobre está loca!—se dijeron unas á otras cuando terminó su discurso la hermana *filósofa*.

Una, sin embargo, la más práctica, contestó á la oradora:

—Querida mía, cuanto acabas de decir es muy bonito para explicado en la cátedra; pero maldito el consuelo que nos presta en estos momentos, quizás los últimos de nuestra vida.

La humanidad es malvada. Nos crea con gran cuidado en los detalles, nos perfecciona, y ¿para qué? Para matarnos luego cruelmente, sin importársele un ardite de nuestra muerte que, según entiendo, ni sospecha, porque á más de malvada la humanidad es una gran idiota...

.....
 Callaron. Un hombre cogió el saquito y lo vació en el suelo, por donde rodaron todas temblorosas y en silencio.

El partido de pelota iba á empezar.

Doce fueron elegidas como superiores para el *sacrificio*, y las restantes volvieron al saco á esperar pacíficamente su turno.

M. Martínez Espada.



CANTARES

SERÁN esta primavera
 más encarnadas las rosas,
 porque se riegan los campos
 con nuestra sangre española.

—
 Cuando agoniza un soldado
 no se halla solo jamás,
 que está el alma de su madre
 besándole sin cesar.

Narciso Díaz de Escovar.

HISTORIA VULGAR

HACE ya algunos años,
por las noches, en torno de una mesa
del café de Levante,
solía reunirse una docena
de jóvenes de Murcia
que estaban estudiando igual carrera.
Casi todos pensaban solamente
en volver con el título á la tierra,
y á fuerza de constancia y de trabajo
procurar defenderse la existencia.
Sólo uno, un muchacho que las daba
de pensador profundo y de poeta,
soñaba con laureles y con glorias,
y con voz altanera
decía á los demás:—Os aseguro
que poder empezar es lo que cuesta.
¡Yo he de llegar á ser hombre de fama!
¡Á la constancia, amigos, no hay quien vengal!

Ni consejos ni súplicas lograron
hacerle desistir de aquella idea
y «el gran hombre en capullo»
acabó la carrera,
y no quiso marcharse de la corte;
¡que aquí toca la fama la trompeta!
Y ¿qué pasó? Que, pobre, sin amparo,
vencido por la anemia,
después de cuatro años de una lucha
que agotaba sus fuerzas,
fué al hospital un día medio muerto
de frío, de dolor y de vergüenza,
¡pero siempre soñando con la fama!
Pues, ni al verse en aquella
terrible situación él comprendía
el error que pagó con su existencia.
Que al ver el infeliz una mañana
llegar su hora postrera,
en vez de arrepentirse:—¡He conseguido
ver realizada, al fin, aquella idea!
¡Muero como los hombres de gran fama!—
decía sonriendo á la enfermera.—
¡Olvidado por todos
y sin dejar un céntimo en la tierra!

Felipe Lárez Capo.

LAS APARIENCIAS

«En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira...»

CAMPOAMOR.



QUIEN afirmó que «las apariencias engañan» dijo una verdad como un templo.

Todo es ficción, dolo y falsta,

como dijo un rimador de Guadalajara que nació para genio y acabó trágicamente de vigilante de consumos.

Á lo mejor cree uno encontrar á un hombre eminente y tropieza con un encuarte del tranvía.

Ve usted á una señora que parece una Venus de Milo y luego resulta que está revocada y hasta tiene goteras.

Hay senador vitalicio que visto al interior es un bloque de piedra de Colmenar, y en cambio surgen aguadores que llevan un poema dentro de la cuba.

Desde la butaca se deleita uno contemplando las morbideces de una tiple ligera. ¡Ay, si supiéramos los sudores que cuesta á su mamá la artística colocación de los algodones!

—Fulano, ¡ah! qué talento tiene Fulano!—decimos á coro.—¡Posee un talento macho! ¡Qué cerebro el suyo! ¡Eso es masa encefálica y sustancia gris! ¡Qué enjundia, señores, qué enjundia!

Muere Fulano de repente y la gente lo atribuye á un exceso de trabajo mental... ¡Tenía aquel cerebro!

Se le hace la autopsia y se demuestra que Fulano tenía la cabeza llena de agua como los cocos y un poco de serrín oculto entre los resquicios de las protuberancias cerebrales.

—¡Vale mucho ese hombre! ¡Llegará á académico!... Y, en efecto, el pronóstico se cumple.

El académico termina vendiendo cisco de retama ó dando lecciones de ocarina á domicilio.

Nunca me olvidaré de un señor de barbas *pidalinas*, unas cejas como limpiaplumas y dos metros de talla, que entraba en el café haciendo rechinar las botas y dando golpes en el suelo con un bastón de hierro que debía pesar tres ó cuatro arrobas.

Al verle entrar temblaba el camarero y palidecía el echador. Tomaba de un trago un vaso de ajeno y luego dirigía miradas provocativas á la parroquia.

El pianista le pedía permiso todas las noches para tocar lo que él quisiese.

Invariablemente se marchaba al dar las doce, pero una noche se entretuvo un poco más atraído, por los hechizos de una jamona algo amojamada que frente á una mesa devoraba un café con media de arriba.

De pronto se abrió la puerta; una señora bigotuda, rápida *como un meteoro*, atravesó el salón y se enredó á bofetadas con el terrible. Era su suegra.

—¡Sin vergüenza! ¡Miserable, vaya usted á la cama!

Y se lo llevó agarrado de las barbas.

Eduardo Fosón.



ESTUDIO

Cuadro de J. Vaamonde.

LAS ALAS ROTAS

DE un jardín en rincón ignorado,
mansión de los sueños,
misteriosa prisión que guardaba
de un muerto poeta los tristes recuerdos,
muda un arpa yacía; en su marco
las plantas tejieron
de hojas verdes guirnaldas sencillas,
tributo postrero
que rendía la tierra clemente
á aquel pobre muerto.

*
* *

Hasta allí, atravesando el ramaje,
llegó una mañana
mariposa sutil, anhelando
esencias de flores que el alma embriagan,
y al rozar con sus alas de nieve
las cuerdas del arpa,
un gemido exhalaron

cual débil suspiro de un pecho que ama.
Al sentir de la música aquella
las notas extrañas,
la infeliz mariposa vió abierto
un mundo de dichas para ella ignoradas,
y queriendo apurar su ventura,
enredóse en las cuerdas del arpa...
cuando vió aprisionado su cuerpo
¡y rotas las alas!

*
* *

Mariposa era mi alma, Luz mía;
en tu pecho la dulce armonía
buscaba, anhelando venturas y calma,
y al saber tu traición, aquel día
cayeron ¡ay! rotas las alas de mi alma.

V. Castro Les.

¡A LOS TOROS!



1.—¡Buena entrada!



2.—¡Marronazo!



3.—¡Buen par!



4.-;Le cogió!



5.-;No ha sido nada



6.-;De los toros!

FRAGMENTO

Y

allí estaba el cadáver de D. Juan, en el rincón obscuro y medroso de la cripta.

—Todos huyen, D. Juan—dijo el Cristo,—todos te abandonan. ¿Lo ves? Sólo quedo yo acompañándote; sólo las blancuras de mis carnes de marfil resplandecen sobre tu cuerpo, sólo mis lágrimas redentoras caen sobre tu pecho y mis dolores cruentos responden á los tuyos... sólo mis tristezas amargas se funden en piadosa ternura con tus amarguras tristes...

—¡Mientes, Maestro, ó no sabes ver! Mira—y D. Juan, victorioso y radiante irguiéndose sobre el ataúd, señalaba á la pobre niña de ojos azules y de guedejas rubias que, arrodillada y sollozando, permanecía envuelta en las sombras de la capilla.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó el Cristo.

—¿Esa? Mírala bien: sobre su frente lleva el único beso puro de mi vida...

Luis Paris.

CONFITEOR

ME acuso de adorarla, señor cura,
pero con tal pasión, de tal manera,
que me absorbe su amor el alma entera
y es á un tiempo placer y desventura.

Ora tengo mi dicha por segura,
ora llego á dudar de que me quiera,
y la esfinge tenaz me desespera
y más la quiero cuanto más me apura.

Loco tras mi ilusión, desorientado,
la espuela de mi afán llevo conmigo...
¡No importa penitencia á un desgraciado
ni acrecienta mi culpa lo que digo,
que si este amor terrible es un pecado,
en el mismo pecado está el castigo!

Sinesio Delgado.

LUIS MAZZANTINI



SIN temor á exagerar puedo dar principio á estas notas biográficas asegurando que serán muy conta-

dos los españoles que no conozcan la *historia, vida y milagros* del popular diestro guipuzcoano, una de las figuras más notables y más simpáticas del

toreo moderno, y aun podría decir más *original*, porque—dada la *cultura* de la gente de coleta—es una originalidad encontrar un torero que hable el francés y el italiano, que arranque del piano notas melodiosas, que escriba prólogos para obras literarias y que *sepa llevar* el sombrero de copa, los guantes y el frac, siendo uno de tantos caballeros en el Real, en el Español ó en cualquier salón aristocrático. Pero no por esto se desdeña de vestir el *traje corto* y de *alternar* con todos los toreros, de cualquier categoría que sean, siendo un buen compañero de todos ellos y un amparador de los que le necesitan.

Mazzantini es hombre de talento, y todo el que tiene talento, tiene energías para luchar—aunque tenga que vencer muchos obstáculos—hasta conseguir el puesto para el que se cree capaz, ó que le ha de proporcionar bienestar y prosperidades, si es que el que ocupa no lo considera digno para sus facultades ó no ve en él un porvenir seguro. Esto es lo que le hacía desempeñar á dis-

gusto suyo el cargo de factor-telegrafista, y ver en el toreo, hacia el que sentía vocación incontrarrestable, una profesión en que desarrollar sus aptitudes y llegar al término deseado; y este disgusto es el que le hacía faltar frecuentemente á la oficina, acudiendo, en cambio, á la plaza de los Campos Elíseos, por lo que, amonestado por su jefe, el eximio autor dramático D. José Echegaray, presentó la dimisión de su empleo y decidió vestir el traje de luces. Esto ocurría en Mayo del año 1880.

Era entonces recién casado, y á las observaciones que su esposa le hacía señalándole los mil peligros é inconvenientes de la profesión que había escogido, replicó Luis:

—En España no se puede ser más que tenor del Teatro Real ó matador de toros. Un *do* de pecho ó una estocada por todo lo alto son las dos únicas cosas que privan y dan fama y dinero. Yo no puedo dar el *do* de pecho, pero me encuentro en condiciones para dar una estocada por todo lo alto.

Sus primeros pasos en la carrera tauromáquica le fueron contrarios, siendo digno de referirse el siguiente episodio:

Habiendo llamado la atención de todos los diestros que concurrían á la antigua plaza de los Campos Elíseos la distinción de Luis y su afición creciente, á pesar de los tremendos revolcones que sufría casi siempre que bajaba al ruedo, decidieron probar su *sangre torera*, y al efecto invitó un notable matador de aquella época á que estoquease un toro en Colmenar Viejo, un día de la fiesta de este pueblo, proposición que Mazzantini aceptó gustosísimo. Llegó la hora designada, salió un toro de esos que á los toreros cansados de lidiar infunden respeto, y así que

tocaron á matar se acercó con gran serenidad al colmenareño, le dió varios pases, y en cuanto vió cuadrado aquel *elefante*, tiróse muy corto y derecho, y... no hizo falta la puntilla.

En el café en que por entonces se reunían los toreros, que ya no existe, en el café Imperial, preguntaban al día siguiente al notable matador autor de la proposición:

—¿Qué tal el *Señorito loco*? (Por este nombre se conocía en los Campos Elíseos á Luis, al entusiasta aficionado).

—El *Señorito loco*—contestó el interpelado—va á hacer andar de cabeza á muchos toreros. Y si no, al tiempo.

Y el tiempo ha confirmado la profecía.

El 6 de Diciembre del año 80 hizo su presentación en Madrid, banderilleando y matando un toro, en competencia con Gabriel López (*Mateito*), Santos López (*Pulguita*) y Raimundo Rodríguez (*Valladolid*), saliendo el de El-góibar bien de la prueba.

Mazzantini fué el primer diestro español que obtuvo autorización para matar toros en Nimes y Cauterets, después de promulgada la ley Grammont, en la que se declaraba al toro animal doméstico (!). Al terminar la primera corrida de Nimes—después de la autorización citada—se le dió de regalo una hermosa corona, y en la segunda de dichas poblaciones le colocó el Prefecto en el pecho una medalla conmemorativa del acto.

Después de estoquear cada vez con más éxito, en casi toda España y en muchas plazas del extranjero, recibió en Sevilla la alternativa de manos del inolvidable Salvador Sánchez (*Frascuelo*), la tarde del 13 de Abril de 1884, alternativa que le fué confirmada en Madrid el 29 de Mayo del mismo año por el insustituible Rafael Molina (*Lagar-*

tío), siendo la segunda de estas corridas una de las mejores que en la corte se han celebrado.

Ha estado varias veces en América, donde ha hecho campañas brillantísimas de gloria y de provecho, siendo allí tan querido como en España.

La cogida más grave de Mazzantini fué la sufrida en Bilbao el 24 de Agosto de 1896, en la que al saltar al callejón fué alcanzado por el cornúpeto, que le causó una herida de bastante importancia en el muslo izquierdo.

Respecto á las cogidas de los diestros, sostiene el de Guipúzcoa la *teoría* siguiente:

«No son los toros los que cogen á los toreros, sino los toreros los que cogen á los toros, por una imprudencia ó por un descuido.»

La suerte del volapié no hay quien la consume con la limpieza y precisión que D. Luis—como le suelen llamar todos los toreros;— con los palos llega andando hasta la cara del bicho y se los deja clavados en los mismos rubios; dirigiendo una plaza no se le reconoce rival: cuando él dirige, cada cual cumple con su obligación, y viendo á Luis en la plaza todo el mundo está tranquilo, porque sabe que no peligra ninguno de los lidiadores, por lo que éstos, y los picadores especialmente, están de acuerdo en llamarle la Providencia de la torería.

Para que mi amigo *Lokner* no se alarme viendo las proporciones que van tomando estas notas, daré término al trabajo, apuntando únicamente algunos datos.

Nació Mazzantini el 10 de Octubre del 56.

Los toros que mató en sus alternativas de Sevilla y Madrid fueron *Costurero*, de Adalid, y *Tamborcillo*, de Muruve.

Desde que tomó la alternativa en Sevilla hasta la terminación de la temporada del 97, lleva toreadas 759 corridas, habiendo muerto en ellas 2.069 toros. El año en que ha tomado parte en más corridas fué el 97, que alcanzó á 66, y el en que más toros ha echado á rodar el de 1886, en que mandó al desolladero 196 pares de cuernos.

Y, finalmente, el citado año 97 hizo 51 viajes en ferrocarril, recorriendo 27.769 kilómetros, sin incluir entre éstos los que representa el viaje á Méjico, para donde partió el 18 de Noviembre.

J. Y.



CHIRIGOTAS LEVES

DE que soy un hombre pillo
y que tengo conquistadas
hermosuras á porrillo
pueden dar fe... ¡las guantadas
que llevo en este carrillo! (1).

Desde que sé que las hembras
son unas *perras* muy grandes,
quiero en *perras* medio duro,
¡y no encuentro quien lo pague!

Federico Canalejas.

(1) El izquierdo.

INDISCRECIÓN FOTOGRÁFICA, POR POVEDA

A MI BUEN AMIGO LOKNER



1.—Juanito y Paquita se querían, y á todas horas y en todas partes daban pruebas de ello.



2.—¡Magnífico grupo! ¡Enfoquémosle!



3.—Un día Juanito y Paquita entraron en una fotografía y ¡La abbâcle!



4.—Hé aquí la causa.

¡Adiós!

VAS á partir... mañana, cuando el día
ponga sus esplendores en los cielos,
de este pobre muchacho que te adora,
gracias al tren, te encontrarás muy lejos...
Te marchas ¡para siempre!... y esta frase,
que repito llorando y no comprendo,
canta, á la par que tu traición, ¡bien mío!
los funerales de tu amor primero.
Quieres marcharte pronto, y te parece
que, por ir contra ti, se para el tiempo;
y cuando el tren, cruzando la campiñas,
los verdes prados y los campos yermos,
corra y corra furioso dando gritos
como monstruo empujado por los vientos,
pensarás: «¡qué despacio!... ¡más deprisa!»
y por cumplir tu abrumador deseo
hasta capaz serías de ofrecerle
una gruesa propina al fogonero...
Mas... ¿para qué?... Á traves de las distancias
promesas y esperanzas toman cuerpo,
y al buscar el ansiado lenitivo
nace airado el fantasma del recuerdo...
Crees que huyes de mí, pero no sabes

que seré tu constante compañero,
que, cuanto más con su memoria luches,
menos has de borrar del pensamiento
á aquel muchacho pálido, ojeroso,
que te hablaba de amor y hacía versos.
Crearás que voy contigo, que te llamo,
que ocupo un sitio al lado de tu asiento
y, cual madre solícita y amante,
por tu reposo con cariño velo,
acariciando tus heladas manos,
arrebujando en el mantón tu cuerpo
y ocultando tus lindos piecitos
en la amplia manta de colgantes flecos.
Tu rostro asomará á la ventanilla
donde, á la par que te acaricie el viento,
llevará presurosos á tu oído
de mi cansada voz los tristes ecos;
y volverás á verme en el paisaje
que ante tu vista se presente espléndido,
y leerás mi nombre en el espacio
y en el hermoso azul del firmamento
y en los pintados pájaros que, alegres,
juegan en los alambres del telégrafo...
La noche, con su manto de negruras
y de fantasmas con su largo séquito,
sin borrar mi figura de tu mente,
te traerá espanto é inquietud y miedo;
y volverás á verme, retratado
en la cara tristona de un viajero,

en el que entra á pedirte los billetes,
en la pálida luz que arde en el techo,
en las sombras que pasan fugitivas,
en las siluetas que se esfuman lejos...
Más tarde, por el viaje fatigada,
se acercará á tus párpados el sueño
y, al hallarte en sus brazos reposando,
creerás ¡bien mío! que á tu lado duermo
y que, como otras veces, en tu cara
estampo miles de ardorosos besos
y que me llaman tus fragantes labios
y que me incita tu desnudo seno...
Todo eso sentirás... ¡Qué has de olvidarme!
Soy el que con cariño verdadero,
con las palabras del amor bendito
por la primera vez habló á tu pecho...
Sé que al mundo te lanzas y, anhelante,
por gozar de sus mágicos secretos,
en el impuro altar de la locura
en holocausto entregarás tu cuerpo;
mas no me cabe duda de que siempre,
en tus noches de orgía y desenfreno,
te has de acordar de mí con la nostalgia
que traen las penas y el placer y el tiempo...
Y así hemos de vivir eternamente,
siempre unidos los dos, aunque muy lejos,
tú haciendo que te ríes y que gozas,
yo pensando en tu amor y haciendo versos.

Antonio Palomero.

ENRIQUE SIMONET



ELEVIT SUPER ILLAM y UN QUITE: Dos géneros distintos, dos cuadros maravillosos dignos de la poderosa creación de un talento superior.

Uno, lleno de ambiente místico expresando con grandeza incomparable la hermosura de aquella predicción del Salvador del mundo; otro, página magistralmente compuesta y manchada de nuestra fiesta nacional.

Una profecía de Cristo y un incidente de la corrida de toros haciendo hermosísimo *pendant*.

Simonet reúne las dos condiciones precisas para brillar: es colorista como pocos y dibujante correctísimo.



ANTES Y DESPUÉS

I

ERA al principio tan honesta Juana,
que al novio que tenía,
si alguna vez un beso la pedía,
otorgábasele de buena gana,
puesto que se creía
que un beso no es pecado,
y con ansia de loca,
cuando se le pedía su adorado,
le ponía la boca.
Pero de ahí no pasaban,
porque aun cuando con ansia se querían
y además se besaban,
los deseos impuros no sentían,
y jamás por su frente
sintióse del rubor la llamarada,
pues era Juana amada,
sin que quepa dudar, honestamente.

II

Tuvo otro novio Juana, un calavera
que se las arregló de tal manera
que obtuvo al fin de Juana cuanto quiso,
y con él aprendió que siempre el beso
nos puede acarrear un compromiso,
y cuando supo eso,
si cuando era inocente, cuando amaba
con el primer amor, siempre besaba
cuantas veces su novio lo quería,
hoy, que muda de amores cada día,
nunca besar se deja,
y aun cuando en francachelas se rebaje,
sus inocentes besos recordando,
no deja á ningún labio que la ultraje...
¡pues hoy peca á la vez y está penando!

Juan Manuel Gallego.



1



2



3



4



5



6



7

1. Melchor de Palau.—2. Ramón Asensio Más.—3. Eduardo Zamacois.—4. Eusebio Blasco.—5. Manuel A. Naya.—6. Arturo Reyes.—7. I. Arija.



1



2



3



4



5



6



7



8

1. Gumersindo de Azcárate.—2. Manuel F. Espada.—3. Rafael Maroto.—4. Vicente Castro Les.—5. Eduardo Rosón.—6. Antonio Soler.—7. Federico Canalejas.—8. Jacinto O. Picón.

AMOR IMPOSIBLE

Aquí no ha pasado nada.
Esto es natural, Consuelo;
le ocurre á muchas mujeres
como tú, faltas de seso,
y lo pagamos los hombres
que con firmeza queremos.
Tus teorías convencen
y no he de ponerles *peros*,
porque sé que perdería
lastimosamente el tiempo,
lo mismo que lo he perdido
mientras te estuve queriendo.
Tú no concibes amor
que se demuestre con hechos;
concibes sólo un cariño
sin atractivo, de esos
que se sostienen sin penas
y sin grandes sufrimientos.
Tu corazón es muy ancho
y late por todos; bueno.
Al final de la jornada
á encontrarnos volveremos,
y ya verás si deseas
mi amor constante y sincero;
verás cómo á mi te vienes

desconsolada, diciendo:
«Yo te adoro; si falté,
de corazón me arrepiento».
Tal harás seguramente,
porque entonces, sí, Consuelo,
comprenderás el perjuicio
que tú tan sólo te has hecho
obrando de esa manera
conmigo que, aunque te quiero,
sin pena doy por concluidos
los tristes amores nuestros,
porque á lo que es imposible
no es fácil posible hacerlo.

Fernando Franco Fernández.

Albacete y Diciembre 1897.

ACTORES EMINENTES



DONATO JIMENEZ

CAMINOS DISTINTOS

Para EL BARÓN DE STTOFF



QUERIDO Manolo: La suerte, que tan pródiga es conmigo, me favoreció ayer nuevamente, haciendo llegar á mis manos una carta que te dedico.

Léela, que aunque en ella no hallarás primores de estilo, puede que la encuentres interesante. Si así fuera, te suplico la entregues á nuestro amable amigo Lokner, por sí, considerándola digna del *Album* que proyecta, me releva del compromiso de hacer el «cuento» que tuvo la bondad de encargarme.

En el caso de que le sirva, agradécele en mi nombre su atención y ruégale que al pie de ella ponga mi firma, precedida de «Por el hallazgo», único mérito, si éste es alguno, que en ello tengo.

Tuyo,—SERAFÍN.

*
**

«París 1.º de Enero de 1897.

Mi antiguo amigo Enrique: Hoy, precisamente, hace treinta años que nos reunimos *solos* en un comedor de la fonda de Madrid.

¿Te acuerdas?

Al día siguiente había de partir yo para el extranjero, llevando por todo capital un deseo grande de trabajar, muchos ánimos para la lucha por la vida y un mundo de ilusiones.

Desde aquel día á la fecha, apenas si hemos vuelto á saber uno de otro. En los primeros tiempos nos escribíamos con frecuencia, después se pasaron meses y hasta años sin comunicarnos, y por último, cortamos de raíz la correspondencia.

¿Quién escribió el último?... ¿Tú?... ¿Yo?... Es lo mismo, pues seguro estoy de que por eso tú no habrás olvidado nuestra buena amistad, ni yo he dejado de quererte.

Pero basta de preámbulos y al grano, que tengo que darte noticias de mi vida, y los acontecimientos de treinta años, aunque queden los detalles para mejor ocasión, no caben en un plieguecillo.

Aquellos «sueños de color de rosa» á que nos entregábamos cuando muy muchachos empezamos á andar por el mundo, se han visto, por fortuna, en lo que á mí se refiere, completamente realizados, y supongo que tú tampoco te quejarás de la estrella que te guió, pues, según acabo de leer en la biografía que con motivo del estreno de tu último drama te dedica una de las revistas ilustradas que ahí se publican, eres un autor eminente, tus libros se venden en cuanto aparecen en los escaparates de las librerías, en política has lucido como orador brillante y funcionario inteligente y probo, y gozas, en fin, de una posición envidiable, debida á tus talentos y trabajo.

Te felicito por todo y en especial por el exitazo del drama, que es el suceso más reciente, y disponte á hacer lo

propio conmigo, pues si tú has vencido, á mí no me rindió la lucha.

Á los pocos días de dejarme el *expreso* en esta *moderna Babel*, conseguí entrar—merced á los buenos oficios y poderosa influencia de mi respetable amigo D. César Alcántara, que lo era muy excelente de mi buen padre—en el escritorio de Mr. Durand, quien fué siempre tan benévolo conmigo que no pasó mucho tiempo sin que me diera participación en los negocios de su casa de banca, una de las más poderosas y que mayor número de operaciones verificaba.

La confianza que en mí depositó y el sinnúmero de atenciones que tengo que agradecerle sirviéronme de nuevo estímulo, y bien pronto comencé á gozar de todos los beneficios de una cómoda posición que de año en año, de día en día, mejoraba.

Por entonces comencé á frecuentar los salones, con preferencia los de la colonia española, y en ellós conocí á una compatriota á la que di mi nombre y que con su fidelidad y cariño ha sabido pagar el amor que en ella deposité. Me ha hecho padre de una hembra y un varón. Él es ya un ingeniero distinguido, y ella una angelical criatura en disposición de hacer á un hombre tan feliz como á mí me ha hecho mi amada María. Ambos, y ésta es otra satisfacción para mí, aunque franceses de nacimiento, son españoles de corazón, y en unión nuestra lloran desde este suelo las calamidades que azotan á nuestra bendita España.

Pero basta de hablar de mí. Conque añadas á lo dicho que hoy mi nombre se pronuncia con respeto, mi crédito es ilimitado y mi firma una sólida garantía para todos los

contratos, tendrás terminada mi historia de los últimos treinta años, trazada á grandes rasgos.

Y ahora, llenaremos la última carilla hablando de tí.

Tengo muchos y vehementes deseos de saber noticias tuyas, aunque algo de tu vida me deja adivinar el fotogra-bado que en la publicación á que me he referido acompa-ña á tu biografía.

Estás en lujoso despacho cuyas paredes cubren grandes estanterías tan atestadas de libros, como eran tus de-seos. El mobiliario, los cuadros y estatuas que adornan la habitación, la artística lámpara que pende del techo, los tapices que cubren las puertas, denotan riqueza, gusto, *confort*; pero con ser todo admirable, nada me agrada tanto como el interesante grupo que formas tú— tan viejo como yo—con una dama en cuyo rostro resplandece la bondad y una linda muchacha tan elegante y gentil, como biza-rro parece el arrogante oficial de húsares que en tu brazo se apoya. Son, sin duda, tu mujer y tus hijos.

Sospecho, y no creo que sin fundamento, mi querido Enrique, que también eres feliz. Sea, por tanto, muy en-horabuena.

Dentro de unos días emprenderé un viaje por Europa y me prometo pasar en Madrid el mes de Marzo. Allí, el día de San José, he de celebrar mis «bodas de plata».

Deseo que en tan dichosa fiesta, puramente de familia, nos acompañéis tú y los tuyos, y en ella, nosotros, los dos viejos, mostraremos á nuestros hijos nuestros propios ejemplos, y al brindar por la felicidad de ellos, les haremos ver que cualquier camino es bueno para llegar al ideal soñado, si el que lo emprende con fe lo sigue con constancia y no se separa nunca de la senda que á su

paso dejaron trazada la virtud, la honradez y el trabajo.

Os deseamos á todos feliz año.

Saluda á tu mujer y á tus hijos, y recibe afectos cariñosos de los míos y de María, con un abrazo de tu verdadero é invariable amigo,—CARLOS.*

Por el hallazgo,

Serafin Obdame.



CANTARES

PREGUNTA al sabio más sabio

si sabe lo que es amor,
y verás cómo no acierta
á darte contestación.

Si yo te viera con otro
no sé qué sucedería;
me llevaban á la cárcel
ó al manicomio en seguida.

El pecho es una escopeta,
el corazón es la bala,
y los ojos los que apuntan
y por los labios disparan.

José Yzuela.

VALS

I

Yo quiero ir al baile...—llorando decía.—
Allí se respiran placer y alegría;
los hombres, rendidos, nos hablan de amor,
y juran querernos, con ansia creciente,
en tanto que surgen, llenando el ambiente,
las plácidas notas del vals seductor...

—Yo quiero ir al baile...—decía llorando.—
Estaba impaciente la fiesta esperando...
¡Por Dios, abuelita!... ¡Yo quiero bailar!...—
Y, un poco irritada, decía la abuela
con tono imperioso:—¡Silencio, tontuela!
¡Pues, hombre... me gusta! ¡Qué modo de hablar!
Mas tanto la niña, tenaz, suplicaba,
con tal sentimiento y angustia lloraba
que, al fin, conmovida, la abuela cedió
y, mientras gozosa la niña se viste,
la vieja entre dientes murmura muy triste:
—¡Qué mundo... qué mundo!... ¡Así empecé yo!

II

Tiene la niña los bucles de oro,
lleva en los ojos sueños de amor,
y guardan este rico tesoro
pestañas negras como el dolor.

Son sus mejillas nácar y rosa
y de sus labios, como el carmín,
surge una esencia voluptuosa
de ámbar y lirio, nardo y jazmín.

Su cuello es blanco como la nieve;
tiene el aspecto de una vestal,
el pie menudo y el talle breve,
turgente el seno y escultural.

Cuando en la danza vertiginosa
vuela la falda y enseña el pie,
su zapatito de seda rosa
es el encanto del que lo ve.

Luciendo airosa su gentileza
cruza arrogante todo el salón
y, como estela de su belleza,
deja en las almas admiración.

Son las conquistas de su hermosa
todos los hombres que á verla van;
por ser el dueño de su cintura
diera la vida más de un galán...

Aquella noche... por vez primera
vió al hombre amado con quien soñó,
y aun hoy recuerda lo que dijera
aquel ingrato... que la olvidó.

III

—¡No llores, bien mío!...—la abuela decía.—

Recobra la calma, la paz, la alegría...
Yo siempre te quiero... ¡Más que antes quizá!
El llanto marchita tu cara de rosa,
Te pones muy fea... No llores, hermosa...
Al fin todo pasa... Serás más dichosa...
¡Quién sabe!... Ese ingrato... ¡tal vez volverá!

Yo bien te decía: «No vayas, bien mío;
detrás de esas fiestas se oculta el encanto
y, muerto el encanto, se acaba el placer...
Soñando amorosas risueños celajes,
nos ciegan las joyas, las luces, los trajes
y, envueltas en nubes de sedas y encajes,
las niñas incautas se suelen perder...»

Mis buenos consejos oír no quisiste,
y, al ver tu alegría, yo estaba muy triste...
que, en tiempos lejanos, lo mismo hice yo...
También fui yo al baile, radiante y gozosa,
también me llamaron gentil y graciosa,
también á mí un hombre con voz temblorosa
juró amarme siempre... ¡También me engañó!

¡Los vales!... ¡los vales!... El baile nos llama
y, mientras el pecho de amores se inflama,
nosotras pensamos: «¿Á quién amaré?»

¡Los vales! ¡los vales!...—la abuela decía
con voz que un suspiro más bien parecía...
Y luego, muy quedo, muy quedo, añadía:
—¡No sé lo que tienen los vales... no sé!...

José Juan Cadenas.



PADRE Y JUEZ

RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS

I

SEGUIDO de dos corchetes
llegó el Alcalde de Corte
hasta los mismos umbrales
de la estancia de don Lope.
Allí se detuvo un punto,
que no es su pecho de roble
y á fuer de padre adivina
del buen viejo los dolores.

Mas como á su vez no ignora
cuánto el deber se le impone
y que del rey en servicio
allí es alcalde y no hombre,
con el cuento de su vara
secos arrancó dos golpes,
esperando á que la puerta
girara sobre sus goznes.

II

Unos momentos más tarde,
con voz que pretende en vano
unir la cortesanía
á lo rudo de aquel paso,
murmuró:

—Vuestros perdones
antes que todo demando,
que si sé que no debiera
en vuestra pena turbaros,
á mis penosos deberes
puede servir de descargo
el ver que, si no consuelos,
puedo justicia brindaros.
—Sabéis que es vuestra esta casa—
cortés repuso el anciano —
y á quien al rey representa
me debo como vasallo.
Hablad, que en lo que serviros
pueda, quedarán colmados
vuestros más leves deseos,
siempre para mi mandatos.

—Crueldad inútil sería
 en mí querer recordaros
 los lances de la tragedia
 de que esta casa es teatro.
 —Si en cabeza del proceso
 debe constar tal relato,
 no os toméis por ello pena,
 yo os ahorraré ese trabajo.
 Un hijo sólo tenía
 que, mozo, altivo y gallardo,
 era á mi vejez cansada
 gala, alegría y encanto.
 En las armas y en las letras
 le eduqué con el cuidado
 de quien quiso hacerle digno
 de un nombre ilustre y preclaro.
 Si aprovechó mis lecciones,
 no soy quién para juzgarlo,
 que ya habrá sufrido juicio
 de otro tribunal más alto.
 Yo sólo deciros puedo
 que en Flandes pasó dos años,
 con pena mía, á los libros
 más que á la guerra inclinado.
 Sin otro aviso ninguno,
 hará tres días escasos
 me deparó la ventura
 la de estrecharle en mis brazos.
 Hoy... Ya sabéis lo que resta.
 Cuando pensaba encontrarlo
 lleno de salud y vida
 aún al reposo entregado,
 clavada al pecho una daga,
 de roja sangre en un charco
 al pie de su propio lecho,
 sólo un cadáver he hallado.
 Ya veis que en no ser prolijo
 puse todo mi conato.
 Tuve un hijo, no le tengo.
 De Dios acato los fallos.

III

Tal con voz seca y entera
 dijo el desdichado padre,
 sin que una lágrima sola
 por sus mejillas rodase.
 Respetando sus dolores,
 calló un momento el alcalde,
 y al fin murmuró:

—Del crimen
 vos tal vez tengáis la clave.

Si sospecháis de hombre alguno
no tenéis más que nombrarle,
que os juro por esta vara
que sabré hacer lo restante.
Con una amarga sonrisa
acogió el viejo estas frases,
y mirando á los corchetes
de la puerta en los umbrales,
murmuró:

— Lo que deciros
tengo, no ha de oirlo nadie,
que antes que el juez me interroge
fuerza es que al amigo hable.
Y cuando solos se hallaron,
de un secreter á la llave
dando vuelta, ante los ojos
asombrados del alcalde
puso por toda respuesta
una daga que señales
desde la punta hasta el pomo
mostraba de fresca sangre.
— ¡Vos!... — aterrado ó dudoso
murmuró el juez.

— Pruebas tales,
ya lo veis dijo el anciano, —
no pueden ser recusables.
— ¿Es decir que á vuestro hijo...
— Yo le maté. De sus padres
abjuró la fe, abrazando
de Lutero las maldades.
Esta cruz verde en mi pecho
me mandaba delatarle;
mi honor hizo que el castigo
entre las sombras quedase.
Ahora sólo esperar debo
que vuestra justicia falle.
Mi deber está cumplido:
haced lo que el vuestro os mande.

IV

Cuando cejijunto y hosco
de la casa de don Lope,
unos momentos más tarde,
salió el Alcalde de Corte,
murmurar con desaliento
le oyeron sus porquerones:
— ¡Mal haya quien la justicia
puso en manos de los hombres!

Angel Fb. Chaves.

LUIS MURIEL



DE algún tiempo á esta parte, el desarrollo en la escenografía en Madrid ha sido tan intenso que hoy no tenemos nada que envidiar á otras naciones, que, si nos llevan alguna ventaja, ésta es debida á que aquí no se encuentran con facilidad empresarios que cuenten con bastante capital para poner con todo lujo y propiedad las obras de gran espectáculo.

Seguramente Luis Muriel ha contribuído mucho con su *savoir faire* á que se considere la escenografía como lo que es en realidad, como un arte plástico.



TELÓN CORTO DE «LAS ESPAÑOLAS»



Muriel pinta con gran propiedad y saca grandes efectos manejando la luz, consiguiendo en todas sus producciones el más lisonjero éxito y el aplauso más entusiasta.

Hoy se puede decir que es el pintor escenógrafo más solicitado por las empresas y por el público, que éste es al fin el que le ha dado la patente. Bien la merece.



LEY DE HONOR

I

Si, furiosos y ciegos, dos rivales
de esfera social baja
echan mano á la faja
y, en condiciones sin disputa iguales,
noblemente y á campo descubierto
esgrimen la navaja,
resultando en la lucha alguno muerto,
de seguro la gente que se apiña
á presenciar la riña,
ávida de brutales emociones,
una vez que la sangre el suelo tiña
con rojos salpicones,
y al ver del infeliz el cuerpo inerte,
á que inmovilidad presta la muerte,
con acento exaltado
tachará de asesino
al que á impulsos obró de su destino,
y de crimen será calificado
lo que es sólo producto de la suerte...

II

Á muerte se concierta un desaffo
entre dos *caballeros*
que rinden ciego culto á la *hidalguita*,
y á esgrimir los *aceros*
y á ver cuál de los dos tiene más brío
marchan con sangre fría.
Designan dos palmadas
el comienzo del lance,
y chocan las espadas
en impetuoso avance,
señalando terribles estocadas.
El más ágil y fuerte
da á su adversario muerte;
consecuencia del bárbaro combate,
en un pecho se abrió mortal herida
y por su corazón, que ya no late,
se ha escapado una vida.
De asesino merece aquél el nombre,
porque no le disculpa el arrebato,
que á la muerte de un hombre
puede el sello quitar de asesinato;
mas dicitario no llevan de asesinos
los que matan delante de padrinos;
se admira y se celebra su coraje,
que el honor, con su necio formulario,
del crimen en abono y homenaje,
afirma que es dar muerte al adversario
venganza del ultraje...

Rafael Maroto.



2



1



3



4



5



6



7



8

1. Miguel Sawa. — 2. Antonio Palomero. — 3. Salvador Rueda.
4. Alejandro Lerroux. — 5. F. Pérez y Capo. — 6. R. J. Catarineu.
7. Alejandro Sawa. — 8. E. López Marín.



1897 ARIJA

TOROS



LA FIESTA NACIONAL

(MONÓLOGO TAURINO)



SEIS DE ABRIL.—

¡Aún faltan cuatro días! Cuatro

días que se

me van á fi-

gurar cuatro siglos.

Y luego, este maldi-

to tiempo es capaz

¡Eh, á la plaza!

de desesperar á un santo. ¡Cuidado si está *pelma* el tiempico con tantos nublados y tanto llover! No, pues como ese día llueva, mato á medio Madrid y emigró á las Islas Chinchas...

¡Anda con Dios! Ya está aquí la lluvia dichosa. ¡Jesús, y qué negro se pone! Esto es el traje del Medra-



Antes de empezar.

no con golpes naturales. ¡Mecachis! Cuidado que es mala sombra...

Buenas, Paco. ¿Ha venido *Marés*?... Pues tráeme café, á ver si mientras lo trasiego pasa este maldito nublado .. ¿En taza? ¡En una bomba de dinamita!... *Desde Cayo-Hucso... El temporal... Sección política...* Pero, hombre, ¿qué nos importa todo esto á los aficionados? .. Veamos lo que dice Carvic... «Hay tendencia á la lluvia»... ¿Más todavía? ¡Este señor no está bien de la cabeza! .. Vaya, adiós, Paco. . Si viene... si viene... ¡dile que me busque en la Cárcel Modelo!... (Porque ya mato á alguien si el tiempo no mejora).

7 DE ABRIL.—¡Caracoles! ¡Lloviendo otra vez! ¡Por vida del!... Hombre, esto ya es abusar...

Buenas noches... No tengo ganas de nada. Cena tú, que yo me meto en la cama ahora mismo... ¡Por lo que á tí no te importa, y ya hemos acabado!... Tengo las cosas que me da la gana tener, y déjame en paz, no sea que te confunda con una nube y te reviente un ojo...

Oye, Tomasa: reza siete ú ocho padrenuestros al santo de quien más devota seas, para que no llueva el domingo y pueda darse la corrida. . Nada, no se nos ocurre nada, Felipa. Que usted descanse... Ea, apago, y á dormir... *Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero...*

El que no sabe ver toros es usted. Esa estocada está baja... ¡Pues no me da la gana!.. ¡Maestro!... ¡De atar escobas!... ¡Yo le rompo á usted la crisma!.. ¿Sí? ¡Pues allá va! ¡Pum, pum, pum!... ¡Ay, dispensa, Tomasita de mis entretelas! Soñaba que estaba riñendo con un mal aficio-

nado, y me faltó al respeto... ¿Qué te duele? Espera. Encenderé luz, y veremos... ¡Pobrecita Tomasa, y cómo te he puesto el carrillo! Perdóname, querida esposa.. Tienes razón. Es una chifladura que acabará conmigo.

8 DE ABRIL.—¡Felipa! ¡Felipaaaa! ¿Qué tal tiempo tenemos? ¿Que va á llover? ¡Quítese usted de delante de mi vista, ó le tiro á usted la mesilla de noche!... ¡Maldita sea mi suerte, y así permita Dios!.. Á ver si te callas, Tomasa, que no tengo ganas de sofocarme... Mejor. Tápate los oídos... ¡Pues muéretel... Adonde á ti no te importa, y se acabó la conversación... ¿Paraguas? ¡Métaselo usted donde le coja!... ¡Al infierno, al viaducto!

9 DE ABRIL.—Calle usted, por Dios, D. José, que esto subleva á cualquiera... Á mí, media copa... ¡De aguarrás, á ver si revientol... No sé nada, ni quiero. Me importa poco que se desborde el Manzanares y suba hasta mi domicilio. ¡Ojalál... Á mí lo que me interesa es que mañana haga buen día... Recuerdos y póngame á los pies de *Gue-rrita*... ¡digo, de D.^a Emerenciana!... ¡Virgen de la Paloma! ¡Dos velas del tamaño del picador Molina si no llueve mañana!

10 DE ABRIL.—¡Felipa!... Pase usted sin cuidado. ¿Qué tal está el día? ¿Sol? ¿Dice usted que brilla el sol? ¡Bendito sea Dios y el padre que la parió á usted!... Dispense usted la equivocación y el abrazo. La alegría me ha trastornado... Haga usted el favor de buscar mis botas... ¡Oh gozo, oh dicha!.. ¡Anda, salero! ¿Pues no me he puesto la camisa del revés?. ¡Adiós! ¡Saltó un botón del chaleco!... Vengan las botas... ¿Que estaban en la cocina? ¿Y cómo demonios han ido allí mis botas?.. No. Diga usted que no como, que no tengo tiempo... ¡Ajajá! Listo. No se

me olvida nada... Adiós, Tomasita... Comeré en cualquiera de aquellos ventorros, porque quiero estar lo más cerca posible de la plaza... ¿Que ha venido el casero? ¡Que le ahorquen! ¡Qué gentes! Quieren que se ocupe uno en días como éste de bagatelas... Vaya, adiós...



El «tocado» de los monos.

usted conmigo, y comeremos en casa de la Regina... Superior, amigo viene allí... Si sánchese, guar por la platafor usted!... ¡Al La cuestión es ya arranca pecto más her aunque no sea fíco panorama de toros... Dos... A la plaza... Ya está pagado, vaya, y se acabó... ¡Vaya usted con Dios,



Un consecuente.

¡Hola! ¡Pues hacia allá voy!... ¿Qué ha de ser temprano, hombre!... Pues vengase con usted antes que yo, en dándome asiento... ¡Por aquí, ma!... ¡Caramba, no empuje fin!... ¿Y quién repara en eso? ir, sea de pie ó sentado. Ea, mos... ¡Qué gentío y que asmoso! Digan lo que quieran, más que por ver este magníson convenientes las corridas



Bafael II.

El paseo.

princesa, que la voy á comprar á usted el palacio del



A la enfermería.

Banco con reloj y todo!...

Parece mentira que puedan

estos animalitos

con tanto peso... ¡Ríá, Co-

ronela, buena

ella!... ¡Ríá, riá!... Hombre,

hay que animarlas... Bueno,

hombre, bueno. No

se incomode usted,

mayoral... Ya estamos

en lo alto...

¡Ahora, ahora sí que

va bueno!... Hemos

llegado.



Cogida de un toro...

¿Le parece á usted

bien? Me alegra que le guste lo que á mí... Pues nos va

usted á traer una sopita de ajo con huevos, una de jamón,

también con huevos, otra de ri-

ñones al Jerez, botella grande,

pasas, almendras y café...

No, no lo crea usted...

Guerra no se marcha de

los toros así como así. Y

debiera hacerlo, porque con

su capital y una familia



Recargando.

constituída... ¡Bien huele! ¡Vamos con ella!... No es mal vinillo, no señor... ¡Ah! ¡Es una buena hembra!... Bien venidos sean los riñones. ¡Póngase usted más!... Pero beba usted, hombre, que se le olvida... ¡Bienvenido, señor de jamón! *Servidor* va á hacer un destrozo con usted... ¡Venga el café!... Vaso, vaso. Que abunde.

.....

Cuando usted guste No, si ya sé que no es tarde; pero tengo hambre de ver todo aquello á mis anchas. ¿Qué se debe?... ¡De ningún modo! ¡No faltaba más! .. ¡No cobre usted! ¡Que no cobre usted!... Bueno, bueno: no riñamos... Ea, andando... ¡Si no corro, hombre! Es mi paso de siempre ..

Por aquí .. Atravesaremos el redondel... ¡Qué atrocidad! ¡Qué gentío!... ¿Qué han de suprimir, hombre, qué han de suprimir .. ¡No hay quien lo beba!... ¡Pues cualquiera se aproxima á la sala de toreros!... ¡Adiós, veterano!... Rivas, el inspector... Con este amigo... Vamos á saludar á los maestros... Sí, hasta luego. . ¡No empuje usted, córcholis, que todos entraremos!

¡Hola, Antoñico!... Muy bien, ¿y usted? Me alegro... ¡Emilio!... ¿Ya completamente fuerte?... Sí. Hemos venido juntos. Ha ido á saludar á *Guerrita*... ¡*Blanquito*...! ¡Olé los hombres con circunstancias!... Andando, sí, que faltan diez minutos... ¡Caballeros, buena suerte, y á ver lo que se hace!... ¡*Marés*... Diéguez! .. Sí, allá voy. Al ocho, como siempre...

¡Anda, anda! Pues no hay poco mirón al pie de la escalera... Eso digo yo, que qué adelantarán con eso. Porque ver pantorrillas y no pasar de ahí, es como si á un hambriento le pasan un *rosbiff* por las narices... ¡No, ése es el

nueve! ¡Más allá! Aquí... ¡Hola, ciudadanos! ¿Qué tal desde el año pasado?... Me alegro...

Faltan aún cinco minutos... ¿Que en qué los vamos á emplear? Pues en ver el mujerío, que lo hay de mi flor... Mire usted, mire usted qué delanteras de grada... Sí, que la del pañolón de Manila... ¡Ah, sí, ya recuerdo! ¡Si no podía por menos! Este personal no lo hay como no sea por allá abajo... ¡Ya lo creo que son guapas!... ¡Dios bendiga á ustedes, almas mías, y ojalá se abarate la madera que se emplea en la confección de baúles!... ¿Por qué ha de ser? Porque así iré yo todos los días á la calle de los Estudios por un baúl, y por una mirada de esos ojos revolucionarios... ¿Que soy un maleta? ¡Bendita sea su mamá de usted! ¡Olé las hembras!...

No lo puedo remediar, amigo mío. La madrileña pura me disloca... Vaya: ya estáis molestando... Sí, señor: molestando... Ya lo creo. ¡Y un jamón!... Pues el primer chufero ó naranjero que pase por aquí lo deslomo, y en paz... Bueno. Ya lo verás.

Calle usted, por Dios. ¡Si esto es insufrible! Le pisotean á uno...

No, no los he visto; pero dicen que hay uno berrendo en verde, con unos cuernos kilométricos... Venga... ¡Bueno es!... No, no: comer no... Muchas gracias ..

Ea, vamos á prepararnos, y quiera Dios que la cosa resulte superior.

Resultará, porque los chicos se traen unas intenciones de quedar bien...

Eso dicen siempre y luego...

Muchas veces no tienen ellos la culpa y el público no sabe lo que se hace.



Dos minutos... Ya ha entrado el presidente... Pero, hombre, ¿á qué vendrá silbar á los que se quedan rezagados en el redondel? Ya abren las puertas... ¡Ya salen!...

Al enaetoo.

¡¡Ya!!... ¡¡¡Olé, y vivan los toros!!!

Querido Lokner: lo que falta al anterior monólogo del aficionado lo dice bien claramente usted con sus preciosas fototipias.



Bonarillo igualando.

¿Á qué esforzarme en describir lo que en ellas está maravillosamente copiado? Yo renuncio á tal tarea, por la razón expuesta y por otra no menos atendible.

¿Cuál? Que para *lata* basta con lo que he escrito, y no quiero que los lectores echen al corral por pesado á su amigo y servidor



El arrastre.

Ángel Caamaño.

(El Barquero.)

LUZ

ENTRE los fenómenos naturales que más solicitan nuestra atención y demandan asiduo estudio, ninguno hay tan importante ni dotado de mayores atractivos como el color de los cuerpos, sus múltiples variantes, sus cambios infinitos. Llega á tal punto la influencia del color y su intervención en el mecanismo de las funcio-



LA PRIMERA CANA

nes de la Naturaleza, que en todas hállase presente, y si luz son los matices de las flores, el color de los insectos ó el del plumaje de las aves, luz transformada es asimismo la fuerza que impulsa las máquinas, luz la energía muscular y luz acaso vigoriza las mayores creaciones del pensamiento.

Cuando el gran poeta alemán, después de haber hecho asistir á su héroe á las famosas escenas del Sábado romántico, en lo más intrincado de las montañas del Hartz, le conduce al lóbrego calabozo de Margarita y presencia allí su locura de amor, hasta el trance supremo de la muerte, término de sus dolores, comienzo de su celeste gloriosa vida, hace huir á Fausto de tan horribles escenas, no halla mejor recurso poético que hacerlo despertar de letárgico sueño en amenísimo jardín, en plena florecencia, ostentando las flores sus vivos matices, la primavera sus encantos. En la soberana invocación del buen Doctor, ante el no igualado espectáculo de la madre Naturaleza, como él despierta á la vida, pone Goethe palabras de hermosa poesía; al contemplar, dibujándose sobre las espumosas aguas de un torrente, el arco iris y exclamando «en el lampo de aquellos siete colores está la vida», expresa la fórmula cabal de lo que es y significa la luz.

No menos inspirado cantola Milton en sublimes estrofas de su gran poema, como si, buscando en la luz pura sus más elevadas inspiraciones, presintiese que el conocimiento de sus fenómenos había de esclarecer grandes problemas, trayendo á los entendimientos aquellos resplandores y claridades tan hondamente sentidas y de tan maravilloso modo expresadas en los versos del excelso poeta.

Acaso nadie expresó con tanta verdad como Shakes-

pare los encantos de la música; aquellos robles cuyas ramas agitábanse cuando Orfeo tocaba su lira, á la luz debían su vida; las nevadas crestas de las montañas que por oírle se inclinaban, de la luz habian tomado su blancura; la hermosa primavera que sus acentos suavísimos hacía brotar, era la misma primavera de la luz, con sus espléndidos colores; las ondas del mar tumultuoso detenidas por la suavísima melodía, teñidas están por la luz que en ellas se quiebra, y las penas que la música mitiga y los sentimientos que dulcifica y los dolores que extingue, también se mitigan, dulcifican y extinguen con los efluvios de vida, emanada de la esplendorosa luz del sol de los cielos.

Como los sabios hicieron de la luz y de los fenómenos por ella causados preferente objeto de sus investigaciones, cantáronla los poetas en sus más inspiradas estrofas y basta recordar aquellas de Dante cuando compara el Paraíso á la pura luz, luz intelectual llena de amor. El mismo, en otro pasaje de su maravilloso poema, adelantándose, en cierto modo, á las ideas científicas actuales, canta en sublimes versos, de inmortal belleza, la persistencia de la energía, como Lucrecio había cantado con estro divino la evolución de la materia; y el florentino, no satisfecho del convencimiento que al ánimo pudiera llevar su plática, «mira—dice—el calor del sol que se hace vino, mezclándose con la savia de la vida». Arte y Ciencia consideraron en la luz lo más grande y hermoso que pudiera imaginarse, la fuente de mayores inspiraciones, el asunto mejor apropiado para los grandes estudios.

Aquella poética intuición que relacionaba la luz y la vida, haciendo depender directamente ésta de aquélla, es

ahora realidad demostrada por la ciencia, de tal modo que pueden indicarse los lazos que unen el movimiento vibratorio luminoso con las funciones propias de la vida de los seres superiores. Actualmente el sutil ondular del éter, produciendo las manifestaciones luminosas del color, con sus apariencias y modificaciones, se une con los complicados movimientos del organismo y bien puede afirmarse que allí donde prodúcese color, prodúcese vida y ésta se manifiesta en aquellos matices cuyo conjunto la contiene y simboliza, según la poética y exacta expresión de Goethe. La mayor conquista del método experi-



PESCADORA

Cuadro de A. Portela.

mental, cuyas excelencias nunca serán bastante alabadas, reside precisamente en haber puesto en claro y de relieve las relaciones de los movimientos originarios de la luz con los fenómenos más característicos de la vida.

Gracias al conocimiento individual de los fenómenos naturales, tanto más completo cuanto más se perfeccionan los métodos de investigarlos, sus relaciones y enlaces principales vense ya cla-

ros, habiéndose llegado á determinarlos con rigurosa exactitud; de donde viene el establecimiento de leyes bastante generales reguladoras del mecanismo de los hechos y de todas las funciones características de la energía, cuya cantidad permanece constante en la indefinida variedad de sus cambios y transformaciones. Entre éstas considérase la vida como la más compleja, por concurrir á producirla multitud de formas de la actividad, lo mismo las que intervienen en síntesis químicas aditivas de la mayor sencillez, que aquellas otras en las cuales la luz solar desliga al oxígeno de toda combinación y pónelo en libertad, apto para ser absorbido y asimilado por los organismos superiores.

Nadie pone hoy en duda la intervención directa de la luz en la vida vegetal; es el rapidísimo ondular del éter impalpable el origen de su fuerza y á tal movimiento débense las funciones de ella, tanto aquellas cuyo objeto es poner de manifiesto la energía exteriorizándola, como las que, al almacenarla, conviértentla en tensión. Así



UNA CORCHEA...

puede afirmarse de modo certísimo que lo mismo brilla la luz solar en lo alto de los cielos que en la llama del gas del alumbrado ó en la hulla que arde en el hogar de la locomotora: el alma del mundo que buscaba Schelling como base de su sistema filosófico, es ciertamente la luz, á cuyo potente influjo prodúcense los colores, combinanse los cuerpos, almacénanse, formando combustibles, enormes cantidades de energía y surge la vida, desde sus rudimentarios esbozos, hasta los últimos y superiores límites de su perfectibilidad. El mismo rayo luminoso que reduce el bromuro de plata en la placa fotográfica, produce, mediante interferencia en las películas, los hermosos cambiantes del nácar; con fenómenos explosivos de gran intensidad combina el hidrógeno y el cloro, lentamente pone en libertad oxígeno al actuar sobre las partes verdes de la planta y su trabajo acumulado durante larguísimo tiempo, no sólo vese en los añosos troncos de seculares encinas, sino mejor en aquellos depósitos de energía, representación fidelísima de fuerzas de tensión, acumuladas por la vida vegetal en los combustibles naturales de semejante procedencia.

Indagando las relaciones entre vegetales y animales desde el punto de vista de las funciones vitales, tiénese averiguada su identidad en el sentido de que en unos y otros seres redúcese á convertir en tensión la fuerza viva ó pasar de ésta á aquélla. Obsérvase de continuo cómo lo que el vegetal convierte en energía potencial, el animal lo actualiza, y por esto mismo es tan estrecha é íntima la relación de la vida de los organismos, como que ambos forman parte integrante y principalísima de la vida total del mundo, á su vez tenido por verdadero organismo,

muy diversificado en sus funciones. Con el intermedio de las plantas actúa la luz en los animales y no es aventurado asegurar que si el oxígeno que quema el carbono de la sangre se ha producido mediante la energía luminosa, el propio carbono tiene análogo origen que la hulla y la luz lo ha formado, como formó el que yace en los senos de la tierra; toda la diferencia reside en ser la metamorfosis menos directa, en la mayor complicación de los fenómenos, en la forma de los cambios; pues el resultado final en todos los casos es el mismo, regido por las leyes mecánicas de la combinación química provocada por la luz, cuyo origen es asimismo un movimiento ondulatorio rapidísimo, con increíble rapidez propagado.

Expresando una verdad demostrada, afirmaba Tyndall que la nieve de los Alpes tiene su origen en el calor del sol; de la propia manera podemos asegurar que luz solar transformada, es la energía que pone en movimiento nuestras máquinas, la desarrollada en los fenómenos eléctricos y la producida en los asombrosos fenómenos químicos de las explosiones; nos nutrimos de luz; por ella y de ella viven desde el organismo monocelular hasta el organismo humano, y aquella sublime luz intelectual de que habla Dante, no es sino esta misma claridad interior que nos hace percibir y apreciar las íntimas cualidades de las cosas. Así, cuando Goethe simbolizaba la vida en los siete colores del arco iris, expresaba poéticamente una verdad científica, antes sentida por quienes saben buscar en la Naturaleza la fuente purísima de sus inspiraciones, que demostrada de manera exacta y rigurosa.

José Rodríguez Moureló.



AL CHAPUZÓN...

RAMÓN ROSSELL



ARDERIUS nos le dió á conocer en los Bufos, y desde entonces Rossell es uno de los actores de más gracia *grucsa*, pero gracia al fin, que tenemos; ha sido predilecto del público madrileño, que le ha aplaudido lo mismo en el

Príncipe Alfonso que en Apolo, la Comedia ó Lara.

Conocidos de todos son sus desplantes, siempre propios de la situación, siquiera exagerados, y ninguno cuando el talentudo gra

fin-flítan, que más pare bailarín que de un có

Á pesar de esto y de que solfa introducir en borando con los auto

público le quieren y ven en él un actor de relevantes méritos. Se estrenaba una obra en la Comedia, y como el público iba demostrando hallarse con las de *Cain*, Rossell hacía esfuerzos inauditos para llegar al triunfo fácilmente, haciendo reir.

Entra en escena un *racionista*, y anuncia:

—Los señores de Roldán.

Oirlo Rossell, y exclamar:

—¿El confitero?—todo fué uno. Y es claro, estalló una carcajada general. El público se entregó y la obra obtuvo un éxito; lo cual prueba las exuberantes condiciones de Ramón Rossell como actor.



fueran un tanto deja de reirse cioso hace un ce propio de un mico.

las *morcillas* las obras, colares, éstos y el



¡Es mucho saber!

ME encontré á una gitana y quise ansioso
saber mi porvenir.
Cogió mi mano, quedéme receloso
y me dispuse á oír.
— Sé, me dijo, que tienes pocos años,
que sin cariño estás;
que has de sufrir desgracias, desengaños,
que al fin te morirás...
Sé... — No sigas. — ¿Qué quieres? — Solo espero...
¿Tendré dinero? Á ver...
Soltó mi mano y exclamó: — Dinero...
¡Eso es mucho saber!

David Miranda.

RECETAS TAURINAS

PRIMER MODELO

(Utilizado hace bastantes años.)

Récipe:

De la vergüenza.....	1 quintal.
Del valor.....	Idem.
De la modestia.....	Idem.

Agítese seis ó siete años, al cabo de los cuales puede tomarse con seguridades de éxito.

DR. FRASCUELO.

*
**

SEGUNDO MODELO

(Puesto en moda de poco tiempo á esta parte.)

Despáchese:

De soberbia sublimada....	1 tonelada.
De zaragata alta novedad .	100 gramos.
De partículas de arte.....	2 onzas.
De orejas telegráficas.....	5 arrobas.
De extracto <i>tauribus</i>	1 adarme.

Mézclese con varios escrúpulos de fortuna, algunos quilates de desahogo y una panilla de simplicidad pública, y al minuto de estar hecha la mezcla puede tomarse. Casi siempre es de innegable resultado.

DR. ENAGÜITAS.

*
**

Advertencias importantes.—El primer modelo ya no se compone prácticamente en botica alguna. Sólo en teoría puede hallarse entre Madrid y El Escorial.

La segunda receta es fácil de conseguir, pues casi todos los criadores de reses bovinas poseen la base de la fórmula.

Por la copia de ambas recetas.

El Barquero.

CECILIO PLA

ARTISTA valenciano de muchos vuelos, observador atento del natural y colorista como pocos.

Sus cuadros, en los cuales retrata con fidelidad admirable la realidad de la vida, se los disputan los amantes del arte porque, además de ser muy hermosas concepciones de un talento privilegiado, llevan la firma laureada de uno de los artistas

más inspirados y de más fibra naturalista que honran la escuela española.

En la última Exposición de pinturas dió una prueba más de su indiscutible valor, y si para otros había censuras más ó menos justificadas, para Cecilio Pla todo fueron elogios.





ESTUDIO DE DESNUDO

PEQUEÑECES

— m —

CUANDO te confieses no beses, chiquilla,
la mano del cura,
porque al San Antonio del altar de enfrente
le da calentura;
y si San Antonio, que es santo y de piedra,
se altera por eso,
¡qué hará el sacerdote, niña de mis ojos,
que es de carne y hueso!...
Deja en paz al mundo y no te confieses,
por Dios, criatura,
y si te confiesas, no beses, chiquilla,
la mano del cura.

—

Ya sé por qué gastas
calcetines negros:
porque de ese modo las manchas de tinta
se conocen menos.

—

Se parecen las hembras
á las colillas
en que aquel que las fuma
luego las tira,
y en que, á la postre,
no falta un colillero
que las recoge.

Mira tú si te querré
que me besaste hace un año,
y aún conservo la humedad
que me dejaste en los labios.

J. López Silva.



2

1

3



4



5



6



7



8

1. M. del Palacio.—2. J. Alcaide de Zafra.—3. J. Francos Rodríguez.
4. E. Fernández Vaamonde.—5. A. Sánchez Pérez.—6. F. Jurado de
la Parra.—7. Félix Limendoux.—8. J. Juan Cadenas.

CHIRIGOTAS LEVES

UNA salida preciosa
de teatro compró Rosa
que le costó un dineral,
y, con su novio, al Real
fué á estrenarla presurosa.

Y en conversación tirada
iba tan entretenida
la pareja enamorada,
que el novio perdió su entrada
y ella perdió su salida.

Oliendo sales mejora
de unos ataques brutales
que sufre la pobre Aurora.
¡Ya me explico por qué ahora
va siempre con Pedro Sales!

Porque se sintió molesto
el bueno de Juan Amor
le dió dos palos á Ernesto,
que ahora exclama con dolor:
—¡Ay, Amor, cómo me has puesto!

Federico Canalejas.

ÍNDICE DE GRABADOS

	Páginas.
Retrato de Zorrilla.....	1
Una borrachera.....	4 y 5
Vitela y retrato.....	8
En la playa. ¡Al agua!.....	17
El maestro Domínguez.....	20 y 21
Cambio de frente.....	33
La modelo.....	40
Dibujo de A. Portela.....	41
Á una pecadora.....	44
¡Que se ven!.....	45
Ilustración.....	48
Tipos populares.....	49
El amor.....	52
La fotografía.....	53
Estudios.....	56
Historia muda.....	63
Emilio Mario.....	65
Comediantes y toreros.....	66
Retratos.....	68
Emilio Orejón.....	69
Retratos.....	70
Retratos.....	71
Retratos.....	72
Artistas del Real.....	74
Ruiz de Arana.....	75
Retratos.....	78
Retratos.....	79
Artistas del Real.....	89

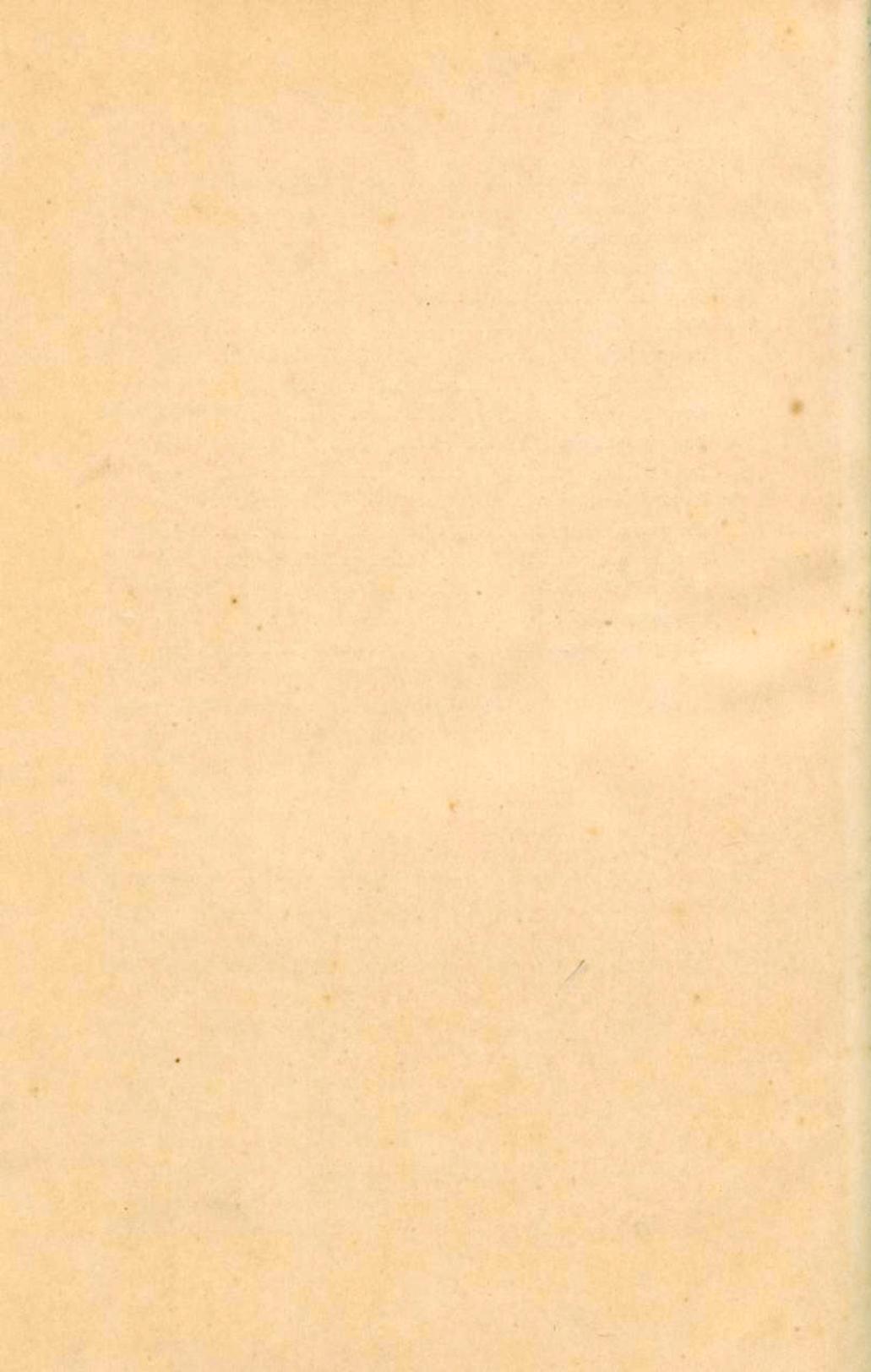
Colaboradores.....	92
El amuleto	93
El <i>sport</i> de moda.....	96
Instantáneas musicales.....	105
Tomás Bretón.....	108
M. Fernández Caballero.....	109
Felipe Pedrell.....	113
Emilio Serrano.....	116
Ruperto Chapí.....	120
Gerónimo Giménez.....	121
Federico Chueca.....	124
Antonio Vico.....	128
Fragmento.....	133
Tipo andaluz.....	137
El primer cigarro.....	137
Una chula.....	140
El que va y el que viene.....	141
Tipos populares.....	144
Estudio.....	153
¡Á los toros!.....	156 y 157
Luis Mazzantini.....	160
Indiscreción fotográfica.....	165
Enrique Simonet.....	165
Colaboradores.....	172 y 173
Donato Jiménez.....	176
Padre y juez.....	185
Luis Muriel.....	188 y 189
Colaboradores.....	192
La fiesta nacional.....	193 al 200
La primera cana.....	201
Pescadora.....	204
Una corchea.....	205
¡Al chapuzón!.....	208
Ramón Rossell.....	209
Cecilio Pla.....	212
Estudio de desnudo.....	213
Colaboradores.....	216

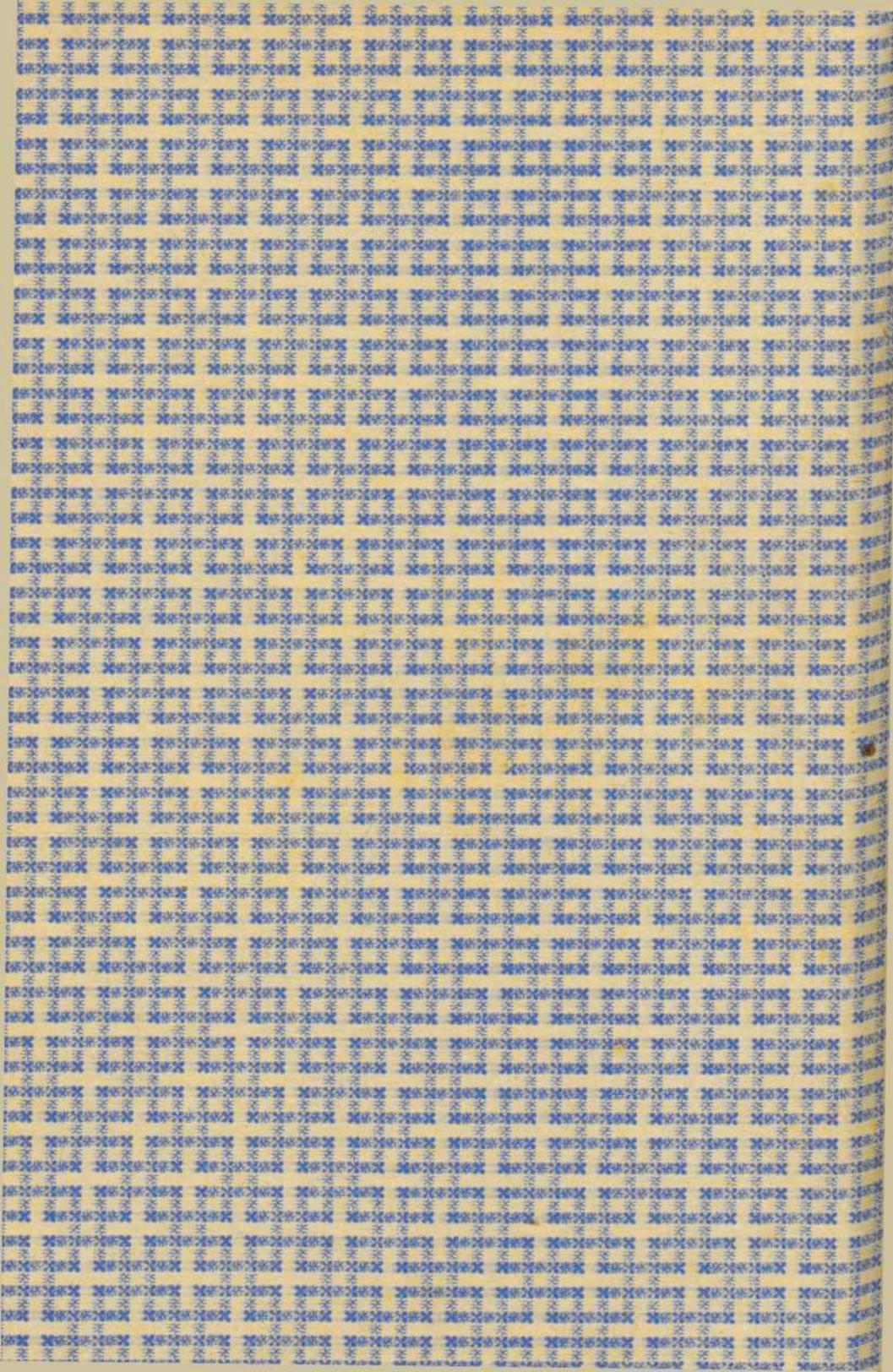
ÍNDICE DE TEXTO

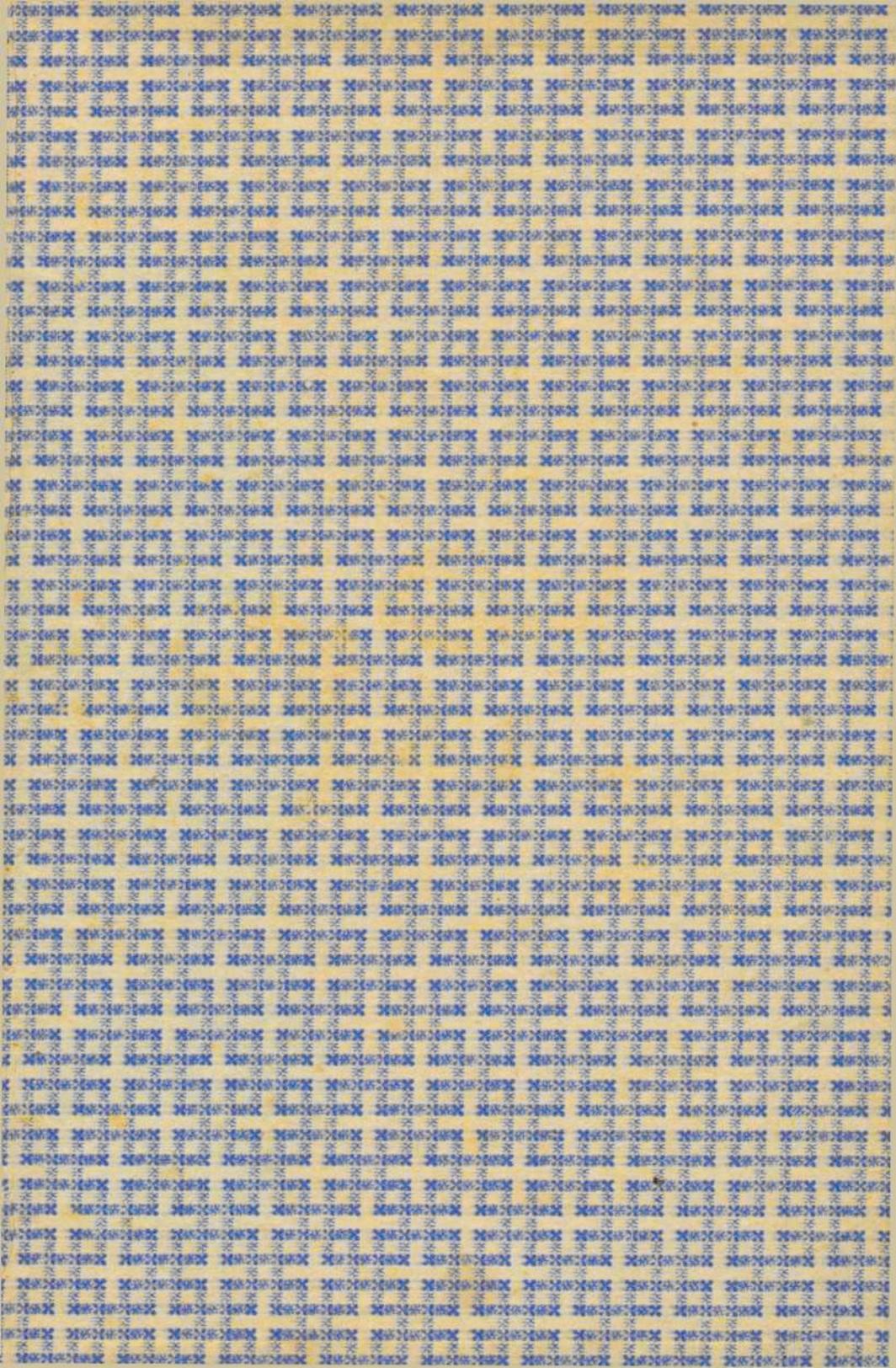
	Páginas.
Una poesía de Zorrilla.....	1
El punto negro (fragmento).....	2
Juan... no me quieres.....	6
Programa del año.....	9
Dolora.....	11
Minucia.....	12
El retrato al óleo.....	13
Consejo.....	16
Cantares.....	17
¿Pareja?.....	18
Cuento del maestro Domínguez.....	20
Nostalgia.....	22
Llegar.....	25
Fragmento de <i>Una historia de amor</i>	27 T
La fotografía.....	28
Microbios... ..	29
Cambio de frente.....	33
Menudencias.....	38
Su retrato.....	39
Cantares.....	41
Amor y ciencia.....	42
Á una pecadora.....	44
¡Oh, el amor!.....	46
Cartas de todos colores.....	47
Soneto.....	51
El retrato.....	54

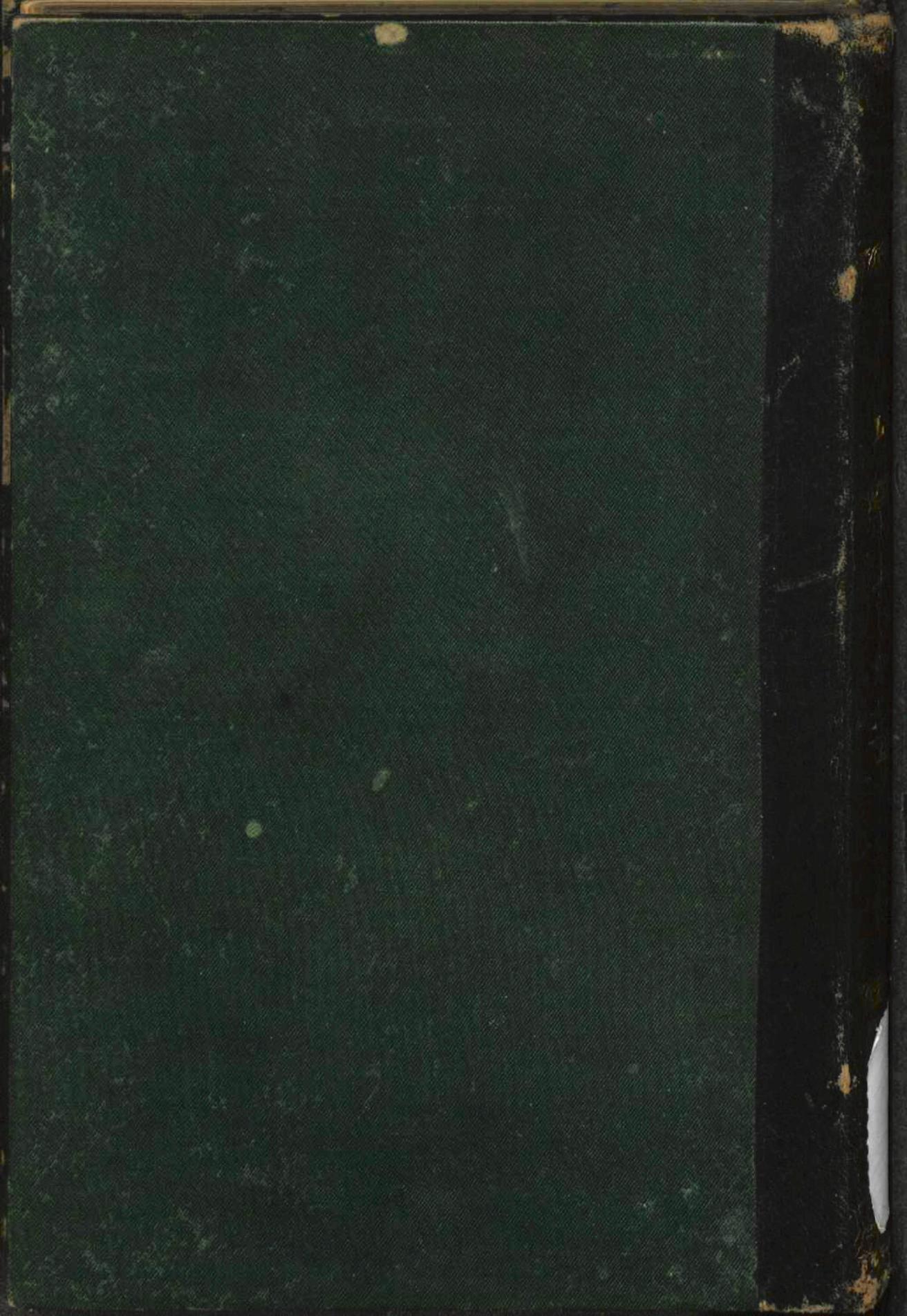
Nidos y troncos.....	58
Aniversario.....	60
Cantares.....	62
¡Pobrecitos!.....	64
El teatro (fuera y dentro).....	67
En el teatro.....	76
El amor y la fotografía.....	78
Dolora.....	81
Remembranzas.....	82
Cantares.....	84
¡Ramito de rosas!.....	85
La voz de Dios en la conciencia.....	90
Cantares.....	91
El amuleto.....	93
La jaula de los gorriones.....	97
Los dos besos.....	99
La loca de Solares.....	102
Instantáneas musicales.....	105
¡Viva tu mare!.....	129
Menudencia.....	132
Fragmento.....	133
¡Qué bruta!.....	134
Los obreros del mar.....	136
El que va y el que viene... ..	141
Exhortación.....	143
Tipos populares.....	144
La idolatría.....	145
Secreto sorprendido.....	146
Cantares.....	148
Historia vulgar.....	149
Las apariencias.....	151
Las alas rotas.....	154
Fragmento.....	158
Confiteor.....	159
Luis Mazzantini.....	160
Chirigotas leves.....	164
¡Adiós!.....	166

Enrique Simonet.....	169
Antes y después.....	170
Amor imposible.....	174
Caminos distintos.....	177
Cantares.....	181
Vals.....	182
Padre y juez.....	185
Luis Muriel.....	188
Ley de honor.....	190
La fiesta nacional.....	193
Luz.....	202
Ramón Rossell.....	209
¡Es mucho saber!.....	210
Recetas taurinas.....	211
Cecilio Pla.....	212
Pequeñeces.....	214 †
Chirigotas leves.....	217









LETRAS

Y

ARTE

1503

G 38112